

UN PITCHER
SOLO EN MI
CORAZÓN



Christian Martins

UN PITCHER
SOLO EN MI
CORAZÓN

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN JUNIO 2020

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

Para mis queridísimas lectoras,

Chicas Martins, sé que habéis tenido muchísima paciencia mientras esperabais el desenlace de esta historia. Han sido tiempos difíciles y no he sido capaz de terminarla con mayor rapidez. Lo siento.

Espero que este final esté a la altura y que la espera haya merecido la pena.

Con cariño,

Christian.

*No puedes robar la segunda base y mantener un pie en la primera. **Reggie Jackson***

—¿Estás bien? —pregunta Bryan, observándome fijamente.

La verdad es que no.

No lo estoy.

Cruzar el pasillo repleto de periodistas y cámaras me ha dejado un sabor de boca amargo. Sé que esta escapada de fin de semana nos traerá muchas consecuencias, pero no sé hasta qué punto puede cambiar esto mi vida. La primera vez que Brian y yo quedamos en la cafetería para arreglar los papeles del coche y nos fotografiaron pude atisbar discretamente lo que significa ser el foco de atención constante. Y no me gustó. No me gustó en absoluto. Puede que mi hermana, Scarlett, esté hecha para la fama. Pero yo no.

—Estoy bien —murmuro, acomodándome en mi asiento.

Es mejor que no le dé importancia, al menos por ahora. Ya me preocuparé mañana de buscar una solución a todo esto.

—¿Lo dices de verdad? No parece que estés bien... —susurra en voz baja, acariciándome el antebrazo.

Es increíble lo poco que hemos necesitado Brian y yo para formar esta complicidad entre nosotros. A su lado me siento cómoda y feliz, como si llevase así toda la vida. Como si nos conociéramos desde siempre. Es extraño, porque esa misma sensación jamás la tuve con Marcus.

—No me gusta la prensa —respondo en voz baja, para que nadie más pueda escucharnos.

Aunque en realidad, nadie puede hacerlo.

Por primera vez en mi vida, viajo en primera clase. Y tengo que admitir que la diferencia con la clase turista es abismal.

—Lo sé. Olvídate de ellos, ¿vale? No volverán a molestarnos en todo el fin de semana.

Asiento, respiro hondo, y decido que seguiré su consejo al pie de la letra: me voy a olvidar de ellos.

Después del mensaje de Patsy y de nuestra breve reconciliación tras la fiesta de cumpleaños de Ginna Godbsy, este es nuestro primer encuentro. Y la primera vez que pasaremos juntos varios días seguidos. Las últimas semanas de mi vida han sido bastante complicadas, así que me apetece mucho desconectar y disfrutar de Brian.

Además, sé que el partido que se disputa este fin semana es realmente importante para él y, en cierto modo, me hace feliz que me haya pedido que le acompañe. Confía en mí y se apoya en mí.

Me paso el resto del vuelo callada, pero para cuando llegamos a nuestro destino el malestar se me ha pasado y he terminado de olvidar por completo el episodio que nos ha tocado vivir con la prensa. Cogemos el equipaje de mano y desembarcamos del avión en primer lugar. Brian rodea mi cintura con su brazo, me estrecha contra él y me dedica una enorme sonrisa mientras caminamos por los pasillos del aeropuerto.

—El coche nos está esperando en la puerta —me dice, justo antes de guiñarme el ojo derecho.

Brian se ha encargado de todo. Bueno, no sé si ha sido cosa de él, del club o de su manager. Y la verdad es que tampoco creo que ese detalle importe demasiado. Lo que realmente valoro es lo cuidada que me siento, como si pretendiera adelantarse a cualquier detalle e imprevisto para que

mi única labor estos días fuera disfrutar.

—Oye... —le digo, deteniéndome en seco—. Gracias por todo.

Creo que todavía no se las he dado.

—No digas tonterías, Ash...

Pero antes de que pueda restarle más importancia, me pongo de rodillas y le beso en los labios. Brian sonrío justo antes de apartarse de mí.

—Venga, vamos. Nos están esperando.

Antes de las nueve de la noche llegamos a nuestro hotel. Un impresionante edificio de cinco estrellas situado en una de las avenidas más importantes y céntricas de Baltimore. Sabían que llegábamos, así que no tenemos que esperar. Un botones recoge nuestras maletas y nos guía hasta la habitación que nos corresponde, situada en la última planta de todas. Es increíble. Tiene unas impresionantes vistas a la ciudad y casi es más grande que mi propia casa.

—¿Desean algo más? ¿Les gustaría pedir la cena?

Brian me mira de reojo y yo me encojo de hombros.

—Llamaremos si necesitamos algo, gracias.

Y dicho eso, el hombre desaparece de la habitación y Brian y yo volvemos a quedarnos a solas.

—Guau... —murmuro para mí misma, repasando el baño de arriba abajo, que también es enorme y tiene una ducha preciosa, de piedra y cristal.

El dormitorio, como ya he dicho, también es un espectáculo. Está dividido en dos zonas. En una de ellas está la cama con las dos mesitas de noche y la gigantesca televisión de plasma y en la otra hay un sofá, una mesita y... ¡Un jacuzzi! ¡Es increíble!

No quiero imaginarme lo que puede costar la estancia en una suite como esta, pero adivino que no será precisamente barato estar aquí. Por un momento, me siento fatal. Todo esto lo está pagando Brian sin pedirme nada a cambio.

—¿Qué te ocurre? ¿Hay algo que no te guste?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Si algo te disgusta, puedo pedirles que nos cambien de habitación.

Vuelvo a negar rotundamente.

No sé con qué tipo de chicas ha estado Brian hasta ahora, pero no soy capaz de imaginar a quién en su sano juicio le puede disgustar esto.

—No, todo es... perfecto —aseguro, dejándome caer sobre el sofá—. El problema es que es... —hago una pausa, esforzándome por encontrar la palabra adecuada—. Demasiado. Mucho más de lo que me puedo permitir.

Brian se sienta junto a mí. Parece confuso.

—No entiendo.

—Que esto es demasiado caro para un sueldo como el mío, Brian.

—Pero tú no tienes que aportar nada —asegura—. Además, esta estancia la paga el club. Ni siquiera yo.

Eso tampoco me consuela demasiado.

Poyner se acurruca más junto a mí y me levanta la barbilla para obligarme a mirarle a los ojos.

—No puedes ser más extraña, ¿lo sabías? —bromea, aunque ya me lo ha repetido en demasiadas ocasiones—. Disfruta de lo bueno y deja de preocuparte por lo demás. ¿Puedes hacerlo?

—Sí... Creo que sí.

Supongo que es mejor no plantearse las cosas.

No puedo permitir que Brian pague todo cuando estemos juntos, pero supongo que por una vez puedo hacer la excepción. La conversación se queda suspendida en el aire cuando me besa. Sus labios húmedos recorren los míos y nuestras lenguas comienzan un baile frenético cuya coreografía no les es en absoluto desconocida. Son cómplices, al igual que nosotros. Siento sus manos recorriendo mi cuerpo. Las mías arrancándole la ropa. Así es todo con él; no necesito demasiado para encender la llama y que, un simple beso, se convierta en un instante de pasión desenfrenada.

Dos minutos después, ambos nos encontramos desnudos. La ropa está tirada en el suelo, bajo el sofá, mientras nos enredamos en un abrazo. Esta vez no me apetecen cuerdas ni juegos extraños, solamente quiero que seamos él y yo.

—¿Te apetece que encienda el jacuzzi? —propone sin apartarse de mis labios.

—Me parece buena idea.

Brian se levanta y enciende los grifos.

Mientras la bañera se llena de agua caliente, yo disfruto de las magníficas vistas que me ofrece su cuerpo. Es perfecto. Puede que simplemente sea cuestión de genética o puede que se deba a las tantísimas horas de deporte que realiza semanalmente, no lo sé. Y la verdad es que esos detalles tampoco me importan demasiado.

—¿Vienes? —pregunta, sumergiéndose en el agua. Apaga los grifos y enciende el burbujeo.

Yo camino hasta él, sintiéndome un poco expuesta. Estoy totalmente desnuda y Brian me recorre de arriba abajo con la mirada, lo que me resulta... incómodo. Él es perfecto; tiene un cuerpo musculado, definido y envidiable. Pero yo solamente soy una chica normal, con sus defectos. Prácticamente corro hasta llegar al agua. Me introduzco en el jacuzzi, mirándole a la cara, y me siento sobre él. Siento su miembro ahí abajo, palpitante, dispuesto. Le sonrío y él me devuelve la sonrisa antes de estrecharme entre sus brazos.

—¿Crees que mañana ganaremos? —pregunta.

Si tuviera un poquito de idea sobre beisbol podría responder con sinceridad; pero la verdad es que nunca me han interesado demasiado los deportes hasta que Poyner tropezó en mi vida.

—Estoy segura de que sí —miento, aunque evidentemente eso es lo que deseo.

Brian coge el botecito de jabón y deja caer un par de gotas en el agua. En pocos minutos, la espuma coge volumen alcanzando el borde del jacuzzi. Él no parece preocupado por si se desborda, así que yo tampoco. Brian coge otro poco de jabón, se lo coloca en las manos y las frota para extenderlo bien por sus palmas. Después las deja caer sobre mis hombros y comienza a masajearme suavemente.

—Mañana tienes que madrugar, ¿verdad?

—Ahora mismo eso es en lo último en lo que estoy pensando —me dice, justo antes de descender con las manos hasta mis pechos.

Los masajea lentamente, presionando en los puntos clave para hacerme enloquecer. Brian sabe cómo tocarme, cómo hacerme disfrutar... Y eso, en ocasiones, me asusta. Es unos años más joven que yo, pero aún así está bastante claro que es él quien tiene más experiencia de los dos. Mucha experiencia. Intento imaginar el número aproximado de mujeres que han pasado por su cama, pero decido desechar ese pensamiento antes de que termine haciéndome daño y causándome inseguridades innecesarias. Ahora está conmigo. Aquí. Él y yo... y nadie más. Desliza sus manos sobre mi espalda y yo me inclino hacia él para poder besarle. Brian me lo permite, lo que es toda una novedad. Con él el sexo suele ser más... extraño. Diferente a lo habitual. Le gusta que sea

sumisa, que le deje hacer lo que quiera y que no me mueva ni un milímetro. Pero hoy, como si por arte de magia hubiera sido capaz de leerme el pensamiento, no está siendo así. Hoy simplemente hacemos el amor como una pareja normal.

Siento su miembro endureciéndose aún más, rozándose con mi sexo. De forma inconsciente, comienzo a mecarme suavemente, rozándome contra él. Un cosquilleo se instala en mi bajo vientre, haciéndome gemir. Brian también jadea. Puedo sentir cómo la excitación va creciendo poco a poco entre nosotros. Sus manos vuelven a rodear mi cuerpo hasta mis senos. Los aprieta, masajea y disfruta. Me besa. Sus besos son suaves, húmedos y calientes. Entonces me levanto levemente y guío su erección a mi interior. Una pequeña parte de mí está esperando a que Brian, como siempre, me detenga; pero no lo hace. Hoy no. Por una vez, me deja tomar las riendas. Me mira intensamente mientras yo desciendo hasta clavarme por completo, y entonces comienzo a mover las caderas en círculos. Echo la cabeza hacia atrás. Mi cabello roza el agua, mojándose. Sus manos continúan paseándose por mi cuerpo y poco a poco van descendiendo hasta mi sexo. Me toca. Mis movimientos se aceleran más. Él jadea mi nombre, presionando mi clítoris, haciéndome enloquecer y disfrutar. Y entonces, alcanzo el orgasmo. Siento cómo mi cuerpo se sacude por el placer y cierro los ojos, entregándome al momento. Cuando vuelvo a abrirlos, estoy abrazada a Brian. Él sonríe con picardía mientras me besa en los labios.

—Yo todavía quiero más —me dice con la voz ronca.

Suelto una risotada mientras se levanta del jacuzzi para salir de él. Después, me pide que me ponga en pie y me coge en brazos. Estamos encharcando el suelo de la habitación, pero a Brian no parece importarle lo más mínimo.

Camina unos pasos hasta llegar al sofá y con delicadeza, me deja sobre él. Es increíble la fuerza que tiene Brian; cuando me coge en brazos es como si me transformase en peso pluma. Me coloca de espaldas y me empuja suavemente hacia el respaldo. Después me coge de las muñecas para unir las manos y me penetra desde atrás de forma brusca y mucho menos romántica. Suelto un grito por la sorpresa, justo cuando él comienza a entrar y salir más fuerte. Este es mi Brian... Inmovilizándome. Sometiéndome. Y tengo que admitir que me gusta. Tiene algo que engancha, que siempre te hace volver y querer más. Entra y sale... Más y más fuerte, sin soltarme. Reteniéndome. Y entonces, cuando siento que está a punto de estallar y cuando pensaba que no podía sentir más, exploto junto a él. Brian libera mis muñecas y se deja caer sobre mí para besar delicadamente mi nuca. Después me pide que me de la vuelta.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Le respondo con una sonrisa, porque no sé que otra cosa se puede contestar a algo así.

Después me coge por la muñeca y me guía hasta la cama. No hemos cenado, pero no importa. Tampoco tengo hambre. Lo único que deseo es acurrucarme junto a él en la cama, sentir su piel en contacto con la mía y cerrar los ojos. Aspirar su aroma y sentir paz. Nada más.

Nos metemos bajo la colcha y yo me coloco sobre su pecho. Aún estamos mojados, pero a ninguno de los dos parece molestarnos. Ya nos secaremos. Me concentro en su respiración y cierro los ojos. Brian apaga la luz.

—Dulces sueños, princesa... —susurra.

Y en menos de dos minutos, ya me he quedado dormida.

A la mañana siguiente me despierto tarde, y no necesito mirar la hora para saberlo. Lo sé por esa sensación de embotellamiento con la que amezco, como si llevase muchísimas horas dormida. Además, tengo legañas. Y yo solamente me levanto con legañas los domingos después de dormir durante veinticuatro horas o cuando estoy enferma.

Toco el colchón buscando a Brian, pero no está. Lo único que percibo es la humedad de las sábanas. Enciendo la luz, procurando desperezarme, y sonrío como una tonta cuando me encuentro frente a mí un enorme carro. En él hay una bandeja tapada que supongo que contiene el desayuno y un jarrón con media docena de rosas blancas. Siempre he sido de rosas rojas, pero es la primera vez que un chico me regala flores y, por tanto, acaban de pasar a ser mis favoritas. Sonrío como una niña tonta y feliz. La verdad es que tengo la sensación de que esto se parece más a una película que a la vida real, y esa perspectiva asusta un poco. Es imposible disfrutar de las cosas buenas sin pensar en cuándo llegarán las malas. Aún desnuda, me deslizo hasta los pies del colchón y me siento en el borde para atraer el carro hacia mí. El olor a rosas inunda el habitáculo y me encanta. Destapo la bandeja; tostadas, zumo de naranja, un cruasán relleno de chocolate y una taza de leche con café. Desayuno completo, perfecto y con un extra de calorías para compensar la falta de cena de ayer. Junto a la bandeja hay un sobre. Lo abro con cuidado y saco el contenido, pero antes de poder revisarlo comienza a sonar el teléfono de la mesilla.

—¿Sí? —pregunto, rezando internamente porque se trate de Brian.

Lo más probable es que haya salido a primera hora para juntarse con los jugadores del club.

—Buenos días, señorita Walsh, le llamamos desde recepción para confirmar el masaje y la hora de spa que tiene reservada a las doce.

—¿Tengo reservado un masaje a las doce? —repito, sorprendida.

—Sí, señorita. El señor Poyner realizó la reserva esta mañana —me comunica con voz robótica e impersonal—. ¿Desea anular la reserva?

Me lo pienso unos instantes.

—No, no. A las doce estará bien.

Y dicho eso, cuelgo.

Desde que me he despertado no he conseguido borrar la sonrisa de tonta, pero lo peor de todo es que va a más. ¿Hay algo en lo que no haya pensado “el señor Poyner”? Me prepara el desayuno, me reserva un masaje... Esto es, simplemente, perfecto.

De pronto, recuerdo el incidente del día anterior con la prensa y se me forma un nudo en el estómago. Podría coger el móvil y revisar las noticias, pero solamente serviría para auto torturarme y amargarme el sábado. Para nada más. Sé muy bien que esos malditos artículos también estarán ahí mañana, así que no pienso molestarme en leerlos antes de tiempo.

Vuelvo a los pies de la cama y reviso el contenido del sobre. Hay una entrada para el partido del mediodía y una nota de Brian: “por si te quedas sin plan”. Sonrío. Podría perderme por Baltimore y dedicar el sábado a pasear por sus calles, pero desde luego ir a verle jugar —aunque el beisbol no me apasione en absoluto—, será mucho más productivo. Si ganan este y otro partido más, pasarán a la final. Y sé lo importante que es para Brian la competición.

Me como el cruasán y me bebo el zumo, dejando de lado el café y las tostadas. Nunca he sido demasiado de dulces, pero cada vez empiezan a gustarme más. ¿Será que me hago mayor? Ese pensamiento, a su vez, me recuerda que tengo un par de años más que Poyner. Sé que es una diferencia de edad mínima, pero la parte más soñadora de mí no puede evitar imaginarse cómo sería en un futuro nuestra relación si todo nos saliera bien. Una vez leí que las mujeres que, por genética, envejecían mucho antes que los hombres. Y, además, ese mismo artículo decía que la falta de deporte también te hacía envejecer antes. Por consiguiente, si yo ya soy mayor que Brian, no hago deporte y...

—Mejor ni pensarlo —me digo en voz alta mientras cojo el bikini de mi maleta.

Después de un buen masaje y de una intensa hora de spa, me siento como nueva. Mientras estaba fuera el servicio de limpieza ha adecentado por completo la habitación. Me doy una ducha, me visto y me preparo para un buen día de entretenimiento en Baltimore. Mi plan es comer por algún chiringuito callejero y después ir a ver el partido de Bryan. Sé que, en el fondo, le hace mucha ilusión que esté allí presente.

Cuando abandono las instalaciones del hotel una ráfaga de aire helado me saluda, congelándome la nariz y las entrañas cuando respiro profundamente. Me estrecho el abrigo y me recoloco la bufanda antes de echar a caminar sin un rumbo fijo. Solamente me apetece dar un pequeño paseo y desconectar de todo, disfrutando de la ciudad. El móvil suena en mi bolsillo. Como no, es Sky. Sopeso si contestar la llamada y, al final, termino ignorándola. Vuelve a sonar; pero esta vez son mensajes de texto. Mi hermana me manda enlaces de la prensa con emoticonos y corazones. No necesito pinchar sobre ellos para saber de qué se trata.

Me tomo un chocolate calentito mientras paseo frente al muelle de Inner Harbor. Ver un partido de beisbol no es, precisamente, lo que más ilusión me hace en estos momentos. Pero que Bryan sea uno de los jugadores que va a haber en el campo es un incentivo lo suficientemente potente para sonsacarme una pequeña sonrisa.

De camino al estadio, me desvío unos instantes y me entretengo en una tienda de deportes. ¡Yo, Ashley, en una tienda de deportes! Es increíble, sin duda. Si me lo hubieran dicho unos años atrás, hubiera saltado en carcajadas. Rebusco entre las camisetas de los equipos, decidida a hacerme con una de los Red Sox. Pero al final, termino decantándome por la visera del equipo. Las camisetas grandes de deportes no me favorecen en absoluto. Además, hace frío, y debajo del abrigo no la luciré como merece la ocasión.

Cuando llego al Oriole Park at Camden Yards decido coger un refresco y un perrito caliente antes de subir al palco con mi entrada especial. Me siento en la localización que me corresponde y observo cómo poco a poco todos los asientos del campo se van llenando. Los jugadores aún no han salido al césped, pero ya hay mucho ambiente. El palco también ha ido llenándose. Si mi hermana estuviera aquí, conmigo, estoy convencida de que reconocería a más de una de las chicas presentes. Todas parecen perfectas. Delgadas, guapas, maquilladas y bien vestidas. Se nota que tienen dinero y que les va bien. Estoy convencida de que muchas de ellas serán las novias o las esposas de varios de los jugadores. Puede que, quizás, alguna hermana o sobrina. Las miro de reojo, intentando distinguir la marca de los carísimos bolsos que lucen en sus regazos. Sé que son caros. Tienen pinta de serlo.

En una ocasión escuché a alguien decir que no existen las personas feas, sino las personas sin dinero. No había meditado mucho al respecto hasta hoy.

Me lanzo una mirada a mí misma y recorro mis piernas y mis zapatillas con el ceño fruncido.

No puedo evitar tener la sensación de que estoy un poco fuera de lugar. Voy vestida con ropa de una cadena textil barata y mis zapatillas las compré en un mercadillo. Mi bolso no es de marca y no tiene ninguna chapita que lo haga destacar y, para rematar, no voy peinada de peluquería. Es más, creo que mi aspecto deja bastante que desear. Como nunca se me ha dado muy bien maquillarme, procuro ser sencilla y no pasar del rímel y colorete para no parecer un Picasso. A veces “menos es más”. O al menos eso ocurre en mi caso.

Por fin los jugadores salen al campo y el estadio salta en aplausos. Yo también me levanto y aplaudo, emocionada, mientras busco a Brian con la mirada. Le veo en la gran pantalla y mi corazón da un vuelco involuntario. Es guapísimo, ¿para qué negarlo? En el fondo sigo pensando que es mucho más atractivo que yo —y que, además, podría estar con cualquier chica de las aquí presentes—.

Decido dejar de lado todos esos comentarios, porque sé de sobra que no me hacen ningún bien. Darle vueltas a mis inseguridades solamente sirve para sentirme peor conmigo misma. Me concentro en el partido. No entiendo mucho de beisbol, pero poco a poco voy cogiéndole el truco gracias a la radio del móvil, que me va retransmitiendo en voz alta lo que mis ojos ven. En estos últimos dos partidos he aprendido cosas nuevas, como, por ejemplo, que significa “hit” o qué es la “perchera”. Estoy mejorando. Al principio dedico el cien por cien de mi atención a cada suceso, pero después de un largo rato y de sufrir la sensación de que esto se está eternizando, opto por levantarme en busca de un refresco sin ser consciente de que el partido está a punto de finalizar. Aún no he abandonado el palco cuando el árbitro pita el final. ¡Los Red Sox ganan! ¡Solamente les queda un partido más para pasar a las finales!”

Me quedo embobada observando la pantalla que amplía los sucesos del campo. La cara de Bryan aparece en un primer plano y mi corazón se acelera de forma instantánea al verle. “Es un niño”, pienso y sonrío. Un niño muy sexy y perverso.

La gente de mi alrededor recoge sus pertenencias y se dispone a marcharse. Yo, que odio las multitudes —y más aún tropezar constantemente con ellas—, opto por esquinarme y esperar pacientemente hasta que los pasillos terminan de despejarse.

Mientras tanto, no puedo evitar preguntarme qué diablos voy a hacer ahora. ¿Regresar al hotel? ¿Llamar a Bryan? Supongo que estará celebrando la victoria con sus compañeros y que no le prestará la más mínima atención al teléfono. Es comprensible. Entonces, ¿qué debería hacer? ¿Dar un paseo por Baltimore mientras hago tiempo? ¿Coger un taxi y regresar al hotel? ¿Buscar un autobús que haga una ruta por la ciudad? Mi móvil empieza a sonar. Sonrío con la esperanza de que se trate de él, pero no. Es Sky. Mi hermana puede ser muy pesada si se lo propone.

—Si vas a decirme algo de la prensa, cuelgo ya —amenazo nada más ponerme el teléfono en la oreja—. La estoy evitando a toda costa.

—No iba a decirte nada de la prensa, ¡tonta! —exclama, feliz—, me he dado por aludida después de que me hayas ignorado.

Me siento en una de las localizaciones vacías y observo el césped. Algunos jugadores aún siguen en el campo, atendiendo a los periodistas que los acosan con sus micrófonos. Agudizo mi vista en busca de Poyner, pero no está. Debe de haber entrado a los vestuarios de los primeros.

—¿Qué quieres, Sky?

—Pues... Solamente quería saber si has ido a ver el partido.

Resoplo.

Es una cotilla y sé muy bien que el único objetivo de esta llamada es sonsacarme información extra que no haya leído en las revistas online de corazón.

—Te tengo que colgar, hermanita —murmuro, decidida a cortar por lo sano—. Ya hablaremos cuando vuelva a casa.

Y antes de que pueda protestar, corto la llamada y guardo el teléfono.

Me aprieto el abrigo, estrechándolo con fuerza para mantener el frío alejado de mi cuerpo. Enero ha entrado con fuerza y parece que será un mes bastante duro. Pataleo contra el suelo, procurando entrar en calor, y me voy sumiendo en mis propios pensamientos. En realidad, pienso en todo y en nada. En Gabe y en Sky. Lo tortuosa y tóxica que es esa relación. En Marcus. En mí. Y en lo sencillo que hubiera sido que funcionasen las cosas con alguien como él. Alguien “normal”, sin fama. Y, por último, pienso en Poyner. En lo mucho que me estoy encaprichando con él y en lo fácil que está siendo enamorarme. “Enamorarme”. Una palabra que me asusta mucho y que suena muy seria, pero, a decir verdad... Es lo que hay. Me estoy enamorando de él. Y sería absurdo negármelo a mí misma. Lo peor de todo es que sospecho que esta relación no puede funcionar. O al menos, que no será sencillo hacer que funcione partiendo de que su mundo es muy diferente al mío. Supongo que esa es la razón principal por la que estoy tan asustada. Cuanto más tiempo pasemos juntos, más me engancharé a él. ¿Y después? Después me tocará sufrir por no haber sido capaz de prever las cosas con la cabeza fría.

Cuando regreso al mundo real el estadio ya se ha vaciado por completo. La prensa está recogiendo los “stand” improvisados que había colocado a pie de campo y no queda nada. Se respira paz. Como si este lugar, de pronto, se hubiera transformado en el escenario de un mundo postapocalíptico.

Desciendo por las escaleras hasta salir a la calle y vuelvo a reunirme con los hinchas de ambos equipos. Los aficionados de los Red Sox cantan, se sacan fotos con sus bufandas y camisetas y derrochan felicidad. Y no es para menos. Aunque no entienda de beisbol, soy consciente de lo importante que ha sido ganar este partido.

“¿Y ahora qué?”, me digo, barajando mis diferentes opciones hasta que decido que lo mejor será coger un taxi. Llevo todo el día paseando por las callejuelas de la ciudad y he de admitir que estoy francamente cansada. No he hecho nada del otro mundo, pero no me vendría mal descansar un rato hasta que Bryan me llame o regrese al hotel.

“¿Qué hará?” “¿Cuánto tiempo se quedará de celebración con sus compañeros?” “¿Volverá pronto?”. Tengo mil incógnitas en la cabeza mientras camino a la zona de taxis. Me detengo junto a uno y el conductor me saluda con una sonrisa de oreja a oreja. Estoy tirando de la manilla cuando, de pronto, un coche se detiene paralelamente y pega dos bocinazos. Levanto la mirada y le veo. Es Poyner. Una sonrisa bobalicona aflora en mis labios mientras niego con la cabeza, indicándole al taxista que he cambiado de idea y que no voy a subirme. Rodeo el coche amarillo y camino hasta el monovolumen de Bryan.

—Así que has venido, ¿eh? —me saluda, justo antes de inclinarse sobre mí y besarme en los labios furtivamente.

Aún está mojado. El cabello le chorrea y parece que no le ha dedicado mucho tiempo a secarse concienzudamente con la toalla.

—Eso parece —respondo, recorriendo su cabello húmedo con mis dedos mientras él se aparta un poco para volver a ponerse en marcha.

Estamos parados en mitad de la carretera y varios conductores hacen sonar sus bocinas de mal humor al verse obligados a esquivarnos.

—Ha sido la ducha más rápida de mi vida —asegura con una sonrisa tierna—. Esperaba que, si me daba prisa, pudiera dar contigo.

—¿Y no has pensado que el teléfono móvil se inventó para algo? —inquiero—. Podría haberte esperado.

Él se encoge de hombros y me dedica un guiño.

—Lo importante es que estás aquí, ¿no? Conmigo.

“Contigo”, repito mentalmente, hundiéndome en el asiento antes de calentar mis manos en el aire caliente que libera las rendijas del salpicadero.

Bryan conduce hasta el hotel y mete el coche en el parking.

Después, rodea el vehículo para abrirme la puerta, como un caballero. Es extraño lo cómoda que me siento cuando rodea mi cintura, estrechándome contra él como si fuéramos una pareja normal y corriente. Una pareja de verdad.

“¿Qué somos, en realidad?”, me pregunto, aunque no me atrevo a murmurar la cuestión en voz alta.

Subimos a nuestra habitación. Bryan se quita el chándal de deporte y yo me descalzo para estar más cómoda. Se queda desnudo, solamente vestido con unos sexys bóxers granates de Calvin Klein y se deja caer en la cama. Parece exhausto.

—Ven... —susurra en voz baja, golpeando la colcha—. Ven conmigo, anda.

—Después del masaje creo que yo ya estoy muy descansada —bromeo, quitándome el abrigo y la gorra de los Red Sox y dejándolas en el sofá que hay frente al jacuzzi.

Bryan está tan cansado que ni me responde, simplemente me dedica una sonrisa cómplice. Yo me dejo caer a su lado y nuestras miradas chocan frente a frente.

—Ven aquí... —susurra de nuevo.

—Ya estoy “aquí” —aseguro, rozándole el brazo.

—Más “aquí”.

Suelto una risita, acomodándome más junto a él hasta que nuestros cuerpos se tocan.

—No. Más.

—¿Más? —replico a carcajadas, mientras él cierra los ojos y asiente con cara de niño bueno—. No puedo más.

Estira los brazos, me rodea el cuerpo y tira con fuerza para estrecharme contra él. Me giro ligeramente y él hace lo mismo, de forma que terminamos tumbados. Abrazados. Con nuestros cuerpos cien por cien en contacto.

—Eres todo paz. Paz y tranquilidad... —murmura con la voz prácticamente apagada.

Siento su respiración profunda en mi nuca y cómo la fuerza con la que me abraza, poco a poco, se va desvaneciendo. Su respiración se profundiza aún más. Está dormido. Podría escabullirme por debajo de sus brazos y dejarle ahí, solo. Pero sentirle cerca de este modo me resulta tan agradable y satisfactorio que cierro los ojos y sonrío. Estoy descansada y dudo que consiga dormirme, pero tampoco me hace falta. Ahora mismo soy, simplemente, feliz.

Bryan se ha despertado antes que yo.

Estaba convencida de que no conseguiría dormirme, pero al parecer me equivocaba. Debo de tener bastante sueño acumulado. Eso y que en esta maravillosa cama se duerme realmente bien. El colchón es envolvente y cómodo, así que únicamente necesito los brazos de Bryan para que Morfeo consiga encontrarme con rapidez.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —me pregunta en un grito.

—¿Cuánto tiempo necesito para qué?

En el exterior ya ha anochecido.

En invierno los días son muy cortos y las noches largas.

—Para prepararte —me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo, boquiabierta, le repaso de arriba abajo. ¡Está guapísimo!

Se ha dado una ducha, se ha peinado el cabello enmarañado y se ha colocado un elegantísimo traje negro y una camisa blanca. No lleva corbata. Pero no la necesita porque, así, de ese modo, ya va espectacularmente guapo. Bryan aparenta unos cuantos años más de los que tiene, pero no de forma desmejorada. Más bien todo lo contrario. Simula ser un sexy treintañero. Despejo mis pensamientos antes de que terminen desviándose a temas poco pudorosos y me centro en su vestimenta. ¿A dónde diablos va? O, mejor dicho, ¿vamos?

—Yo no tengo nada apropiado para acompañarte —respondo, avergonzada.

Seguro que cualquier de esas chicas del palco sí. Seguro que todas ellas llevan consigo, a todas partes, una maleta bien cargada de “por si acaso”.

—Sí tienes —responde, señalando una caja blanca que hay en una de las mesitas—. Eso es para ti.

—¿Me has comprado ropa?

Poyner se acerca a mí con esa maldita sonrisa de chico malo que me derrite. Su mirada podría traducirse en un “me has pillado”, o algo similar. Me besa en los labios mientras termina de colocarse los puños de la camisa por debajo de la americana del traje.

—Te esperaré en el bar del hotel... —anuncia—. No tardes demasiado, por favor.

Le miro boquiabierta sin saber qué decir.

—Vale, sí...

Y sin añadir nada más, desaparece dejándome a solas.

Tengo que admitir que soy un poco “especial” en cuanto a la ropa. Tengo mi propio estilo de vestir y, cuando algo no me convence, soy incapaz de utilizarlo. Me suele pasar mucho con el armario de mi hermana. Sky siempre se empeña en que me ponga sus vestidos de fiesta y..., ¿la verdad? No suelen quedarme bien. Ir ajustada, escotada, o con un vestido demasiado corto me hace sentir que las cosas no están bajo control. Me desagrada y no me siento cómoda.

Un poco asustada, cojo la caja blanca —que pesa muchísimo, por cierto— y la coloco en mi regazo. Esto no es lo mismo que probarme los vestidos de mi hermana. Es un regalo, así que me veré en la obligación de usarlo sí o sí. Y de mentir y decir que me gusta, claro. Estoy tan convencida de que el vestido que contiene no me hará demasiada gracia, hasta la fecha, nunca

jamás nadie ha conseguido regalarme una sola prenda de mi agrado. Puede que quizás mi madre haya acertado con algunos guantes o alguna bufanda... Nada más. Quito la tapa y me quedo observado el contenido; tela negra y sedosa. En los laterales hay unas sandalias plateadas —de ahí el peso de la caja— que, en un principio, paso desapercibidas. Me centro en el vestido. Lo saco con cuidado —no quiero estropearlo por si Bryan tiene que devolverlo— y lo estiro frente a mí.

—Vaya... —murmuro en voz baja, inspeccionándolo.

Es sencillo.

Simplemente, sencillo.

No parece demasiado largo, ni demasiado corto. Lo coloco sobre mi cuerpo y me acerco a un espejo para verlo mejor; me queda a la altura de las rodillas. Puesto, seguramente, suba un par de centímetros por encima. El escote no parece pronunciado y por detrás la tela de la espalda cruza en una discreta forma de “X”. Me quito el pantalón y la camiseta y lo deslizo por mi cabeza con incertidumbre. Lo recoloco en la posición correcta y observo el resultado que causa el vestido en mi cuerpo.

—Vaya... —repito.

¡Es increíble! ¡Me gusta!

Discreto, sencillo, elegante... No sé si yo lo hubiera escogido o no, pero lo que sí sé es que puedo lucirlo sintiéndome cómoda porque con él puesto, me siento yo misma.

Suspiro hondo, retirándome el cabello de los hombros y preguntándome qué diablos hacer con él. La humedad me lo ha dejado encrespado, así que la opción de llevar la melena suelta está descartada.

Reviso el reloj de la mesilla; no puedo demorarme mucho o Bryan terminará desesperándose. Me recojo el pelo en un moño alto con horquillas y me suelto un par de mechones a cada lado. Después me retoco el maquillaje: un poco más de colorete, un poco más de rímel y, para terminar, el toque final. Los labios rojos. No suelo pintármelos nunca porque me parece que quedan exagerados, pero con un vestido tan sencillo puedo permitirme llevarlos así.

—Vale... Pues ya estoy —concluyo, acercándome a por las sandalias.

Son preciosas.

Plateadas y negras, tan discretas como el propio vestido.

Me echo un poco de perfume y dejo la habitación con una sensación de cosquilleo recorriéndome el vientre. Me pregunto, mientras bajo en el ascensor, qué pensará Bryan cuando me vea aparecer así vestida. ¿Le gustaré? Repaso mi imagen en el espejo antes de llegar a la última planta y vuelve a sorprenderme el resultado. Quizás suene vanidoso por mi parte, pero estoy guapa. O, al menos, mucho más de lo habitual.

Camino despacio por el pasillo del hall en busca del bar mientras voy acostumbrándome a las sandalias. A pesar de no estar acostumbrada a llevar tanto tacón, debo admitir que son bastante cómodas.

Entro en el bar y reviso la barra en busca de Poyner. Alto, guapo y deportista. No tardo demasiado en dar con él. Nos miramos fijamente a los ojos y vuelvo a ser incapaz de reprimir esa sonrisa nerviosa que me provoca. Pero, entonces, la veo a ella y mi sonrisa se esfuma al instante. Está sentada junto a Poyner, bebiéndose lo que parece ser un “margarita”. Tiene la mano apoyada en su pierna y sonrío con coquetería mientras le cuenta algo. Poyner me mira, se gira hacia la chica y dice algo en voz baja antes de levantarse de su asiento y de echar a caminar en mi dirección. Tengo el pulso acelerado y el corazón me late tan fuerte que tengo la sensación de que

todos los presentes podrán escuchar cómo bombea sangre.

—Estás espectacular, Ash —me dice, atrayéndome por la cintura para poder besarme.

No soy tonta.

No sé quién era ella, pero sé diferenciar cuando una chica está tonteando. Y eso era precisamente lo que ella hacía. Intento coger aire y relajarme.

—¿Estás bien?

Le miro fijamente, escrutándole sin decir nada.

—Espero que no... —comienza, pero se interrumpe—. Solamente es una fan que me ha reconocido —admite al final—. La he invitado a una copa y me ha hecho compañía hasta que has llegado.

“Estaba tonteando contigo”, pienso, pero por alguna razón no soy capaz de decirlo en voz alta. ¿Cómo diablos debo sentirme? ¿En qué lugar me deja esto?

—De verdad, Ash. No hemos cruzado más de dos palabras y un selfi.

Decido creerle y pasar página, porque sé que este pequeño percance puede ser capaz de destrozarme la noche.

—No soy el segundo plato de nadie, Poyner —escupo, muy seria, para dejar aclarado el asunto.

—Te juro que solamente me he sacado una foto con ella. Nada más.

Bryan se acerca aún más a mí y me besa en los labios. Por el rabillo del ojo, puedo ver cómo la rubia que estaba su lado nos mira sin pestañear con el teléfono en la mano. Puede que nos esté sacando una foto, pero en estos instantes no me importa. Sí, tiene pinta de ser una fan. Pero una fan rica, guapa y con pinta de súper modelo. “Eso no tiene mayor importancia”, pienso, “lo que realmente importa es que él no le estuviera siguiendo el juego”.

Bryan me empuja suavemente en dirección a la salida y yo le sigo. Odio sentirme así. Insegura e inferior. Como si no fuera lo suficientemente buena para él. Nunca jamás había experimentado estos sentimientos al comienzo de una relación y, si soy sincera, ni siquiera sé cómo debería enfrentarme a ellos. Debería confiar más en mí misma y... en él. “Puede que con el tiempo consiga hacerlo”, me digo a mí misma. Pero en realidad no estoy totalmente convencida de ello.

—Cambia esa cara, por favor —suplica, deteniéndose en mitad del pasillo—. Te juro que ni la conocía.

—Te creo —respondo muy seria.

Estoy convencida de que Poyner ni siquiera es capaz de comprender cómo me siento. Es más, creo que, en algunos momentos, no me entiendo ni yo. Por un lado, tengo la sensación de estar enamorándome y de que todo es maravilloso. Pero, por otro lado, me aterra la prensa, verme expuesta al público y, además, no ser suficiente. La sensación de que este no es mi mundo y que todo me queda grande es horrible; y aunque sé que Poyner no tiene culpa de ello, sentirme inferior y poca cosa a su lado no es agradable.

—Vamos a cenar, ¿vale? Estás preciosa —susurra en mi oído, obligándole a mi sonrisa a reaparecer—. Quiero entrar en el restaurante contigo y presumir de novia, así que cambia esa cara. Por favor.

Y aunque todavía no estoy del todo bien, lo hago. Sonrío. Camino tras él, embobada, con una sola palabra retumbando en mi cabeza una y otra vez. “Novia”. “Novia”. Así que, ¿esto va en serio?

El restaurante del hotel es tan exquisito y elegante como cualquier otra parte de las instalaciones. De fondo suena música clásica y las mesas están lo suficientemente alejadas las

unas de las otras como para proporcionar intimidad a sus comensales. El metre nos guía hasta nuestra mesa nos dedica una sonrisa profesional mientras nos entrega las dos cartas; la de comidas y la de vinos.

—No sabes lo mucho que me alegra que hayas accedido a acompañarme, Ash.

—Yo también me alegro de estar aquí —admito, porque es la verdad.

Esta escapada está siendo mucho más placentera de lo que imaginaba.

—No... No lo entiendes —me dice, mirándome a los ojos fija e intensamente—. Siempre estoy solo. Siempre me siento solo. Tenerte aquí es un regalo para mí... Así que gracias.

—No me las des, por favor —refunfuño con una sonrisa juguetona.

Por unos instantes, pienso en Bryan y en cómo debe de ser su vida en Massachussets. Boston es una ciudad espectacular, pero debe de sentirse muy solo viviendo lejos de su familia y sin poder echar raíces. A fin de cuentas, cada quincena le toca viajar y no tiene a nadie que le acompañe en sus aventuras. Por mucho que intente imaginarme cómo debe sentirse, no lo consigo. Yo tengo a Sky y sé que, pase lo que pase, siempre estaremos juntas. Sé que, si fuera necesario, me seguiría al fin del mundo; al igual que yo a ella.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Ashley?

Le miro y niego.

Bryan está a punto de contestar cuando el metre reaparece en escena y nos interrumpe. Nos pregunta si ya hemos escogido qué queremos beber y si nos gustaría escuchar las recomendaciones de la casa. Bryan asiente y él suelta una verborrea de nombres de platos que yo sería incapaz de repetir ni aunque practicara un millón de años.

—¿Qué te apetece?

Me encojo de hombros.

—Decide tú por los dos. Sorpréndeme.

En realidad, es una forma de quitarme el problema de encima —no me apetece tener que repetir esos nombres y convertirme en el hazmerreír del restaurante—, pero Poyner parece encantado con mi reto y se esfuerza por escoger algo sorprendente. Tengo hambre, así que se decida por lo que se decida, me gustará. Cuando volvemos a quedarnos a solas intento regresar a la conversación desde donde la hemos dejado.

—Estabas a punto de decirme qué es lo que te gusta de mí —le insto con curiosidad.

Poyner suelta una carcajada.

—Está bien. Pero antes tendrás que decirme qué es lo que te gusta a ti de mí...

Me quedo en silencio, meditando la respuesta.

—No es sencillo de explicar, la verdad —confieso.

—Pues inténtalo —me reta, mientras el camarero nos sirve dos copas de vino y dos vasos de aguas.

Seguramente, Bryan no le dé más de dos sorbos al vino. Se toma muy en serio el asunto del alcohol cuando está en mitad de temporada.

—Lo que más me gusta de ti es que no eres como imaginaba —le digo, corriendo el riesgo de sonar ridícula—. Puede que te parezca que no tiene mucho sentido, pero... Para mí sí lo tiene.

—Pues explícate.

—Cuando supe que eras un importante jugador de beisbol me imaginé un prototipo de chico en mi cabeza: prepotente, frío, cerrado, derrochador... Y la verdad es que poco a poco he ido descubriendo que no tienes nada de eso. Eres cercano, humilde, abierto... Y si tuviera que decir una cualidad sin pensarlo demasiado, creo que diría que lo que más me gusta de tu forma de ser es

lo cariñoso que eres.

—¿Soy cariñoso? —se ríe.

—Mucho más de lo que suelen serlo los hombres.

—Suenan a que has conocido a muchos.

Trago saliva.

Ese es un tema en el que no me apetece ahondar demasiado. Sé que es algo que se suele hablar al principio de todas las relaciones, pero con Poyner no quiero hacerlo. Su vida no es normal y no me apetece descubrir con cuántas chicas ha compartido su cama en el último año.

—No demasiados —respondo, procurando zanjar el asunto sin entrar en detalles—. ¿Y a ti? ¿Qué es lo que te gusta de mí?

Bryan no necesita pensárselo.

—Que eres un misterio. Un misterio de verdad —confiesa—. Puedo prever cómo van a reaccionar la mayoría de las mujeres en ciertas situaciones, pero tú siempre te las ingenias para sorprenderme. No entiendo muy bien cómo funciona esa cabecita tuya, pero me gusta. Me gusta mucho.

Frunzo el ceño, interiorizando todo lo que acaba de decir.

—¿Me estás llamando “rarita”?

—¿Suenan mejor diferente? —bromea, guiñándome un ojo.

Traen el primer plato, para compartir.

No sé por qué, esperaba algo muy elaborado y complicado. Pero no. Solamente son unas macarrones grandes y gorditos con una salsa de hongos y trufa.

—¿Te sirvo? ¿O comemos del mismo plato? —inquiere, centrándolo en la misma.

—Del mismo.

No soy escrupulosa. Y él tampoco.

Ambos pinchamos uno de esos enormes macarrones y nos lo llevamos a la boca. De forma inconsciente, me viene la imagen de esos dos perritos comiendo pasta que salían en una película infantil. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! “La dama y el vagabundo”. Me río tontamente en mi interior al pensar que en este caso es más bien al revés: “el caballero y la vagabunda”.

—¿Qué estás pensando?

Sacudo la cabeza, procurando no desvelar la absurdidad de mis pensamientos, y desvío el tema hacia la comida. Tengo que admitir que está buenísima, así que ha sido un auténtico acierto confiar en el buen gusto de Bryan. Durante la cena, hablamos de todo y de nada. Yo le cuento cosas sobre Sky y mi familia y él sobre el béisbol. Es extraño, porque, aunque no lo dice claramente, tengo la sensación de que está intentando no hablar sobre sus padres más de lo necesario. Lo único que sé de ellos es que viven lejos y que raramente vienen a visitarle. Decido dejarle su espacio y que decida él sobre qué temas charlar. Poyner es un apasionado del béisbol. Dedicó el cien por cien de su vida a ello y es evidente que no deja mucho espacio para nada más. Estudió el primer año de empresariales, pero después dejó todo para poder centrarse en su carrera deportiva. También me explica que, aunque aún le quedan muchos años como deportista de elite, ha comenzado a invertir su dinero en pequeños negocios y en acciones de bolsa. Mi vida no es tan interesante, así que le hablo un poco sobre el personal que trabaja conmigo en la farmacéutica y sobre lo complicado que es pagar las facturas a finales de mes con un sueldo medio como el mío. Se lo cuento a modo de anécdota, riéndome, pero después me doy cuenta de que quizás pueda llegar a malinterpretar mis comentarios y me siento incómoda.

—Sabes que yo podría ayudarte.

Sacudo la cabeza en señal de negación, dejando a un lado mi tenedor.

—Te aseguro que me las apaño genial yo solita —respondo, procurando no pasarme de borde—, llevo haciéndolo desde los dieciocho años.

En ese instante, Bryan se da cuenta de su metedura de pata y cambia de tema.

De postre compartimos una deliciosa “carrot cake” antes de pedir la cuenta. Cuando veo la cifra a la que asciende nuestra cena empiezo a hiperventilar. Es un auténtico despropósito. Poyner les pide que nos lo carguen a la habitación.

—Pagaré la mitad —murmuro casi sin voz, aún consternada por el despropósito que supone.

—No vas a pagar nada, Ashley —asegura, cogiéndome de la mano mientras caminamos hacia la salida—. Quiero invitarte yo.

—No... pagaré, es lo mí...

Pero antes de que pueda terminar la frase, Poyner me silencia con un beso en los labios.

—Creo que la única forma de que estés calladita es amordazándote —me dice, y ese comentario consigue revolver algo en mis entrañas.

Bryan abre la puerta con la tarjeta automática de la habitación y me invita a pasar en primer lugar. Yo lo hago y camino a oscuras hasta el sofá que hay frente al jacuzzi para dejar mi bolso y quitarme los zapatos. Él enciende las luces, se apoya junto al marco de la puerta y me mira de arriba abajo con una sonrisa.

—¿Por qué no te dejas puesto ese vestido? Te queda de maravilla.

Alzo la cabeza para mirarle.

Le conozco lo suficiente para poder diferenciar el deseo en sus ojos, las llamas.

—Porque es muy caro —respondo con timidez—, y no quiero que me lo estropees, ¿sabes? Es un regalo.

Poyner se ríe.

Al hacerlo, se le marcan las arrugas de la mirada y aparenta unos cuantos años más que de costumbre. Hay veces que necesito inspeccionarle dos veces y recordarme a mí misma que es más joven que yo para poder creerlo.

—¿Un regalo? ¿De quién? —bromea—. ¿Debería ponerme celoso?

Me muerdo el labio inferior, apoyando mi espalda sobre el respaldo del asiento. Aún no me he quitado el vestido porque, si he de ser sincera, me da pudor desnudarme bajo su atenta mirada. A estas alturas ya debería haberme acostumbrado, pero la realidad es que no.

—De un chico un atractivo. No le conoces.

Suelta una risita sensual que se me antoja irresistible.

—Pues entonces quítate el vestido. No queremos romperlo, ¿no?

—¿Romperlo? —repito—. ¿Por qué íbamos a romperlo?

Poyner comienza a desabrocharse la camisa con sensualidad, botón a botón. Yo suspiro hondo, procurando relajarme. Pero con él es imposible. Con él todo es acción y más acción.

—Porque vamos a jugar a un juego... —ronronea.

Yo sonrío.

—¿Uno peligroso?

Él termina de quitarse la camisa y la deja caer en el suelo, junto a sus pies.

—No sé... ¿Cómo de peligroso quieres que sea?

Trago saliva.

Algo en mi interior me avisa a gritos que el grado de peligrosidad con el que mide Poyner las relaciones sexuales no es ninguna broma para no tomárselo seriamente.

—¿Cómo...? ¿Cómo de peligroso puede ser?

Se desabrocha el pantalón y lo deja caer, quedándose en bóxers y calcetines. Sin dejar de mirarme, se quita los calcetines. ¡Dios mío! ¡Es guapísimo! Tan sexy, tan musculoso, tan decidido, tan... ¡Tan! Sería imposible pasar por delante de él y no fijarse en el atractivo que desprende. Más aún cuando, finalmente, termina de desnudarse por completo. Trago saliva, procurando esforzarme por relajarme y no perder el control de mí misma. Poyner da dos pasos hacia mí con esa sonrisa irresistible. Por primera vez me fijo en sus dientes, tan blancos e impolutos. ¿Se habrá hecho algún blanqueamiento o es que directamente podría trabajar en una agencia de modelos? ¡Hasta

sus malditos pies son perfectos!

—Puede ser muy peligroso, porque te mereces un buen castigo —susurra en voz baja.

Me pregunto en ese instante si Poyner será capaz de percibir mi nerviosismo como si fuera un cazador acechando a su víctima. Sí, creo que sí. Creo que puede sentirlo y que, además, le gusta. Le excita.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan las chicas celosas que desconfían de mí —responde con voz ronca—. Así que, tendré que enseñarte a confiar...

Esa pequeña afirmación me pilla por sorpresa y me hace recordar a la chica de la barra del bar. “No soy celosa”, quiero responder. Pero solamente soy capaz de mirarle muy fijamente sin decir una palabra. Se coloca frente a mí. Su duro miembro queda frente a mi rostro mientras que sus manos se deslizan por mi espalda. Siento cómo mi corazón se acelera descompasadamente, así que hago una pequeña cuenta atrás mental para relajarme. Diez, nueve, ocho... Poyner posa sus manos sobre mi espalda y desliza la cremallera del vestido, que de forma instantánea cae hasta mi cintura. Siete, seis, cinco... Después desliza sus manos por mi rostro, levantándose en alto la cabeza. Puedo ver la lujuria en sus ojos. Cuatro, tres, dos... Tira de mí para levantarme del sofá. Lo hago, me levanto. El vestido cae automáticamente al suelo, dejándome prácticamente desnuda frente a él. Uno, cero... Mi corazón va a explotar. Mi pulso se acelera todavía más.

—Eres tan bonita, Ashley... —asegura, está vez serio.

Ya no queda ni rastro de su sonrisa pícaro.

Me besa con pasión. Su lengua se enreda con la mía, mis pechos desnudos golpean su torso y su miembro erecto se posa sobre mi vientre. Arde. Ardo. Todo con Poyner es así; intenso, diferente y apresurado. Un sinfín de mariposas revolotean por mi estómago mientras él sujeta mi rostro entre sus manos para besarme con pasión. Le devuelvo el beso mientras me empuja suavemente, guiándome hacia la cama sin que ni siquiera yo sea consciente de ello.

—Entonces, ¿te parece bien? ¿jugamos?

Trago saliva. No sé si antes debería pensarme un poquito mejor la respuesta.

—Sí... —respondo con la voz cargada de excitación.

Esto es lo que Poyner provoca en mis sentidos. En mi capacidad de deducción, de razonamiento, de decisión. Él me anula por completo, dejándome a su merced.

—¿Vas a recibir tu castigo?

Al decirlo, una pequeña sonrisa traviesa se filtra en sus labios. Soy incapaz de pronunciar algo en voz alta, así que simplemente asiento en silencio con la cabeza. Bryan se aleja de mí y se dirige al armario. Me siento en los pies de la cama y le observo fijamente mientras él saca una mochila. Cuerdas, pañuelos... Trago saliva.

—Espero que lo del castigo no fuera en serio... —bromeo, aunque mi voz delata el miedo que puede llegar a darme Bryan cuando comienza con sus juegucitos sexuales.

Nunca jamás había probado..., este tipo de cosas. Y aún no he decidido si son de mi agrado o no. A pesar de ello, me digo a mí misma que experimentar cosas nuevas no tiene nada de malo y que, a veces, probando lo diferente uno puede llegar a encontrar algo que le guste.

Bryan se acerca de nuevo a mí. Tiene un pañuelo negro en sus manos.

—Cierra los ojos —ordena muy serio.

Puedo percibir lo excitado que está. Lo mucho que le gusta esto.

Cierro los ojos y estiro los brazos para que pueda atraparme las muñecas. Pero Poyner los vuelve a bajar y me tapa los ojos, atándome el pañuelo alrededor. Respiro profundamente procurando

relajarme, pero me cuesta. Siento su respiración cerca y su presencia. Sus dedos recorren mis labios superficialmente.

—Chúpalos, Ashley.

Abro la boca, obediente. Sumisa. Como sé que a él le gusta.

Me meto sus dedos en la boca y los succiono. Por alguna razón, ese simple gesto me excita aún más. Después saca sus dedos humedecidos de mi boca y los desliza por mi cuello, bajándolos hasta mis pezones. Los rodea, los toca, los presiona y pellizca con sus yemas resbaladizas. Gimo de placer, excitada y entregada a él. Alzo mis manos y las coloco en su cintura. Siento su cuerpo frente a mí.

—Espera ahí, quieta —me dice—. No te muevas. Voy a atarte.

Al escuchar eso, vuelvo a acelerarme.

No sé hasta qué punto me gusta y me excita perder el control de mi propio cuerpo. Por una parte, entregarme de esta forma a alguien me permite liberarme de todo, dejar de pensar y simplemente, disfrutar. Pero, por otro lado, odio no tener poder de decisión. Odio dejar todo en manos de Bryan.

—No se trata de sumisión, Ashley —dice en voz alta, como si de algún modo hubiera podido leerme el pensamiento—. Se trata de confianza. ¿Confías en mí?

—Sí —respondo con poca seguridad, un poco asustada.

He visto las cuerdas que tenía en esa mochila y no eran precisamente pequeñas e inofensivas. Trago saliva cuando presiento que vuelve a acercarse a mí. Bryan me pide que estire los brazos y junte las manos. Yo obedezco y comienzo a sentir el grosor de las cuerdas con las que comienza a atarme. Siento cómo anuda mis muñecas y, después, tira de la cuerda para obligarme a levantarme de la cama. Me quedo de pie, inmóvil. Sé que me está observando, puedo sentirlo, aunque no le vea. Puedo notar su respiración, su presencia. Sus manos vuelven a posarse en mi cuerpo. Esta vez se deslizan por mi vientre hasta descender a mi sexo y colocarse sobre mis braguitas.

—Separa las piernas —me pide.

Yo estoy paralizada. Quiero obedecerle, sí. Pero no ver nada, estar atada... La situación me paraliza. Poyner me sujeta por la cabeza, apretándome contra su cuerpo. Noto su respiración ahora en mi oreja.

—Te acabo de decir que separes las piernas, Ashley... —murmura, y justo antes de terminar, me propina un cachete.

No es fuerte, ni doloroso. Pero me pilla desprevenida y me hace dar un pequeño respingo. Separo las piernas. Su duro miembro se cuele entre ellas, colocándose encima de la tela húmeda de mi ropa interior. Poyner me besa el cuello y pasea sus manos por mi cuerpo. Vuelve a apretarme contra él antes de separarse de mí. Noto cómo se aleja justo antes de que pegue un tirón a la cuerda con la que me tiene atada.

—Ven. Camina conmigo.

Esta vez obedezco sin necesidad de más cachetes. Camino hasta donde me indica y me pega un empujón que me hace caer sobre la colcha de la cama. El colchón se hunde a mi lado y presiento que, de algún modo, me está atando al cabecero. Respiro roncamente. Excitada. Todo esto es tan nuevo para mí, tan diferente... Me gustaría poder quitarme la venda de los ojos para ver lo que hace, pero no puedo. Se ha asegurado de inmovilizarme correctamente. Siento su cuerpo pesado, fuerte y firme, deslizándose sobre el mío. Separada mis piernas con agilidad, retira la tela de mis braguitas y se hunde en mi interior. Un acto-reflejo me hace reaccionar, arqueando la espalda y descubriendo que estoy atada muy firmemente y que mi margen de movimiento es pequeño.

Prácticamente nulo. Se hunde en mi interior, una vez, dos... Respira roncamente. Gime. Y yo hago lo mismo. Siento sus manos en mi cuerpo, presionándome las caderas. Su boca en mis pechos. Me duelen las muñecas por la presión que la cuerda ejerce en ellas en cada embestida, pero incluso ese dolor me resulta agradable y excitante. Placentero. Aprieta más. Mis sentidos se agudizan y puedo sentir cada caricia magnificada. Cada embestida. Cada susurro de sus gemidos en mi oreja como un torbellino. Más, y más... Siento que estoy a punto de explotar. Poyner me pide que no lo haga, que aguante un poco más. Pero no puedo... Es demasiado. Demasiado intenso.

Al final, exploto. Siento cómo el orgasmo me recorre la columna vertebral y cada extremidad de mi cuerpo, provocándome pequeñas sacudidas de placer. Bryan también alcanza el éxtasis, prácticamente de forma simultánea a mí. Se deja caer sobre mi cuerpo y apoya su rostro en mi cuello. No le veo, pero puedo percibir su sonrisa sobre mi piel. Ambos respiramos de forma irregular, así que nos tomamos unos minutos para calmarnos y tranquilizarnos.

—¿Ahora vas a soltarme? —pregunto, jocosa.

Él se ríe mientras me acaricia el vientre.

Tener los ojos tapados hace que cada sensación sea intensa y abrumadora. Incluso ahora mismo.

—No lo sé. Creo que tengo que pensármelo.

Sonrío ampliamente.

—Seré buena. Lo prometo.

Bryan me suelta la venda de los ojos. Después libera mis muñecas, que ahora mismo están enrojecidas y doloridas. Pestañeo un par de veces, adaptándome a la luminiscencia de la habitación. La luz está tenue, pero aún así necesito un par de segundos para acostumbrarme. El pequeño reloj-despertador que hay en la mesilla me indica que son las tres de la mañana, pero no tengo sueño. En realidad, estoy más despejada que nunca.

Poyner me suelta un fugaz y breve beso en los labios antes de salir de la cama. Yo me acurruco, tapándome con la manta de la cama mientras observo de reojo a dónde va.

—¿Qué haces?

—Preparar un baño con burbujas —me dice, señalando el jacuzzi—. ¿No te apetece?

Sonrío tímidamente antes de asentir.

Él abre los grifos y me pide que me acerque hasta allí. De pronto, me siento vulnerable. Extraña. Como si me costase demasiado comprender qué ha pasado mientras estaba ahí atada. Como si, de algún modo, la chica que se retorció a ciegas de placer no hubiera sido yo. Intento proyectar la imagen de cómo debe haber vivido Poyner la escena, pero no puedo. No lo consigo.

—Deja de pensar, Ash... Ven aquí.

Lo hago.

Él me abraza con fuerza, rodeándome la cintura con sus brazos antes de dejarme un pequeño reguero de besos en la clavícula. Apoya la cabeza sobre mi espalda y me susurra desde atrás que soy lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. No sé qué significan esas palabras para él, pero sospecho que algo grande. Algo importante.

Nos metemos en el agua. El debajo, yo encima. Me apoyo sobre su pecho y cierro los ojos. La habitación vuelve a sumirse en la oscuridad, pero esta vez el sonido de los chorros del agua mezclándose con el latir del corazón de Poyner solamente me transmiten paz y tranquilidad. Seguridad.

—Creo que lo nuestro puede funcionar, Ashley... —murmura en voz baja.

“Quiero que lo nuestro funcione”, pienso para mí misma.

Pero no me atrevo a decirlo en voz alta porque sé que es muy difícil. Demasiado complicado. Al

menos soy cien por cien realista y sé que Poyner y yo no pertenecemos al mismo mundo. Es extraño, porque cuanto más tiempo paso con él más descubro lo mucho que me atrae en todos los sentidos y lo poco compatibles que somos. ¿Qué sería de nosotros si comenzamos una relación sería? No podría permitirle pagar siempre las cenas, así que, de vez en cuando, me tocaría invitarle a un restaurante de comida rápida mientras él me lleva a carísimos restaurantes de alta cocina. Turnaríamos mi pequeño apartamento con su gran mansión para pasar los fines de semana y, además, tendríamos que lidiar constantemente con la prensa —cosa que me preocupa demasiado—. Y todo eso sin contar lo mucho que viaja. Por ahora no tiene pensado moverse de los Red Sox, así que solamente se trata de los partidos que juega fuera de su estadio. Pero, ¿qué ocurrirá el día que otro equipo importante mejore su contrato? ¿Rechazará la oferta solamente para poder quedarse conmigo en Boston?

—¿Estás bien? —pregunta, acariciándome la cabeza con ternura.

—Sí, estoy bien —miento.

Porque la realidad es que estoy asustada. Muy asustada.

El lunes me despierto con una extraña sensación de irrealidad encima. Después de un fin de semana tan intenso y reparador, me cuesta horrores centrarme y recordar qué día es hoy. Pero, al final, lo consigo. Después de una larga ducha de agua fría y varios cafés, consigo recobrar la compostura y recordar las tareas que el viernes dejé pendientes en la empresa. Hoy tengo que acudir a varias consultas médicas, así que a la hora de vestirme me decanto por unos zapatos de tacón bajo y muy cómodo que Sky me regaló hace algunos años por uno de nuestros cumpleaños. Perfectos para las horas de espera que tendré que soportar entre consulta y consulta mientras me preparo el discurso del nuevo fármaco.

Salgo de casa con tiempo, ¡y menos mal! En las calles hace tantísimo frío que Cooper se niega a arrancar a la primera y necesito varias intentonas hasta que consigo ponerlo en marcha. A pesar de todo, cuando llego a la oficina soy una de las primeras en entrar por la puerta del edificio. Lo primero que hago es tomarme un café en la sala de máquinas expendedoras. Paseo de un lado a otro en silencio, escuchando el “toc, toc” de mis tacones mientras me bebo el contenido caliente del vaso a pequeños sorbitos. En mitad del paseo, me detengo junto a un cristal que me devuelve el reflejo de mi propia imagen y me observo a mí misma. Por alguna razón incomprensible, me siento... guapa. Atractiva. E, incluso, poderosa. No he dormido más de lo normal, pero mi rostro está radiante y sin rastro de mis habituales ojeras. Escucho pasos al fondo del pasillo y dejo de mirarme. Me siento en la mesa y espero a mis compañeros. Dos minutos después, dos chicas del laboratorio entran en la sala de máquinas a por un café. Venían charlando animadamente, pero se quedan en silencio nada más verme. Las saludo con una sonrisa y me devuelven el gesto antes de ponerse a cuchichear entre ellas. Las conozco. Son compañeras de trabajo de Sky y llevan aquí casi el mismo tiempo que nosotras. Además, he coincidido con ellas en varias ocasiones, y si no recuerdo mal, en ninguna de las anteriores resultaron ser tan antipáticas y desagradables. Me tomo los restos del café de un sorbo y tiro el vaso de cartón a la basura.

—Hasta luego —digo en voz alta antes de marcharme.

Ellas me miran, pero no responden. Ni siquiera un triste “adiós”.

Me dirijo a mi despacho pensando en lo estúpida que puede ser en ocasiones la gente cuando, de pronto, un mal presentimiento se instala en mi interior.

Cierro la puerta prácticamente de un portazo y me dirijo derecha al escritorio para encender mi ordenador. Va lento, muy lento, así que al final la impaciencia puede conmigo y termino sacando mi teléfono móvil. Abro el buscador y escribo “Bryan Poyner”. Los primeros artículos de prensa aparecen uno detrás de otro en mi pequeña pantalla. Sí, muchos de ellos son de revistas deportivas y hablan del partido contra los Oriols, pero otros muchos artículos provienen de fuentes muy diferentes. Prensa rosa y de corazón. Abro uno de los enlaces con la respiración entrecortada y aferro el móvil con fuerza hasta que la noticia en cuestión termina de cargarse del todo. Ahí estamos, Bryan y yo llegando caminando por el aeropuerto cogidos de la mano. “La nueva chica de Poyner”, escriben. Hay alguna fotografía más, pero en ellas solamente salgo yo. Alguien debió de sacarlas en el palco del estadio. “¿Cuánto tiempo tardará Poyner en cansarse de su nuevo ligue? ¿Quién es la misteriosa chica con la que se deja ver últimamente?”. Trago saliva,

angustiada. No quiero auto torturarme, pero no puedo evitar entrar en otro artículo y leer qué más ponen de mí. En algunos me comparan con la ex de Poyner y dicen que ambas compartimos un gran parecido. Otros artículos hablan del poco tiempo que le duran al pitcher las relaciones amorosas.

Estoy a punto de echarme a llorar, abrumada, cuando...

—¿Ash?

Levanto la cabeza de la pantalla y la veo. Es Scarlett, vestida ya con la bata del laboratorio, aunque hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —inquiero, saltando de la silla del escritorio para abalanzarme sobre ella.

Hoy cuando me he despertado he visto que tenía siete llamadas perdidas tuyas, pero las he ignorado pensando que lo único que quería era cotillear.

—¿Qué pasa, Sky? —vuelvo a preguntar, abrazándola con fuerza.

Ella sacude la cabeza en señal de negación, gimoteando como una niña pequeña.

De pronto, olvido todos y cada uno de esos artículos y centro toda mi atención en mi hermana. Ella, que siempre es tan decidida y feliz... Verla de ese modo es capaz de partírle el corazón a cualquiera.

—Gabe me ha dejado —lloriquea en voz baja—. Ha dicho que no quiere volver a verme... Que está casando de tantas tonterías y juegos... Que no quiere saber nada más de mí...

—Eh, cálmate, ¿vale? —murmuro, acariciándole la espalda—. Tranquila... Tienes que estar tranquila.

—Es que no sé qué diablos voy a hacer sin él, Ashley... No lo sé...

La miro y se me rompe el corazón al ver esos ojos empañados por la angustia y el dolor. No importa que mi hermana siempre vaya de chica dura, porque la verdad es que sabía muy bien lo que sentía por Gabe. Eran demasiados años de relación insana y estaba claro que no terminaría bien.

—Tú no necesitas a nadie para ser feliz, ¿me oyes? —suelto, y lo digo tan seria y convencida que Sky deja de llorar y se queda mirándome muy fijamente—. Nunca le has necesitado y no vas a empezar a hacerlo ahora.

Ella sacude la cabeza de un lado al otro, diciéndome que “no”. Antes de que pueda añadir algo más, decido interrumpirla. Porque sé muy bien lo que está a punto de soltar: que en realidad sí que le necesitaba y que ahora se siente muy perdida.

—Te diré una cosa y quiero que la interiorices: nadie ha muerto de desamor. Y tú no vas a ser la primera —aseguro—. Tendrás que superarlo.

—No es tan fácil... —murmura, secándose la cara.

“No, no lo es”, pienso.

—Sí lo es. Lo harás —le digo—. Yo te ayudaré a hacerlo.

El busca de Sky comienza a sonar en su bolsillo. Yo miro el reloj de mi escritorio de reojo y compruebo que ya han pasado más de quince minutos desde la hora de entrada. Seguramente sus compañeras la estén esperando para poder empezar a trabajar.

—Vete al baño, lávate la cara y deja de pensar en Gabe durante un rato. Cuando salgamos de trabajar nos iremos a casa, veremos una película, beberemos champán y comeremos helado de chocolate.

Sky sonrío antes de abrazarme con fuerza.

Por primera vez, me doy cuenta de lo débil y frágil que es mi hermana. Ella, que siempre está dispuesta a comerse el mundo y enfrentarse a todo, hoy es el mundo quien se la está comiendo.

—Pasará —repito, procurando animarla—. Cambia esa cara y te veo en unas horas. ¿Vale?
Asiente y, sin decir nada más, se marcha.

Scarlett y sus problemas amorosos han conseguido distraerme de la realidad durante varios minutos, pero cuando la puerta de mi despacho se cierra y vuelvo a quedarme a solas, la maldita prensa y sus artículos regresan a mi cabeza. Sé que todos mis compañeros, a estas alturas, ya han debido de leer esos chismes. Y ahora mismo es más que evidente que soy la comidilla de la oficina. ¿Cuánta gente hablará de mí sin siquiera conocerme?

No puedo evitarlo y vuelvo a abrir los artículos para revisar bien su contenido. Esta vez lo hago desde mi ordenador, pero en vez de centrarme únicamente en la redacción, desciendo hasta los comentarios de los lectores. Hay miles. “Una cazafortunas cualquiera”, “otra aprovechada de la vida...”. Miles y ninguno de ellos es agradable. Se me acelera el corazón cada vez que reconozco alguno de los nombres que envían esos textos. Muchos de ellos son conocidos míos.

—Imbéciles... —murmuro, antes de pulsar la “X” que cierra todas las pantallas.

Decido ponerme en marcha y seguir el consejo que le acabo de dar a mi hermana; ya tendré tiempo de sobra para ahogar mis penas después. Ahora tengo que trabajar.

La mañana transcurre con rapidez. Al mediodía recibo un mensaje de Bryan en el que me dice lo mucho que me echa de menos. Me excuso a mí misma diciéndome que no le respondo porque estoy demasiado ajetreada, pero la realidad es muy diferente. Sé muy bien que leer todas esas tonterías ha terminado pasándome factura y que ahora mismo necesito un descanso de ese mundo. De él. Es como si la maldita prensa fuera capaz de mermar mis sentimientos hacia Poyner y de apagar la ilusión que tenía hasta esta mañana.

¿Habrá leído Bryan los artículos? ¿Habrá llegado a pensar en algún momento que las barbaridades que dicen son reales? ¿Qué solamente soy una aprovechada y una cazafortunas? Sé que no tiene sentido darle vueltas al asunto, pero soy incapaz de sacármelo de la cabeza.

Llega la hora de salida y me coloco el abrigo. Hoy prácticamente no he pasado tiempo en la empresa; cosa que he agradecido. Lo poco que he estado aquí ha servido para darme cuenta de que no hay ni una sola persona que no esté leyendo rumores respecto a mi persona. Suspiro hondo mientras espero a Sky en la puerta principal y saco el teléfono para contestar a Bryan ahora que tengo tiempo. Pero ni siquiera sé qué escribirle.

“Yo también a ti, Bryan”. Pulso la tecla de enviar sin pensármelo demasiado y para cuando levanto la cabeza, Sky ya está frente a mí.

—¿Nos vamos? —murmura—. Estoy deseando escapar de este infierno.

Mi hermana, que aún tiene los ojos llorosos y enrojecidos, tira de mi brazo para que eche a caminar. Deduzco por su mala cara que no ha seguido mi consejo y que lleva arrastrando la tristeza todo el lunes.

Cuando nos subimos en mi coche está muy callada. La miro de reojo y la veo inspeccionar su teléfono móvil. Le ha escrito a Gabe. No me lo dice, pero tampoco necesito que lo haga para poder adivinarlo. La forma en la que observa la pantalla, como si intentase provocar con un superpoder mental la llegada de un mensaje de él, me lo dice todo.

—Tienes que dejarle su espacio... No sé si cambiará de idea o no, pero no puedes estar detrás de él.

—Lo sé —murmura en voz baja, pensativa. Dolida.

Me destroza verla tan mal.

Justo cuando estamos llegando a casa, soy consciente de que aún no me ha preguntado nada respecto a mi fin de semana en Baltimore y que no ha intentado sonsacarme ni un poquito de

información sobre Bryan. Algo que es muy poco común viniendo de Sky.

—¿Ese coche es para ti? ¿Te están esperando?

Miro de reojo hacia el portal de mi casa y, en efecto, veo un monovolumen negro que parece sacado de una película de acción. Aparco a Cooper en el primer hueco que encuentro y me decido a ignorar la presencia del coche cuando mi teléfono móvil comienza a sonar. Es Bryan.

—Podemos dejar lo del helado de chocolate para otro día... —murmura Sky.

Veo su nombre en la pantalla y algo da un vuelco en mi interior.

—No. No hace falta —aseguro, antes de silenciar la llamada.

Espero a que se corte y, después, apago el móvil.

Le he dicho a Scarlett que pasaría la tarde consolándola. Y eso pienso hacer.

Mi martes no es mejor que el lunes.

Me despierto con resaca por culpa del champán y con cólicos por culpa del maldito empacho a helado de chocolate.

Sky se marchó bastante tarde a su casa y la verdad es que, cuando me quedé a solas, no me preocupé lo más mínimo por adecentar el desastre que tengo por apartamento.

Así que cuando me despierto, me encuentro de bruceas con las pruebas del delito. Botella vacía y restos de helado chorreante y derretido tanto en la fregadero como en la tela del sofá. Me masajeo las sienes, procurando no pensar demasiado en lo mucho que me costará sacar esas manchas de ahí.

Después de una ducha y de un café con miel acompañado de una pastilla para el dolor de cabeza, me pongo en marcha. En la calle no hace tanto frío como ha estado haciendo días atrás, así que, en vez de molestarme en abrocharme el abrigo, acelero el paso hasta llegar a Cooper. No lo aparqué demasiado lejos.

Cuando me subo al coche enciendo el móvil y lo dejo en el asiento del conductor. Procuero no prestarle atención, aunque percibo los pitidos que suenan indicándome los nuevos mensajes que he recibido. La mayoría, según consigo ver de reajo, son de Poyner. Me siento fatal. Ayer, simplemente, le ignoré. En mi defensa diré que tampoco me parece en absoluto normal que se crea con derecho de mandar a alguien a recogerme a casa sin siquiera consultarlo previamente conmigo. Yo, personalmente, no lo haría. Jamás se me pasaría por la cabeza mandar un taxi a su casa o algo similar.

Me prometo a mí misma que no dejaré que las absurdecas de la prensa me afecten más de lo necesario y que hoy tendré un buen día por delante. Pero parece que Murphy está más presente que nunca y antes de llegar al trabajo me veo inmersa en una caravana de más de una hora. Llego tarde. Pero ni siquiera eso es lo peor de todo. Lo peor es que, cuando por fin consigo entrar en mi despacho, recuerdo la reunión que tenía con mi equipo de ventas. Esa de la que me había olvidado por completo.

Corro hacia la sala de reuniones y me encuentro a todos allí presentes, esperándome. Cuando entro por la puerta, ninguno se molesta en levantar la cabeza para dedicarme una sonrisa y saludarme. No, claro que no. En vez de comportarse con normalidad, agachan la cabeza y comienzan a rumorear mientras yo instalo el portátil. Procuero ignorarles, pero aún con esas, consigo captar un comentario de fondo de alguien que dice que “ahora que salgo con el de los Red Sox me pienso que puedo llegar a la hora que quiero”.

Aprieto los puños con rabia. Sé que no debería caer en ese maldito juego asqueroso, pero no puedo evitarlo. Esto me supera.

—Llego tarde porque en el centro hay un atasco de más de hora y media —sentencio con la voz hastiada y de mal humor—. ¿Alguien quiere añadir algo más? Lo pregunto porque me gustaría que lo hiciera en voz alta y no rumoreando por las espaldas.

El silencio reina en la sala de reuniones y yo tengo que respirar muy, muy hondo, para poder

proseguir con la presentación sin perder los estribos. Me doy cuenta de que, hace no mucho, veía a estas personas como a compañeros. Amigos. Que de repente me pusieran al mando de la campaña y me transformase en alguien superior a ellos incitó que la relación se volviera tirante. Y ahora, después del asunto de la prensa y de Poyner, la cosa ha terminado de empeorar por completo. No les quiero ni ver. Y supongo que ellos a mí tampoco.

En el descanso mi hermana y yo bajamos a la cafetería y nos comemos un bollo de mantequilla con un café bien cargadito. Otro día cualquiera nos decantaríamos por alguna opción más saludable, pero hoy no. Necesitamos una buena sobredosis de azúcar en sangre para conseguir espantar las penas y preocupaciones. Sky aún está deprimida. No me lo dice, pero lo veo en su cara. Su habitual sonrisa de niña pícaro está desaparecida en combate y no lleva ni un ápice de maquillaje para disimular sus amoratadas ojeras. Está desganada. Puedo percibirlo. Mientras devoro sin piedad y sin remordimientos el bollo —aún a sabiendas de que irá directamente a esas cartucheras que jamás conseguiré quitarme de encima—, veo la televisión. Están retransmitiendo la sección de deportes del telediario. Dos comentaristas charlan sobre la importancia que tiene el partido de ese próximo fin de semana, donde los Red Sox se disputarán el pase a la final. “Bryan...”. No puedo evitar no pensar en él y sentirme muy culpable por mi comportamiento. Tuvimos un fin de semana fantástico y al día siguiente decidí ignorarle sin ningún tipo de explicación.

¿Qué pensará sobre mí? Supongo que nada bueno. Miro a mi hermana de reojo. Mordisquea el bollo como un ratón sin hambre, desmigándolo por las esquinitas. Me gustaría pedirle consejo, pero sé muy bien que en estos momentos ya tiene bastante aconsejándose a sí misma.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo y abro los mensajes de Bryan. Parece tan confuso con mi comportamiento que me siento fatal. “Siento mi ausencia. Ayer tuve un día horrible y no supe gestionarlo bien. Perdón”. Envío el mensaje sin darle más vueltas, porque sé que si lo leo por segunda vez me sentiré absurda y terminaré borrándolo para poder reescribir otra cosa con más sentido. Todavía no se ha enfriado la taza de café humeante que tengo sobre la mesa cuando recibo su respuesta; “¿estás bien, Ash? ¿Qué ocurre?”.

—Me das envidia —suelta Sky, regresando a la vida real y abandonando el mundo de sus pensamientos—. Supongo que ahora mismo todo será como en un cuento de hadas, ¿no?

—No —respondo de sopetón, demasiado rápido y de forma inconsciente—. La verdad es que no.

Sky arquea las cejas, examinándome con curiosidad.

¿Sabéis eso que suelen decir de “mal de muchos, consuelo de tontos”? Pues por mal que suene, creo que mi hermana se alegra de saber que yo tampoco estoy en mi mejor momento. Y creo, además, que no me había preguntado hasta ahora por Poyner por miedo a que mi exuberante felicidad pudiera hacerla sentirse aún más desdichada. Y es normal, no la culpo en absoluto.

—¿No?

Sacudo la cabeza de lado a lado.

—La prensa es asquerosa y la gente no puede ser más cotilla —le explico brevemente—. Salir con Poyner no es fácil... Saber que mi mundo no es como el suyo ya es chocante, pero si el resto del universo complica todo aún más, entonces... Entonces todo revienta.

Sky pestañea, mirándome muy fijamente.

—¿El resto del mundo? —susurra en voz baja—. ¿Te refieres a la prensa o...?

—Me refiero a todo el mundo. En general —le explico, y ni siquiera yo me doy cuenta de lo hastiada que estoy hasta que comienzo a hablar sobre ello—. ¿Sabes que la gente no me habla?

¿Qué todo el mundo cuchichea a mis espaldas? ¿Qué no hay una sola persona en esta maldita empresa que no se piense que soy una aprovechada?

Scarlett me mira muy seria, sin decir nada.

—Vale. Bien. Así que lo sabes, ¿no?

—Sé que hablan de ti y que rumorean sobre vuestra relación —se defiende—, pero no creas que me vuelven cómplice. Soy tu hermana, Ash. No me incluyen en sus grupitos de cuchicheo.

Suspiro hondo, cansada, y me dejo caer sobre la mesa de forma dramática.

—Es que todo eso me supera —aseguro—. Creo que no podré estar con Bryan así... De este modo.

—Ash... Es lo que tiene la fama. Si te gusta y quieres estar con él, no deberías de permitir que cuatro idiotas lo estropeen todo.

Sé que, en el fondo, mi hermana tiene razón. Nuestros sentimientos deberían de ser mucho más importantes que los cotilleos sin fundamento de la muchedumbre.

—Se cansarán de ti y se olvidarán de todo —murmura en voz muy baja, señalando con la mirada al corro de compañeros que se han sentado en una de las mesas contiguas a nosotras—. Hablar siempre de lo mismo es aburrido.

—No lo sé... —respondo, pensativa, sin demasiadas esperanzas.

Con la tristeza acuestas, terminamos de bebernos el café y regresamos a nuestros respectivos puestos de trabajo. A lo largo del día recibo unos cuantos mensajes más de Poyner y, al final, con la culpabilidad en aumento, termino respondiendo. “Hoy también está siendo un día agotador, lo siento”, escribo con lágrimas en los ojos, encerrada en mi despacho. Estaba acostumbrada a pasar desapercibida en la empresa, que nadie se fijase en mí y a completar mi jornada laboral sin mayor percance que perder un sacapuntas. Pero ahora los días se han vuelto eternos y soportar todas esas miradas clavadas en mi nuca es terriblemente extenuante.

“Déjame invitarte a cenar. Arreglaré tu día”. La promesa que encierra esa frase me provoca la primera sonrisa de todo este largo martes. “Está bien”, respondo sin pensármelo mucho, “pero cenamos en mi casa”. Y añadido eso último, pulso la tecla de enviar.

Por alguna razón, tengo la sensación de que en mi pequeño apartamento conseguiremos mantenernos a salvo de los focos de la prensa y de los astutos periodistas que se escoden en cada esquina de Boston. “Necesito un poco de privacidad”, pienso, permitiéndome ilusionarme con la cena de hoy. En el fondo me apetece mucho verle, aunque no consigo deshacerme del maldito presentimiento que continúa gritándome muy fuerte que esto, lo que tenemos entre nosotros, no funcionará. Es imposible que salga bien.

Mi teléfono vuelve a sonar: “está bien. Yo me encargo de llevar la cena”.

Y, por fin, sonrío de verdad.

Estoy aparcando a Cooper frente a mi portal cuando le veo, esperando pacientemente con dos enormes cajas de pizza en sus manos. Él, que hasta ahora estaba distraído observando la calle, también se fija en mí. Me sonrío y provoca un tsunami de escalofríos en mi interior que soy incapaz de controlar. Gracias al “efecto Poyner” —así es como he decidido llamar a la forma en la que mi cuerpo reacciona a su presencia—, tardo más de la cuenta en aparcar y me transformo en una torpe. Me tiembla ligeramente el pie con el que aprieto el embrague y, de repente, calcular distancias se vuelve demasiado complicado para mí. Creo que Bryan se ríe ante mi torpeza, pero procuro no desviar la mirada hacia él para que mi nerviosismo no empeore.

Me bajo del coche y de forma inconsciente, echo un vistazo a cada lado de la calle para asegurarme de que no pasa nadie conocido —ni vecinos, ni amigos, ni familiares cotillas—. Nada. Los únicos transeúntes son una pareja de enamorados que se acercan desde el fondo de la calle. Me acerco a Bryan con felicidad, esforzándome por no sacar a relucir los estragos que ha provocado mi mal día en mi carácter.

—Estás preciosa —me dice, mirándome fijamente—. De verdad.

Miente. Por supuesto.

La resaca de ayer no me ha dejado buena cara. Tengo ojeras, casi no me he maquillado y estoy física y psíquicamente agotada. En vez de responder, me pongo de puntillas y le beso en los labios. Bryan responde a mi beso envolviendo mi cintura con la mano que tiene libre y apretándome ligeramente hacia él.

—¿Subimos? —pregunto, un tanto nerviosa.

¡Dios! ¡Es horrible!

¿Cómo diablos consigue vivir en paz sabiendo que cualquier persona podría estar grabándole o fotografiándole? ¿Cómo diablos consigue tomarse todo de esa manera? ¿Cómo si no le importase lo más mínimo!

Asiente y, con las cajas de pizza bien sujetas, sube tras de mí escaleras arriba.

No recordaba el desastre que había dejado en mi piso hasta que abro la puerta y un olor rancio a alcohol y helado ataca mis fosas nasales. Vuelvo a cerrar la puerta de golpe, avergonzada, y me giro hacia Bryan. Su mirada estupefacta e incrédula consigue sacarme una sonrisita.

—¿Qué haces? —me pregunta, extrañado.

—Necesito que esperes aquí fuera un segundo.

—¿Aquí? ¿En el rellano?

Sacudo la cabeza en señal afirmativa.

—Por favor —suplico, muerta de vergüenza.

Él se encoge de hombros.

—Vale. Dos segundos.

—Dos segundos... —repito, volviendo a abrir la puerta para pasar al interior.

Antes de que Bryan pueda asomar la cabeza, la entorno para que no pueda ver nada. Tiro el bolso en la esquina de la entrada, junto a mi chaqueta, y me apresuro a abrir las ventanas del salón mientras voy recogiendo por el camino todo lo que mi hermana y yo dejamos en el suelo. Estoy

intentando reclutar la botella vacía de champán y las copas vacías cuando veo el chorretón de helado de chocolate en el sofá. Echo a correr hacia la cocina para tirar a la basura la botella. Dejo las copas en el fregadero y cojo un trapo húmedo. Desde aquí, veo cómo Bryan abre un poco la puerta para asomar la cabeza y poder cotillear.

—¡No mires! —exclamo, histérica—. ¡Ni se te ocurra!

Él suelta una risotada y, sin tomarse en serio mi advertencia, pasa al interior. Me abalanzo sobre el sofá y comienzo a frotar la mancha de chocolate derretido con todas mis fuerzas, mientras que Bryan se muere de risa desde la barra de la cocina, observándome.

—¿Ayer diste una fiesta en casa? ¿Por eso pasaste de mí?

Ese comentario hace que recuerde el coche que tenía esperándome en doble fila junto a mi portal y, de forma inmediata, vuelvo a ponerme de mal humor. Que Bryan intente controlarme de esa forma no me hace ni pizca de gracia.

—En realidad, solamente estuvimos Scarlett y yo —le explico, aunque sé que no se merece saber nada al respecto—. Está un poco triste por su novio. Lo han dejado.

—Vaya... Lo siento.

Me encojo de hombros.

—Se veía venir a —admito, mientras mi desesperación va en aumento al ver que la maldita mancha no sale.

¡Genial!

—Me rindo. Creo que conviviré con la mancha —suspiro, tirando el trapo sobre la mesa auxiliar.

Bryan se acerca hasta mí y se sienta a mi lado, dejando la mancha y la tela mojada entre nosotros.

—Con darle la vuelta al cojín del sofá lo tienes solucionado —me dice, y tiene razón.

Asiento, sintiéndome cómo una estúpida, justo cuando él se abalanza sobre mí. Sus labios comienzan a devorarme con ansia y apremio, como nunca antes. Se desplaza sobre la mancha para estar más cerca de mí. Intento apartarle, pero sacude la cabeza en señal de negación mientras sus brazos me rodean, filtrándose bajo la tela de mi blusa para acariciar mi piel. Poyner suelta un gruñido antes de mordirme el labio.

—¿Qué haces? —le digo, riéndome tontamente.

Empiezo a sentir la excitación creciendo en mi interior y percibo cómo mi ropa interior se humedece casi al momento.

—Lo que te había dicho —responde entre beso y beso—, hacer que tu día cambie. Que se te olvide todo —gime, subiendo sus manos hasta mis pechos—. Te he echado tanto de menos, Ashley...

Le aparto entre risas y le miro boquiabierta.

—Nos vimos el domingo, así que no seas mentiroso —susurro en voz baja—. No sé si con las otras chicas eso te funcionaba, pero conmigo vas mal por ahí...

—No miento. Te digo la verdad —responde muy serio—. Te he echado de menos. Mucho.

“Mierda”. ¿Cómo diablos consigo despertar en mí todos estos sentimientos? ¿En qué momento he pasado a estar tan enganchada de Poyner? Hace unos días no era más que un tipo cualquiera que me había dado un golpe en coche. Y ahora es... Es... Mis pensamientos se disipan cuando él vuelve a abalanzarse sobre mí. Me quita la blusa de un tirón, sin dejar de besarme. Cojo aire profundamente, esforzándome por controlar mi excitación y no perder los papeles. Pero, en realidad, parece que quien los ha perdido es él. Me muerde el labio mientras ronronea mi nombre.

Después se quita la camiseta y tira de mi sujetador hasta romper el enganche. Mis senos se liberan frente a él y no desaprovecha la oportunidad de llevar su boca a ellos. Grito de forma involuntaria cuando succiona y tira de mi pezón, provocándome un placer indescriptible. Las manos de Poyner se deslizan hacia mi pantalón. Desabrocha el botón y, sin detener los movimientos de su lengua, filtra su mano por debajo de mis bragas y comienza a masajearme. Me gustaría ir más despacio. No sé, cenar, ver la tele y después... Pero ya es tarde, porque ahora mismo mi cabeza solamente es capaz de pensar en cómo sus manos despiertan todos mis sentidos. Se aparta de mí de forma rápida y comienza a desnudarse. Yo sonrío mientras observo sus marcados pectorales y su vientre plano y musculado. Después me pide que haga lo mismo, y obedezco. Poco a poco voy conociendo mejor a Poyner y voy descubriendo lo que le gusta y cómo es. Sus juegos, su forma de mirarme... Me levanto para sacarme el pantalón con mayor facilidad y él no desaprovecha la ocasión y me coge en volandas. Yo me río, a carcajadas. Feliz. Sintiéndome libre y bien conmigo misma. Después de la semana tan horrible que estoy teniendo, este pequeño encuentro con él me está resultando mucho más que reparador. Poyner camina hasta mi dormitorio mientras me besa el cuello. Me deja en la cama con suavidad y me mira a los ojos con complicidad. Sé lo que quiere. Jugar. Sonrío. Él me devuelve el gesto antes de echar un vistazo a su alrededor. Nuevamente, no necesito preguntar para saber lo que está buscando.

—Túmbate —murmura con la voz ronca, con la mirada clavada en mi perchero de fulares y bufandas.

Obedezco, nerviosa.

Hasta ahora este instante no solía agradarme demasiado. No saber qué es lo que quiere, ni qué va a hacer conmigo... Me resultaba inquietante y preocupantemente perturbador. Ahora me gusta. He aprendido a disfrutar de las pequeñas rarezas de Bryan. Le veo coger dos bufandas y acercarse hasta mí con ellas en la mano.

—Voy a atarte al cabecero, ¿vale?

Asiento con la cabeza y estiro los brazos, obediente. Él enrosca la bufanda en mi muñeca derecha y después la ata a los barrotes. Rodea la cama y hace lo mismo con la otra, dejándome prácticamente inmovilizada. Me fijo en su erección; cada vez más dura y preparada. Cada vez está más y más excitado. Le gusta tenerme de este modo... a su merced. Y, la verdad, poco a poco cada vez confío más en Bryan. Quiere tenerme dominada, controlada y bajo su poder; pero a la vez, quiere darme placer. Hacerme disfrutar. Le veo regresar al perchero y coger otras dos bufandas. Después me pide que abra las piernas y la estire, una a cada lado.

—No... No sé.

En realidad, me da vergüenza. Si me ata de esa forma no solamente quedaría totalmente inmovilizada, sino que, además, estaría totalmente expuesta a él.

—Haz lo que te digo, Ashley.

Su voz sería, ronca. Excitada.

Abro las piernas, estirándolas una a cada esquina del colchón. Poyner enrosca la tela a mis tobillos y me ata del mismo modo que ha hecho anteriormente con mis muñecas. Yo, quieta, paralizada, le miro fijamente sin saber qué esperar, mientras siento cómo mi entrepierna se humedece. ¿Es normal? ¿Soy normal? No sé si esto debería preocuparme o no. Si es algo común o... inquietante. Pero lo peor de todo es que cada vez estoy más excitada y no puedo hacer nada para controlarlo. Bryan camina hasta el perchero y coge los dos últimos fulares que quedan; uno beige y otro negro.

—Quiero que seas totalmente para mí —ronronea con la voz ronca y áspera.

Se sube en la cama y se coloca encima de mí. Su miembro choca contra mi vientre cuando se inclina hacia mis labios. Me besa con pasión, mordéndome los labios, mientras sujeta los dos fulares en la mano. Yo tengo la respiración entrecortada y el corazón me va a mil por hora. Intento respirar con normalidad, pero no puedo. Estoy... estoy demasiado alterada. Estimulada.

—Levanta la cabeza —me pide, y yo obedezco.

Estoy convencida de que va a vendarme los ojos, pero no. En lugar de eso, coloca la tela sobre mi boca y anuda detrás, amordazándome. De pronto, me siento asustada. Esto es... diferente. Nuevo. No puedo moverme. No puedo gritar. No puedo reaccionar. Bryan me mira, y por un instante creo que puede ver el miedo brillando en mis ojos. Me esfuerzo por controlarme, pero no soy capaz de conseguirlo hasta que él me guiña un ojo y me dedica una sonrisa de medio lado.

—No te preocupes... Es para que no se asusten los vecinos —bromea.

Porque está bromeando, ¿no?

Coloca el otro fular lentamente sobre mi garganta y de forma inconsciente doy un respingo, tirando de mis muñecas y mis tobillos. Un dolor punzante se clava en mis huesos cuando siento las telas apretándose en mi piel. ¿Qué diablos va a hacer con el fular en mi cuello? Mi respiración se agita aún más. Se acelera.

—Confianza, Ash... Confía.

Niego lentamente con la cabeza. Esto no me gusta. Es... demasiado.

Pero Poyner deja ahí el fular, olvidado, y desciende hasta mis pechos. Comienza a lamer mis pezones. Sopla sobre ellos para endurecerlos y después los atrapa con la boca. Gimo de placer y cierro los ojos. Mientras se entretiene en esa parte de mi cuerpo, su miembro se desliza por mi humedad resbaladiza. Rozándose. Restregándose. Los músculos de mi vagina se contraen, pidiendo más. Deseosos de sentirle en mi interior. Grito. Pero no se me escucha. Un calambre de placer se desliza por todas mis extremidades y tiemblo. Él aprieta más los dientes, succionándose más. Grito... Jadeo... ¡Dios! Intento pronunciar su nombre, pero lo único que se transmite al exterior es un gruñido. Después, olvida mis pechos y desciende lentamente hasta mi monte de Venus. Deja un beso ahí olvidado y baja más... Le veo acomodarse entre mis piernas mientras inspecciona mi sexo. Toca mis labios con sus manos, apartándolos, y desliza un dedo entre ellos. ¡Dios! ¡Dios mío! ¡Poyner! Jadeo, moviendo las piernas, intentando reaccionar sin poder moverme. Estoy totalmente a su merced y puede hacer conmigo lo que le dé la gana. De nuevo siento la excitación creciendo. Tanto que duele. Si no tuviera la mordaza puesta, le suplicaría que me tocara. Que me hiciera suya. Que me penetrara. Que calmara este ardor. Bryan desliza su dedo más hasta que al final lo introduce en mi interior. Su mirada se clava en mía. Veo el deseo en sus ojos. Arden. Arden tanto como yo. Es increíble porque estoy atada, no me muevo, pero aún así estoy sudando. Tengo calor, mucho calor. Poyner comienza a entrar y salir de mi interior, cada vez más fuerte, y yo jadeo de placer. Esto es demasiado. Solamente consigo sacar un gruñido ronco al exterior, pero es más que suficiente para liberarme. Cuando coloca su boca sobre mi clitoris y comienza a lamerlo, entonces siento que estoy a punto de explotar. Mis piernas se mueven de forma involuntaria, temblorosas. Succiona, chupa, lame mientras sale y entra de mi interior. Más, más y más. Con Poyner siempre es más. Presiento el orgasmo acechándome e intento controlarme. Cierro los ojos.

—No puedo... No puedo más —gruño, aunque sé que él solamente percibe un sonido ronco.

Es demasiado. Sigue chupando, succionando. Lamiendo. Entra y sale... Con un dedo, dos tres... Y entonces, revienta. Siento cómo el placer me inunda por completo, provocándome un escalofrío de pies a cabeza. Grito, aunque no se me escuche, grito y saco todo lo que contengo en

mis entrañas. Poyner sonrío y se desliza hacia arriba para recuperar el fular que había dejado olvidado en mi garganta antes de vendarme los ojos con él. Me quedo a oscuras y no siento nada, hasta que, de pronto, me penetra. Primero con suavidad, después más bruscamente. Me besa el cuello, los pechos, la piel mientras continúa dándome placer. No le veo, pero me gusta. De esta forma todo es mucho más intenso. Mucho más excitante. Entra y sale, más fuerte... Yo, que creía que no podría volver a excitarme igual que antes, empiezo a sentir ese cosquilleo que me grita “más y más”. Esa sensación de no saciarme. Intento recibirle, pero no puedo. Estoy inmovilizada, amordazada y a oscuras. Siento sus manos en mi cadera, presionándola mientras las embestidas aumentan. Tengo la sensación de que va a partirme por la mitad. Los jadeos de Bryan se mezclan con los míos y, aunque estoy oscuras, soy capaz de percibir la sensación de mareo que tengo a mi alrededor. Sus dedos recorren mi piel. Sus labios me besan en cada rincón y... Al final mis músculos vuelven a contraerse y el éxtasis me alcanza por segunda vez, casi al mismo tiempo que a él.

Siento cómo Bryan se deja caer sobre mí y percibo su aliento caliente y entrecortado en mi vientre.

—Ahora te desato... —murmura en voz baja, abrazándome por la cintura—. Aunque no sé si dejarte así un ratito más... Estás muy tentativa.

—Ni se te ocurra —gruño, a pesar de saber que no va a entender ni una palabra de lo que le digo.

Suelta una carcajada y se levanta del colchón. Primero me desata los pies, después las manos. Yo me apresuro a quitarme la venda de los ojos mientras él suelta mi mordaza.

—¿Te ha gustado? —me pregunta, pillándome por sorpresa.

—Sí —confieso, un poco avergonzada, mientras me masajeo las muñecas para relajarlas de la tensión.

Sigo teniendo marcas de la anterior vez, y supongo que estas nuevas también se sumarán a las viejas. Cuando estoy atada, sé que no debo tirar de las cuerdas, pero... No puedo evitarlo. Es superior a mí.

—Ahora vuelvo, ¿vale?

Deduzco que va al baño. Asiento.

Me incorporo para apoyar la espalda sobre el cabezal de la cama y me tapo superficialmente con la colcha para no quedarme fría. Dos minutos después, Poyner está de vuelta en la habitación con una botella de refresco y las dos cajas de pizza.

—¿Qué haces? —pregunto, mientras se sienta en la cama y me empuja para que le haga sitio.

—Traer la cena.

Me echo a reír como una loca.

—No vamos a cenar en la cama —aseguro—. Eso es una...

—¿Una? —me insta, divertido.

—¡Una guarrada!

Poyner se echa a reír, contagiándome esa risa tan pura y libre que tiene.

—Creo que tu salón sí que podría considerarse una guarrada —se ríe, abriendo el cartón y cogiendo una porción de pizza pepperoni.

—Touché —respondo, avergonzada, cogiendo otra porción.

Apoyo mi cabeza sobre su hombro desnudo mientras mastico y la saboreo. Está fría y la masa se ha endurecido bastante, pero no pasa nada. Pertenezco a ese pequeño grupo de personas que adoran la pizza al día siguiente. O fría. O de cualquier forma posible. Y al parecer, Bryan es igual

que yo.

—¿Vas a contarme por qué has estado tan ausente estos días?

Me encojo de hombros y le pego otro mordisco para tener la boca ocupada y no poder hablar.

—Venga, Ash... Sé que tiene que ver conmigo, así que cuéntamelo —suplica en voz baja—. No sé qué tengo que hacer para que empieces a confiar en mí.

—No es nada —aseguro, hastiada por tener que profundizar en ese asunto—. Solamente estoy un poco saturada.

—¿Yo te saturó?

Le miro a los ojos y percibo un atisbo de inseguridad impropio de él. La actitud de Bryan suele ser, más bien, lo contrario. Decidido, dispuesto a comerse el mundo y con la plena convicción de que puede tener a quien quiera en el momento que lo desee. Supongo que son cosas que la fama y el dinero le han enseñado.

—No. Tú no.

“Tu alrededor. Tu vida. Tu mundo”, pienso, pero no lo digo en voz alta.

—¿Entonces?

Muerdo otro bocado de pizza mientras cojo aire profundamente, intentando encontrar una respuesta a eso.

—Supongo que la prensa, los rumores de la gente, los cotilleos... Todo eso no forma parte de mí ni de mi día a día, y me satura convertirme en el centro de atención.

Bryan suelta una risita muy suya. Es extraña y me encanta. Se ríe por la nariz, como si el aire no le saliese del tirón. Una risa fresca, improvisada y entrecortada.

—Cualquier chica estaría encantada de ser el centro de atención.

—Entonces yo no soy cualquier chica —sentencio con decisión.

—Lo sé —admite, girándose levemente hacia mí para poder mirarme—. Por eso me gustas tanto.

Me quedo muda cuando le escucho decir eso. Poyner no necesita respuesta, así que tampoco espera escuchar nada de mí. Levanta la mano y coloca tras mi oreja un fino mechón de cabello que tenía en la cara.

Respiro hondo, llenando mis pulmones hasta el límite.

—El trabajo me resulta asfixiante. Todo el mundo cuchichea a mis espaldas... —le explico, dejando el trozo de pizza que tengo en la mano sobre el cartón para poder taparme mejor con la sábana—, y mis compañeros prácticamente no me dirigen la palabra.

—Lo siento —susurra en voz baja—. ¿Es por mi culpa?

Niego lentamente.

—En realidad, no. Es porque la gente es imbécil.

“Que si soy una aprovechada, que si me pienso que puedo hacer lo que quiera por estar saliendo con él...”. La gente habla y yo no puedo evitarlo. Bryan tampoco. Sé que si quiero que lo nuestro funcione tendré que acostumbrarme y cambiar de actitud. Pasar de largo ante las críticas y hacer de oídos sordos. Pero no es tan sencillo como parece. De repente, tengo la sensación de que no encajo en ninguna parte, de que estoy fuera de lugar. Como si me hubiera quedado flotando en el “limbo” entre el mundo de Poyner y el mío. En mitad de la nada.

—Se cansarán de hablar —me dice—, siempre lo hacen. Al principio es la novedad, pero después terminan aburriéndose y pasan a otra cosa. Llegará un momento en el que te dejará de parecer incómodo y hasta te haga gracia.

“Lo dudo”.

—Lo sé. Ya pasará —respondo.

Poyner coge los cartones de pizza y los deja en el suelo antes de estrecharme entre sus brazos. Apoyo la cabeza en su pecho y percibo su respiración tranquila y relajada. Profunda.

—¿Te apetece ver una película? ¿Hacer algo?

Niego con la cabeza.

—Solamente quiero estar así contigo... Nada más.

—Me parece bien —responde, acariciándome el cuero cabelludo con delicadeza.

Escucho los latidos de su corazón y cierro los ojos, permitiéndome descansar después de los dos días de locura que he pasado. Poyner tiene la extraña capacidad de transmitirme paz y tranquilidad. Y es extraño, porque mientras estoy a su lado tengo la sensación de que todo saldrá bien, de que nada puede salir mal. Pero cuando se marcha por la puerta y me quedo a solas, vuelve ese horrible sentimiento en mi interior. Esa sensación de que las cosas se van torciendo más y más.

—¿Te importa si me quedo a dormir, Ash? Quiero pasar la noche contigo —susurra, aspirando el aroma de mi champú.

Sonrío.

—Por supuesto que no me importa...

“Es más, me apetece mucho”.

Poyner rodea mi cuerpo desnudo con sus brazos y apoya su cabeza levemente sobre la mía. Después guardamos silencio, simplemente disfrutando el uno del otro. No decimos nada, pero tampoco hace falta.

Hasta que, al final, ambos nos quedamos dormidos.

Me despierto a primera hora de la mañana, mucho antes de que suene el despertador. Enciendo la lámpara de la mesilla, desorientada por el olor a pizza rancia que inunda mi dormitorio, y veo la nota de Poyner sobre su lado de la almohada.

“Me he marchado a entrenar. Espero que tu día sea fantástico, princesa”.

“Princesa”, repito mentalmente.

Supongo que es demasiado pronto para añadir un “te echaré de menos” o un “te quiero”. Vuelvo a releer la nota y de forma inconsciente sonrío cuando, de fondo, escucho un sonido seco que proviene del salón.

“¿Será Poyner? ¿Puede que todavía no se haya marchado?”

Eso o me han entrado a robar a casa, una de dos.

Me levanto de la cama, esquivo la botella de refresco y las cajas de cartón de la pizza y me cubro con una bata antes de salir afuera. Cuando abro la puerta Bryan, que está en mi diminuta cocina, se gira hacia mí con una mueca de disgusto.

—Lo siento. ¿Te he despertado? —pregunta con el ceño fruncido.

—No, me he despertado sola hace cinco minutos —aseguro con una sonrisa—. ¿Qué haces? ¿Qué estás buscando? —inquiero al ver todos los armarios abiertos.

—Café. Lo he encontrado, pero no veo ninguna cafetera... —me dice, encogiéndose de hombros—. Pero en realidad, no importa. Tengo que marcharme ya o llegaré tarde al entrenamiento —me dice, revisando su reloj.

—¿Tan pronto entrenáis?

Él asiente.

—Sí, bueno... Tengo que pasar por casa a cambiarme y coger la mochila. Ya sabes.

Me besa en los labios, acercándose a su cuerpo con un abrazo. Sus manos se posan en mi espalda y poco a poco van descendiendo hasta mi trasero. El beso se intensifica. Nuestras lenguas se enroscan, jugando, bailando entre sí. Recuerdo el juego de anoche y de forma inconsciente todas las células que me componen reaccionan. Mi respiración se agita y la suya también. Puedo sentir cómo me voy humedeciendo cuando percibo su miembro cada vez más grueso y duro por debajo de su pantalón, en mi vientre.

—No me hagas esto... —gruñe, alejándose unos instantes de mí.

—¿El qué? —pregunto con inocencia.

¡Dios! ¡No quiero!

No quiero que nuestra relación solamente sea sexo. No quiero que lo que tenemos se base solamente en acostarnos y nada más... Pero con Poyner es difícil tener la mente despejada y pensar en otras cosas. Demasiado difícil. Es tan sexy, tan intenso, tan fuerte, tan...

—Voy a llegar tarde —ronronea en mi oreja, apretándose el trasero con fuerza.

Doy un pequeño salto ante la violencia del acto, pero no me aparto. Continúo besándole. Enroscó mis brazos alrededor de su cuello y lo atraigo hacia mí.

—No puedo... De verdad, no me hagas esto. Por favor —se queja, aunque tampoco hace nada

por apartarme.

¡Oh, no! ¡No puedo parar!

Bryan es capaz de despertar en mí todos mis sentidos. De volverme loca de remate y hacerme perder la razón. Llevo mi mano a su pantalón y desabrocho el botón para poder meter la mano en el interior. Él gime, suplicando con la mirada que pare y, a su vez, que no me detenga. Tan contradictorio, prohibido, sensual e irresistible. Le bajo el pantalón lentamente, junto con el bóxer, y comienzo a masajear su miembro... Despacio, lentamente, muy suave... Le beso. Sus labios carnosos presionan los míos mientras un calor insoportable se instala en mí.

—Joder... Ash... Para.

Me detengo de golpe y le miro con una sonrisa traviesa.

—¿Paro?

Él asiente, revisando el reloj de su móvil.

—No llego a entrenar. No puedo llegar tarde.

Me separo de él fingiendo un puchero de niña pequeña triste. Quizás demasiado infantil, pero a su vez seguro que le resulta tentador. Se me queda mirando fijamente y con el ceño fruncido, niega.

—Tengo que irme, lo siento.

—No pasa nada... —respondo, sin poder ocultar mi disgusto.

¿Por qué diablos estoy tan excitada? ¿Qué tiene Poyner para provocar esto en mí?

Se sube los pantalones y se abrocha el cinturón. Después, me besa fugazmente en los labios a modo de despedida, pero prácticamente ni me roza. Se da la vuelta para marcharse y yo me quedo aquí plantada, con el calentón recorriéndome las entrañas. Intento relajarme pensando en cosas aburridas como la oficina, pero de forma involuntaria los músculos tensos y marcados de Poyner acuden a mi mente para torturarme todavía más. Abre la puerta, me lanza una mirada de despedida y sale. Pero no cierra. Un segundo, dos...

—Joder... —escupe, volviendo a entrar en casa.

Cierra de un portazo y camina hacia mí desatándose el pantalón. Yo suelto una carcajada loca y feliz. Para cuando me alcanza, ya se ha bajado los pantalones. Me arranca la bata de un tirón, dejándome completamente desnuda, y me empuja contra la pared; dejándome de espaldas a él. Aprieta mis nalgas antes de separarlas. Después, de una sola embestida, me penetra. Suelto un grito, dolorida por la brusquedad de sus actos, pero dos segundos después ese dolor se convierte en un inmenso placer. Apoya su mano en mi espalda y continúa entrando y saliendo de mi interior salvajemente. Todo me da vueltas, demasiado rápido, demasiado intenso. Me besa en la nuca, apartándome el cabello, y después sale de mi cuerpo para pedirme que me dé la vuelta. Obedezco. Los dos nos miramos y saltan chispas. Sé que a Bryan le pasa exactamente igual que a mí; conmigo pierde el control. Me aúpa como si no pesase nada, sujetándome con un solo brazo mientras utiliza la otra mano para guiar su sexualidad a mi interior. Después me sujeta con los dos, me besa y me penetra, dejándome caer lenta y suavemente. Me sube y me baja como si no pesara más que una pluma. Jadeo, echo la cabeza hacia atrás y siento cómo todo mi ser reacciona a él. El placer es demasiado inmenso. Demasiado fuerte. Clavo mis uñas en sus hombros y aprieto, haciendo fuerza, subiendo y bajando. Más, más y más... Y entonces empiezo a sentir cómo el orgasmo se acerca a mí. Acelero el ritmo y él hace lo mismo. Jadeamos. Nuestras respiraciones se mezclan. Y unos segundos después, explotamos a la par. En vez de soltarme, me mantiene en el aire un rato. Nos miramos a los ojos fijamente y, de pronto, siento cómo la complicidad fluye entre nosotros.

—Vas a llegar tarde —me río, aún en sus brazos.

Él salta en carcajadas y yo le imito, feliz.

¡Sí, feliz! ¡Me siento feliz!

—Creo que va a merecer la pena —me dice, bajándome al suelo.

Recojo la bata del suelo mientras él se apresuraba a volver a vestirse con rapidez para poder marcharse.

—¿Te vuelvo a ver luego? —me pregunta, rodeándome con un brazo antes de besarme en la punta de la nariz.

—No lo creo. Terminaríamos cansándonos el uno del otro demasiado rápido.

—Imposible —asegura.

Se despide de mí con un cachete en el trasero y desaparece de mi casa.

Pasan los minutos y yo sigo plantada en el salón, mirando la puerta con una sonrisa tonta en los labios. Creo que todavía no soy consciente de que en un par de horas tendré que regresar a la oficina; y la verdad, me alegro de no serlo. No quiero que esta felicidad efímera se esfume demasiado rápido.

Me entretengo limpiando el salón, recogiendo el desastre de casa que tengo y después me doy una larga ducha reparadora.

Aún tengo tiempo de sobra para desayunar con calma y vestirme, cosa que agradezco. En el fondo, me encanta despertarme con el tiempo suficiente para hacer todo tranquila; pero como norma general, suele ganar la batalla el sueño y termino remoloneando entre las sábanas hasta el último segundo.

¿A qué hora nos dormimos ayer? ¿Tarde? ¿Pronto? Ni siquiera me molesté en mirar el reloj. Con Bryan es como si el tiempo no existiera.

Cuando salgo al exterior, descubro que hoy además de hacer frío, también llueve. A mares. Gracias a Dios, el tráfico está un poco más despejado que el día anterior y consigo llegar al trabajo con tiempo de sobra. Además, según mi agenda, hoy me espera un día bastante tranquilo.

Sky hoy no ha venido a trabajar. Me ha mandado un mensaje diciéndome que tiene un poco de fiebre y que aprovechará la excusa para cogerse un día de permiso y remolonear en casa. No sé si es verdad o prefiere decir eso a contarme que, en realidad, aún sigue destrozada por la ruptura con Gabe. Me prometo a mí misma que cuando salga de trabajar me pasaré a hacerle una visita para corroborar que todo está bien por ahí.

Después, me centro en las tareas que tengo pendientes: organizarme, concretar reuniones en varios centros de salud y continuar con la campaña del nuevo medicamento del que me han dejado a cargo. Hoy trabajo sola, en mi despacho, sin interrupciones ni cuchicheos a mi alrededor. Y, la verdad, agradezco la paz que se respira en la oficina. Lo necesitaba. A las once de la mañana, justo antes del almuerzo, recibo una llamada de mi madre. Quiere saber qué tal estoy, si todo va bien y si es verdad eso que dicen en las revistas de que Poyner y yo estamos saliendo en serio. Le respondo a casi todo, menos a lo último. Porque, para ser sinceros, ni siquiera sé yo misma la respuesta a esa pregunta. Después charlamos un rato sobre Sky y lo “rara” que la ve últimamente. Dice “rara” por no decir “deprimida”.

—Tranquila, mamá. Scarlett es más fuerte de lo que creemos —miento, porque en realidad sé que es justamente lo contrario.

Mi hermana siempre va de chica independiente y feliz, sin problemas, pero en el fondo sé que es una persona muy sentida y sensible.

Terminamos la conversación después de dieciséis minutos de llamada. Si fuera por mi madre, se pasaría la vida entera al teléfono cotorreando con todo el mundo; así que lo mejor suele ser

excusarse rápido y no darle demasiada cancha libre.

Todo va genial hasta que entro en la sala de cafés y me encuentro con mis compañeros. Cuando abro la puerta me encuentro con el murmullo de gritos, voces y conversaciones entremezcladas que suelen ser habituales, pero un segundo después todo el mundo, absolutamente todo, se queda callado. Algunos me miran con curiosidad, otras me repasan de arriba abajo y otros muchos ni siquiera se molestan en levantar la vista de sus cafés. Carraspeo, incómoda, y me acerco a la máquina a por un expresso.

—¿Qué tal, Lily? —pregunto, saludando a una de las compañeras que está esperando a que su vaso de llene.

Ella se encoge de hombros.

—Como siempre, supongo —responde, antes de recuperar el vaso de cartón y salir pitando.

Y entonces comienzan los cuchicheos. La gente empieza a hablar en voz baja, murmurando, mientras yo me sirvo el café con un nudo en el estómago. ¿Están hablando sobre mí? ¿De verdad no son capaces de esperar a que me marche o de buscar un momento en el que yo no me halle presente? Recojo mi vaso de cartón y me dirijo a la mesa del fondo, donde están Brigitte y otro par de chicas con las que suelo congeniar muy bien. En el momento en el que tomo asiento, ya me doy cuenta de que el panorama no va a ser el habitual. El ambiente se tensa. Brigitte me sonrío y me pregunta qué tal va todo.

—Bien... Ya sabes, hasta arriba. Como siempre —respondo, sintiéndome extraña y poco natural.

¡Estoy fuera de lugar!

¿Cómo es posible que la actitud de la gente haya cambiado tan rápido? ¿Qué es lo que he hecho para merecer que me traten así?

—Oye, Ashley... ¿Es verdad lo que dicen? ¿Dejaste a tu novio por el de los Red Sox? —pregunta Lena, otra de las chicas que trabaja en recepción.

Cojo aire muy lentamente, armándome de paciencia.

—No. Con Marcus lo había dejado bastante antes —miento, porque la verdad es que todo fue demasiado deprisa.

¡Pero fue casualidad! Y la verdad es que cuando conocí a Bryan, Marcus y yo ya habíamos terminado y vivíamos separados.

—Ya... Entonces, ¿es verdad? ¿estás saliendo con él?

Me encojo de hombros, consciente de que muchas, muchísimas miradas, se han clavado en nosotras. Al parecer, mi vida personal le interesa a demasiada gente.

—¿Y cuándo vas a dejar la empresa? —escupe Brigitte, dejándome anonadada.

—No tengo pensado dejar mi trabajo, si esa es tu pregunta...

—Bueno, teniendo en cuenta que vives como una reina, que vuelas en primera clase y que te alojas en los hoteles más lujosos cuando juegan fuera... No creí que seguirías perdiendo el tiempo entre estas cuatro paredes.

¡Cotillas! ¡Son todos unos malditos cotillas!

—Hombre, Brit, yo también me aprovecharía si me novio fuera rico, ¿no? Tienes que ser rematadamente tonta para no sonsacarle todo lo que se antoje —le responde.

—Yo no le sonsaco nada —suelto, irrumpiendo en la conversación—. Le acompañé al viaje... Y ni siquiera lo pagó él. Fue el club.

—¿O sea que los Red Sox pagan el viaje de los jugadores y el de sus amiguitas? ¡Joder! —exclama uno al otro lado de la mesa—. ¡Ya sé qué es lo que hacen con mi abono de la temporada y

porqué cada año me suben el precio!

—En realidad... —comienzo, dispuesta a excusarme. Pero me detengo en el acto al ver que absolutamente todos los presentes me están mirando. O, mejor dicho, me están destripando con la mirada—. Tengo trabajo —termino, levantándome de la silla y saliendo escopetada de la habitación.

Cierro la puerta casi de un portazo y apoyo la espalda contra ella mientras reprimo las ganas de echarme a llorar.

—¿En serio piensas que no se acuesta con él por dinero? —escucho.

—¡Es un mocoso!

—Ya te voy a decir cuánto tarda en cansarse de la aprovechada esta...

Aprieto los puños y decido salir pitando del lugar antes de escuchar nada más. Porque si no, sé muy bien que terminaré entrando dentro y lanzándole mi café hirviendo a alguien sobre la cabeza.

Vuelvo a encerrarme en mi despacho, donde por fin respiro paz. Tengo ganas de llorar y me cuesta contenerme. ¡Joder! Sí, cuando estoy con Bryan todo es maravilloso, pero... Pero cuando tengo que volver a mi vida real la cosa no es tan bonita. Sentirme constantemente juzgada no es demasiado agradable.

—No puedo más... —susurro con una lágrima resbalándome por la mejilla.

Esto es demasiado.

Por un instante, me planteo seriamente mandar mi empleo a paseo y buscarme otra cosa. Pero, entonces, ¿qué pensarían de mí? ¿Qué dirían mis compañeros? Que he dejado de trabajar porque soy una mantenida, quizás. O puede que cosas peores, no lo sé. La cuestión es que tampoco puedo permitirme quedarme en el paro varias semanas, así que antes de dejarlo todo tendría que buscar otro empleo.

Me tapo el rostro con ambas manos y me echo a llorar, desconsolada. Sé que hundirme no servirá de nada, pero ahora mismo no soy capaz de sobrellevar esta situación de otro modo. No puedo. Es demasiado. Todo esto me queda demasiado grande como para saber enfrentarme a ello.

Me he pasado la noche en vela y no he pegado ojo. Quizás, por esa misma razón, he decidido enviar un email a mi jefe para comunicarle que hoy no me encontraba en condiciones y que faltaría al trabajo. Es la primera vez en mi vida que miento para no ir a trabajar, aunque si lo pienso detenidamente me doy cuenta de que tampoco es una mentira, ¿no? Al menos, no del todo. Puede que no esté enferma, pero desde luego estoy totalmente incapacitada para prestar atención a mis labores.

Me tapo completamente con la manta y hundo el rostro en el almohadón. Quiero ser fuerte y no llorar, pero las lágrimas brotan de mis ojos sin que me dé cuenta. ¿Cómo diablos voy a ser capaz de afrontar la situación que tengo en mi trabajo? Sé lo que Sky o Bryan me dirían: no hagas caso y al final se cansarán de hablar. Pero no es tan sencillo. Decirlo y hacerlo son cosas muy diferentes. Además, puede que desde fuera dé la sensación de que mi comportamiento es poco maduro e infantil, pero desde dentro es un verdadero infierno. Sentirte desplazada, fuera de lugar, incomprendida, criticada... Es algo que pasa factura y no importa si tienes diez o treinta años, dolerá. El ser humano siempre intenta encajar, hacerse un hueco y formar parte de “la manada”. Ser uno más.

Al final, cuando saco todo lo que contiene mi interior, consigo quedarme dormida por unas horas. Cuando vuelvo a abrir los ojos son las diez de la mañana, mi móvil saca chispas y yo tengo la cara hinchada de la llorera.

Me arrastro como un alma en pena desde la habitación al cuarto de baño y cuando me miro al espejo, comprendo que dará exactamente igual lo mucho que me esfuerce por cambiar mi aspecto que no sacaré nada de provecho. Parece que me han sacado de una película de terror.

Me siento en el inodoro, con la tapa cerrada, y reviso mi móvil. Debería darme una ducha para ver si espabilo un poco, pero ahora mismo es lo último que me apetece. Mi jefe me responde al email con un “mejórate” y me pide que le avise con tiempo si faltaré el próximo día. La verdad es que, ahora mismo, pensar en el simple hecho de volver al trabajo me causa verdadero terror. Pero si falto más de dos días tendré que llevar un justificante médico, lo que tampoco me apetece demasiado. Termino tomando la determinación de que ya me preocuparé por decidir mi futuro laboral en otro momento.

Miro la ducha. La ducha me mira a mí.

—Paso... —murmuro, levantándome de la taza del inodoro para arrastrarme como un alma en pena hasta el sofá.

Tengo mil mensajes de Sky y unas cuantas llamadas tuyas, así que decido llamarla lo antes posible para que no se preocupe por mí innecesariamente.

—¡Dios! —exclama—. ¡Por fin!

—Hola a ti también —murmuro, haciéndome un ovillo en una de las esquinas del sofá.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no has ido a trabajar?

—¿Y a ti? ¿Qué te ha pasado? —contrataco.

—Estaba mala —miento.

—Yo también —miento.

Y en ese instante, me doy cuenta de que ambas debemos sentirnos igual de desgraciadas. El lado bueno de todo esto —si es que así puede mirarse desde algún lado bueno—, es que pase lo que pase siempre nos tendremos la una a la otra.

La escucho suspirar al otro lado de la línea.

—Luego me pasaré a verte —anuncia—, así que ya puedes levantarte del sofá para contestar el timbre cuando suene.

—Ya veremos.

Escucho el murmullo matutino habitual del laboratorio y deduzco que no puede entretenerse demasiado.

—Luego hablamos, ¿vale?

—Sí, claro...

Y dicho eso, cuelgo.

Me tumbo bocarriba en el sofá y reviso el resto de las notificaciones del móvil. Tengo varios mensajes de Bryan; uno de anoche, deseándome dulces sueños, y otro de esta mañana. Me siento fatal no respondiéndole, pero ahora mismo no tengo ganas. Además, de algún modo, mi subconsciente le culpa de la situación que estoy viviendo. Mi parte más racional me dice a gritos que Poyner no puede remediar, de ninguna forma, todo esto que me está pasando. Aunque por otro lado no puedo evitar pensar que si él no hubiera aparecido en mi vida todo sería mucho más sencillo. “Pero tampoco le tendría a él”, pienso. Y la dolorosa realidad es que Poyner me hace feliz. Muy feliz.

Odio estar enamorándome de él cuando todo lo que nos rodea es tan complicado. Es como si a mi alrededor hubiera saltado una alarma roja que me indicase en cada instante que las cosas no van a terminar demasiado bien para mí. A fin de cuentas, la que tiene que adaptarse soy yo, porque salir conmigo a él no le repercute demasiado. ¿Qué la prensa escriba sobre él? Sé que no le importa. Incluso le hace gracia. Puede que hace tiempo sí que le afectase, pero estoy convencida de que ahora mismo le es totalmente indiferente. El resto, su día a día, continúa transcurriendo del mismo modo.

Yo, en cambio, me he visto sumergida en un mundo totalmente diferente al mío, de la noche a la mañana mi nombre ha pasado a estar en la boca de todo el mundo y estoy saliendo con un chico cuyo nivel de vida no es comparable al mío. No puedo permitirme sus lujos; como salir a cenar a restaurantes caros o vestir con ropa de diseño. ¿Realmente tiene algún sentido lo nuestro? ¿Cómo diablos va a funcionar si ahora, que estamos empezando y debería de ser precioso, ya existen tantas complicaciones?

“Perdona que no te haya contestado. Me encuentro un poco mal y he decidido faltar al trabajo para recuperar fuerzas... Hablamos mañana, ¿ok? Besos. Ash.” Pulso el botón de enviar y me quedo mirando la pantalla embobada. Por cada cuatro mensajes que me envía, contesto a uno. Y eso me hace sentir fatal. Debería estar más ilusionada y mensajearme con él constantemente. Mantener esa “chispa” que todo el mundo tiene los primeros meses.

Vuelvo a quedarme dormida.

Cuando me despierto, mi móvil contiene dos mensajes de texto. Sí, uno es de Sky y otro es de Poyner. Mi hermana me dice que ya está de camino y Bryan me pregunta si puede pasarse a hacerme una visita. Decido responder por orden de prioridad: “la verdad es que estoy desganada. Mejor no. Hablamos mañana, lo prometo”. Lo envío sintiéndome culpable, pero consciente de que ahora mismo eso es lo mejor. Lo único que me apetece es pasar las horas en el sofá, observando las musarañas mientras me concienso a mí misma diciéndome que en algún momento de mi vida

tendré que regresar al trabajo, cueste lo que me cueste. Después me propongo contestar a mi hermana con un simple “aquí te espero” que no llego a enviar porque el timbre suena antes de tiempo. Es ella. Le abro la puerta y vuelvo a acurrucarme, con la misma desgana, en el sofá.

Sky pasa al interior y se queda mirándome desde el descansillo de la entrada con el ceño fruncido, inspeccionándome de arriba abajo con descaro.

—Estás horrible —me suelta a modo de saludo.

La miro de reojo y me doy cuenta de que ella tampoco tiene demasiado buen aspecto. Está ojerosa y sin maquillar.

—Mira quién me lo ha venido a decir...

Scarlett resopla sin añadir nada al respecto y camina hacia mí para sentarse en el sofá. Eleva mis piernas y las coloca sobre su regazo, en silencio. Parece que ella tampoco tiene muchas ganas de hablar.

—¿Estás bien?

Se encoge de hombros.

—No sé qué decirte... —murmura casi en un susurro.

Le concedo unos segundos más para sopesar la respuesta. En el fondo, sé que necesita desahogarse.

—¿Sabes? No pensaba que fuera a echarle de menos... O, al menos, creía que no sería para tanto.

—Pues te equivocabas —replico—. Llevas tiempo enamorada de Gabe, Sky. El problema era que nunca quisiste admitirlo.

Ambas miramos la pantalla negra del televisor apagado.

—Sí... Puede ser.

La miro fijamente y siento un nudo en el estómago. En realidad, un desamor es mucho más trágico que quedarse en casa encerrada porque tus compañeros de trabajo te critican. Me siento un poco absurda.

—¿Y a ti qué demonios te ocurre, Ash? No puedes pasarte la vida escondida en tu piso.

—Lo sé.

—Tendrás que volver al trabajo algún día... Y si te toca plantarles cara a todos, lo haces —me dice con convicción y seguridad—. Piensa que solamente son una pandilla de envidiosos. Nada más.

—Lo sé... —repito, justo cuando suena mi teléfono móvil.

Lo cojo y me apresuro a abrir el mensaje de Bryan.

“Quiero verte. Déjame ir”.

—¿Es él?

Asiento.

—Pues deberías quitar esa cara de vieja amargada —escupe, cogiendo el mando a distancia para encender la televisión—. El chico que te gusta se preocupa por ti... —añade—, y eso debería de ser más que suficiente.

—Tú no lo entiendes. Todos, y cuando digo todos, es absolutamente todo el mundo, habla sobre mí.

—¿Y qué esperabas? —inquire, trasteando con el mando en busca de algo decente que ver.

—Esperaba que se respetase mi intimidad.

—Si sales con el pitcher de los Red Sox no tienes intimidad, Ash. Las dos cosas no son compatibles.

—Ese es el problema —le digo muy seria—. Que sí deberían de serlo.

Sky encuentra una comedia romántica que ya hemos visto en más de mil ocasiones y la deja de fondo, con el volumen bajo.

—Pues ya ves que no —sentencia, dejando claro que poco voy a poder discutir ahí.

—Al menos deberían ser un poco más respetuosos —susurro, refiriéndome a nuestros compañeros—. He tenido que soportar que me llamen aprovechada, que me digan que estoy con él por dinero o que me pregunten cuándo voy a dejar de trabajar.

—¿En serio?

—No sé quién fue, creo que Pett, insinuó que pagaba la cuota de socio del club para que arpías como yo nos aprovecháramos y nos fuéramos de viaje con ellos los fines de semana.

—¿Tu estancia la pagó el club? —pregunta, sorprendida.

—Su estancia —replico—. Pero yo estaba en su misma habitación, claro.

—Deberías ignorarles a todos, Ash. Ya sabes cómo son...

—El problema es que no puedo entrar en la sala de cafés sin escuchar los cuchicheos —resoplo, hastiada, mientras saco de mi interior todo lo que me carcome—. Mi equipo no me respeta y se dedica a rumorear a mis espaldas... ¡Y nadie me toma en serio!

—Eso es mentira...

—No, no es mentira. Están más pendientes de la próxima noticia que se cuelgue en internet que de mis palabras.

—Pasará —asegura.

—No pasará. Esto no va a pasar —le respondo con absoluta convicción, incorporándome para poder sentarme en el sofá—. Siempre van a tener algo de qué hablar... Y lo peor de todo es que, aunque lo mío con Bryan no funcione al final, siempre seré “la chica que salió con el pitcher de los Red Sox” y la aprovechada de turno.

—No seas exagerada, Ash.

Y al decirlo, me mira.

Vuelvo a percatarme de la mala cara que tiene, de las marcadas ojeras que hay en su rostro y del ligero color rojizo que comparten nuestras miradas. La diferencia es que Scarlett tiene el corazón roto y lleva llorando varios días más que yo.

—En fin... No te preocupes por mí. Lo superaré —aseguro, propinándole un codazo juguetón y procurando no monopolizar el tema de conversación.

Nos quedamos en silencio, mirando el televisor. Diez minutos después, sin pretenderlo, ambas estamos enganchadas a la película, aunque prácticamente podríamos interpretar nosotras mismas y sin ninguna equivocación su final. Scarlett no puede solucionar mis problemas y yo no puedo solucionar su ruptura con Gabe, pero lo que está claro es que estar la una junto a la otra, aunque sea en silencio, es más que suficiente. Todo lo que ambas necesitamos para sentirnos completas y bien. Cuando la película acaba, sopesamos si pedir algo de cena. Deduzco que Sky lleva mal alimentándose varios días —o puede que una semana—, y yo no he comido nada desde ayer.

—¿Chino?

—¿Indio? —replico.

Las dos saltamos en carcajadas y, por unos instantes, vuelvo a recuperar un pequeño destello de mi hermana de siempre; la Scarlett alegre y feliz cuya sonrisa no se empaña con nada.

Aún seguimos discutiendo qué tipo de comida pedir cuando me entra una llamada de Poyner. Dejo que se extinga por dos razones: una, no tengo ánimos para hablar con él y, dos, sé que a Sky le dolería ver cómo se preocupa por mí mientras Gabe la ignora a ella.

Al final, nos decidimos por un pollo Tikka Malasa y unas empanadas de queso con lentejas al curry. El pedido suele tardar una hora aproximada en llegar, así que abrimos un par de cervezas y nos acomodamos frente al televisor con la siguiente película reproduciéndose. Es otra comedia romántica. En algún punto de la historia, me pregunto qué diablos hacemos viendo estas cursiladas si ya sabemos de sobra que siempre terminan del mismo modo. Un modo surrealista, si se me permite añadir. Todas se reproducen de la misma forma: chica conoce a chico. Chico hace algo para fastidiarlo todo. Chico termina arreglándolo y ambos comen perdices y viven felices. Fin. Si la vida fuera así de fácil, mi hermana no llevaría años haciendo el gilipollas por un chico del que está locamente enamorada. Y ahora mismo tampoco estaría sufriendo por él. Y si la vida fuera así de fácil, además, yo no habría decidido faltar al trabajo para recluirme en casa, beber cerveza y llorar mis penas. Soy el claro ejemplo de que, incluso en una relación perfecta, las cosas pueden ir mal.

Me imagino, por unos instantes, que mi vida es una comedia romántica. Ya sabéis: salir con el chico rico, vivir en un mundo de lujos y de ensueño... Lo que cualquier mujer querría para sí misma. Entonces, todo sería perfecto.

Suena el timbre. Sky pega un respingo, sorprendida, y coge el mando a distancia para detener la película.

—Abro yo —me dice—. A ti te toca poner la mesa.

La fulmino con la mirada mientras ambas nos encaminamos hacia nuestras tareas.

Estoy recopilando el mantel, los cubiertos y los platos cuando la voz ronca de Poyner llega a mis oídos desde la lejanía. Al principio creo que me lo estoy imaginando y que empiezo a estar ligeramente obsesionada por él, pero no. Es Bryan.

Asomo la cabeza por detrás de la pared y le veo ahí plantado, charlando con Scarlett como si se conocieran de toda la vida. Respiro profundamente, relajándome. Nada más verle, mi corazón se ha disparado a mil por hora y tengo la sensación de que en cualquier momento se me saldrá por las orejas.

—¿Ash? ¡Creo que tienes visita! —grita mi hermana.

¿Pero qué diablos hace Poyner aquí? ¿Acaso no le he dicho que hoy no me apetecía hablar?

—¿Ashley? —repite Sky, divertida.

Asomo la cabeza de nuevo, dibujo la mejor de mis sonrisas y sacudo la mano.

—Dadme un minuto, ¿vale? —murmuro, justo antes de salir corriendo a mi habitación.

Me miro en el espejo de pie y me doy cuenta del aspecto tan horroroso que tengo. Estoy ojerosa, tengo el pelo sucio —muy sucio— y voy vestida con un pijama roto que tiene más años que Matusalén. Me desnudo rápidamente y me apresuro a coger unos leggins limpios y una camiseta básica del armario. No quiero que parezca que voy de gala, pero tampoco que Bryan me vea hecha un adefesio. Después me recojo el cabello en una coleta alta y salgo pitando al lavabo para lavarme la cara y darme un poco de antiojeras. Espero que su visita sea exprés y no se quede demasiado, porque si soy sincera, lo único que me apetece ahora mismo es seguir remoloneando en el sofá con mi hermana. Y puede que también continuar ahogando mis penas en cerveza.

Suspiro hondo, repasándome nuevamente; no estoy tan mal. Sigo teniendo mal aspecto, pero al menos no doy verdadero repelús.

Cuando salgo del baño —he tardado cinco minutos de reloj en adecentarme—, me encuentro a Poyner quitándose la chaqueta y a mi hermana poniéndose la suya. Pestañeo varias veces, incrédula, sin comprender qué están pasando.

—¿Te marchas? —pregunto, mirándola fijamente.

Espero que nuestra conexión de hermanas mellizas sea lo suficientemente fuerte como para que pueda descifrar mi mirada; “no te marches, Sky. Quédate”.

Scarlett sonrío con picardía, me guiña un ojo y asiente. En efecto, sí es capaz de comprender mi mirada, pero, al parecer, prefiere divertirse un rato haciéndomelo pasar mal.

—Tienes visita y yo muchas cosas que hacer —sentencia—. Además, mañana trabajo.

Abre la puerta del piso y se encuentra de frente con el repartidor de comida india.

—¡Anda! —exclama con una risotada—. Qué oportuno, ¿verdad? ¡La cena!

Suspiro hondo y me acerco para coger las bolsas y pagar.

—No hace falta que te marches, Sky. De verdad. ¿Por qué no te quedas?

—Si molesto me marchó... —intercede Bryan desde el sofá.

—¡No, no! ¡Para nada! —responde Sky—. Tenía que marcharme de todos modos, así que me viene genial que alguien me haga el relevo y se quede cuidando de mi hermanita.

—Tranquila que me ocuparé de cuidarla bien... —sonríe Poyner, aunque yo no le encuentro ninguna gracia a sus bromas.

—Estoy segura de que así será —contesta Sky, muerta de risa.

—Vale. Ya está, fuera... ¡Lárgate! —decido, hastiada de esa complicidad que se traen a mi costa.

Mi hermana, sin dejar de reírse, le dice al hindú que puede quedarse con el cambio y cierra la puerta tras ella al salir.

Yo me doy la vuelta y me quedo mirando a Bryan, que no deja de observarme con carita de corderito degollado.

—¿Qué haces aquí?

Él se encoge de hombros.

—¿Yo también me alegro de verte?

Sacudo la cabeza en señal de negación, sintiéndome fatal por ser tan borde.

—No es eso —murmuro, acercándome a su lado—. Es que... Hoy no tengo buen día.

—Pues para eso están los novios, ¿no? Para arreglar los días de sus chicas.

¿Los “novios”? ¿De verdad acaba de decir eso?

Enmudezco de inmediato sin saber qué contestar. Poyner sonrío con malicia, consciente de haberme descolocado por completo.

—¿Estás enferma? ¿O has faltado al trabajo por lo que me contaste el otro día? —me pregunta.

Yo respiro profundamente y decido que lo mejor será ser sincera; aunque en el fondo sospecho que no será capaz de entenderme. Para él es tan sencillo como hacer de oídos sordos y esperar a que se aburran.

—Es por el asunto de mis compañeros... —confieso con un hilillo de voz—. Me está saturando.

Él tuerce una mueca de disgusto y, sin decir nada, me besa en los labios. Esos malditos besos de película que me da son capaces de despertar mil mariposas en mi estómago.

—Te dan vacaciones en el trabajo, ¿verdad? —inquire al separarse de mí.

Asiento.

—Sí, pero no puedo cogerlas cuando yo quiera.

Además, ahora mismo estoy al mando de un proyecto y mi jefe no me perdonaría jamás que lo dejase de lado para cogerme unas vacaciones.

—Habla con tu superior, explícale que estás pasando por un momento complicado y que te gustaría tomarte un tiempo libre. Que lo necesitas.

Me masajeo las sienes, intentando encontrar una solución más práctica que él. Pero no, en el fondo sé que tiene razón. Cogermelo un tiempo para mí misma podría ser la clave.

—Estoy seguro de que con el tiempo se cansarán de hablar... —añade, acariciándome con suavidad el brazo—. Tómame unas semanas para desconectar y, cuando vuelvas, nadie se acordará de ti.

Lo dice con convicción, aunque yo no estoy tan segura de que esté en lo cierto.

—Gracias. Por el consejo y..., también por venir —concluyo, sintiéndome un poco “ogro” por haber estado tan ausente con él.

La verdad es que Bryan se está esforzando mucho por complacerme, está pendiente de mí y parece preocuparse por mis sentimientos. Y yo, en cambio, de forma inconsciente, lo único que hago constantemente es alejarlo. Poner distancia entre nosotros. En el fondo, sé que me estoy comportando de forma estúpida que no me merezco tantísima atención y comprensión por su parte.

—No pasa nada, de verdad. Para eso estoy —asegura, antes de presionar sus labios contra los míos.

Ponemos una película de miedo —que es todavía más absurda que las comedias románticas que he visto anteriormente con Sky— y cenamos comida india acurrucados en el sofá, bajo las mantas. Bryan no deja de acariciarme la espalda ni un solo instante y, como siempre, su presencia resulta reparadora de forma instantánea. Me siento bien, como si las preocupaciones que tenía unos instantes atrás se hubieran esfumado. La verdad es que no pienso en el trabajo hasta que, un rato después de terminar la película, decido que le enviaré un mensaje a mi jefe para pedirle un pequeño adelanto de las vacaciones. Un par de semanas para desconectar y cargar las pilas, para dejar que las aguas se tranquilicen entre mis compañeros y que la prensa se canse de rumorear sobre nosotros.

Poyner me cuenta que está pensando en conceder una pequeña entrevista de un par de minutos para aclarar que sí que estamos saliendo y que nos gustaría que se respetase nuestra privacidad. Nada más escuchar eso, me sobresalto. Pero después me explica que sí confirma la noticia se quedarán sin rumores sobre los que especular.

—Es una forma de que terminen con el tema cuanto antes —asegura.

Yo sopeso la idea, aunque no termina de convencerme. Estoy segura de que después querrán saber quién soy y de dónde “me ha sacado”. Un buen rato más tarde, casi a la una de la madrugada, seguimos en el sofá, observando la televisión medio dormidos. A mí se me cierran los ojos y Poyner parece tan a gusto acurrucado a mi lado que no quiero moverme ni un milímetro. Sus caricias constantes y el calor que desprende su cuerpo hacen que me vaya adormeciendo poco a poco.

—Creo que deberíamos trasladarnos a la cama... —susurra, despertándose.

No sé qué hora ni cuándo me he terminado de dormir. Poyner se levanta, apaga el televisor — en el que se estaba reproduciendo una interesantísima cartera impermeable de la teletienda—, y me aúpa entre sus brazos como si fuera una princesa. Me gusta que me mime. La verdad es que podría acostumbrarme a esto muy fácilmente.

—No te despiertes, tranquila... —susurra con voz aterciopelada.

Apoyo mi cabeza sobre su hombro y cierro los ojos mientras él camina a oscuras por mi piso. Es increíble lo bien que se orienta a oscuras. Estoy convencida de que yo ya me habría golpeado el dedo meñique del pie en varias ocasiones y que, a estas alturas, estaría jurando en arameo a pleno pulmón.

Me deja en el colchón con delicadeza y desliza las mantas por encima de mi cuerpo. Me esfuerzo por adaptar mi visión a la escasez de luz que hay en el entorno y le observo mientras se desnuda lentamente hasta quedarse en calzoncillos. Después se mete en la cama, junto a mí. Me abraza por la espalda, apretándose con fuerza contra su cuerpo. Sentirle de este modo hace que la excitación crezca de forma involuntaria en mi interior, pero me encuentro demasiado adormecida y termino cerrando los ojos de nuevo. Aspiro su aroma. Bryan Poyner huele a paz. A tranquilidad.

Creí que me pasaría otra larga noche llorando de forma desconsolada, pero no. He dormido como un tronco y del tirón, sin enterarme de nada. Ya podía haber caído una bomba atómica en el centro de Boston que ni siquiera con esas me hubiera despertado.

Cuando abro los ojos aún es de noche. El despertador de la mesilla me indica que todavía no son las seis de la mañana. Bryan, que está de espaldas a mí, continúa dormido. Su respiración profunda y los movimientos rítmicos de su pecho me resultan hipnotizantes. Me acurruco junto a él, apoyando la cabeza sobre su pecho desnudo, y deslizo mi brazo sobre su torso. Está calentito y huele tan bien...

—Mmmm... —protesta, abriendo los ojos lentamente—. Ya es hora de despertarse.

—No lo sé —respondo antes de besarle en un pectoral—. ¿A qué hora tienes que marcharte?

—¿Tengo que marcharme? —bromea, sonriente.

Me aprieto con más fuerza contra él y rezo internamente porque el tiempo se paralice en este instante. Me gustaría quedarme en este piso diminuto con él para el resto de la eternidad.

—Solamente sí tú quieres.

Poyner coloca su dedo índice bajo mi barbilla para levantarme la cabeza y me besa en los labios con cariño y complicidad. Al principio es un beso corto, fugaz e intenso, pero poco a poco se transforma, alargándose y convirtiéndose en un baile sensual de nuestras lenguas. Deslizo mi pierna por encima de su cuerpo y siento su erección bajo el calzoncillo. Me ruborizo mientras sus manos se deslizan por mi espalda, levantándose la camiseta e introduciéndose bajo ella. Me acaricia, sin dejar de besarme, y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor. Poyner siempre es tan intenso y sensual que consigue hacerme perder la cabeza por completo.

—Ashley... —susurra con la voz cargada de erotismo.

Me encanta. Su voz, sus músculos, su sensualidad... Todo lo que Poyner tiene y desprende, me encanta. A oscuras, tira de mi camiseta para sacármela por la cabeza. Sus manos descienden hasta mis senos y comienza a masajearlos, a oscuras. Hoy no hay jueguecitos. Hoy solamente somos él y yo, nada más. Nos besamos, nos tocamos. Poco a poco va deshaciéndose de mis pantalones y yo no tardo demasiado en quitarle los calzoncillos. Nos rozamos y nos devoramos, como animales salvajes. Hambrientos. Poyner es todo sensualidad... Su forma de tocarme, de provocarme y de hacerme perder el control. Le gusta que disfrute, lo siento. Aparta mi braguita a un lado y tras comprobar lo húmeda que estoy, me penetra muy suavemente antes de comenzar a mecerse hacia delante y hacia atrás, entrando y saliendo de mi interior. Yo, de espaldas a él, ahogo mis gemidos en el almohadón para no despertar a estas horas tan poco decentes a los vecinos. Aprieta mis pechos con sus manos y jadea en mi nuca, provocando que un escalofrío me recorra de pies a cabeza.

—Sssh... —susurro, aunque en el fondo estoy segura de que yo estoy haciendo muchísimo más ruido que él.

Al final, decidida, me aparto suavemente y termino rodando hasta terminar encima de él. Poco a poco me voy acoplando a su cuerpo, conectándome. Siento cómo me penetra en profundidad y empiezo a mover las caderas en movimientos circulares. Le beso, me besa. Nuestras salivas se mezclan y nuestras respiraciones, agitadas, se transforman en una sola. Acelero el ritmo, sintiéndole. Disfrutándole al máximo. Y entonces, cuando estoy a punto de estallar, él también lo hace y alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo. Me dejo caer sobre su cuerpo desnudo, aún conectada a él, y respiro hondo mientras sus brazos me envuelven en un cálido abrazo. Nos quedamos de esa forma, tumbados y a oscuras, sin decir nada hasta que, en algún momento, me duermo. No sé si Poyner también alcanza a dormirse, pero cuando abro los ojos con el despertador de su móvil sonando de fondo, aún seguimos en la misma postura. Me desplazo a un lado de la cama, somnolienta, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Justo la misma que luce él.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —respondo, apretándome contra su cuerpo—. No quiero que te marches...

—Me quedaría contigo, pero tengo que entrenar... —susurra, apenado—. Si ganamos el partido de este viernes pasaremos a la final, así que el entrenador nos está exigiendo más que nunca.

No puedo evitar sentirme fatal conmigo misma después de escucharle decir eso. La verdad es que yo nunca me involucro en exceso por sus problemas, su trabajo o sus preocupaciones.

—Vais a ganar —sentencio, convencida de mis palabras—. Lo sé.

Bryan suelta una risita y me besa en los labios.

—Me gusta tu optimismo —me dice, antes de encender la luz del dormitorio y de ponerse en marcha—. ¿Sabes? Estoy pensando en vender mi casa y mudarme aquí, contigo.

Yo suelto una carcajada descomunal, muerta de risa.

—No hablarás en serio, ¿no?

—Totalmente en serio —asegura mientras se viste—. Aquí me siento más... cómodo. Últimamente no soy capaz de estar en mi casa sin echarte de menos.

Cuando dice eso, una sonrisa coqueta aflora en mis labios. Sé que me está regalando los oídos, pero me encanta.

—No seas mentiroso.

—Es verdad. Se me empieza a quedar demasiado grande... Vacía.

Eso último sí que puedo entenderlo.

La casa de Poyner es enorme y, para ser sincera, a mí también me resultaría extraño vivir en un lugar tan grande conmigo misma. Extrañaría algo de compañía.

—Tengo que irme a entrenar, ¿vale? —me dice—. Pero prometo llamarte luego a ver qué tal estás.

—Tranquilo. Estaré bien.

Poyner me besa en la frente, me acaricia la mejilla con delicadeza y sale del dormitorio de forma apresurada. Le escucho caminar por mi salón cuando me doy cuenta de que se ha dejado su teléfono encima de la mesilla. Voy a pegar un grito para avisarle, pero en el último momento decido que no son horas de andar levantando la voz. Son las siete y media de la mañana, pero estoy segura de que muchas personas de la comunidad aún duermen plácidamente.

Lo cojo, rodeo mi cuerpo con la sábana y me levanto de la cama en el mismo momento en el que él regresa al dormitorio.

—Mi móvil —dice—, me lo dejaba.

—Sí... Iba a llevártelo.

Se lo doy. Al entregárselo, la pantalla se desbloquea y el reloj digital ilumina el salvapantallas junto con un nombre.

—Luego te llamo, preciosa —añade, antes de besarme a modo de despedida.

Yo solamente soy capaz de sonreírle como respuesta.

Me quedo plantada en el umbral de mi habitación hasta que escucho cómo la puerta de la calle se cierra de un portazo. Y cuando por fin me quedo a solas, siento esas horribles ganas de llorar apoderándose de mí. Natasha. Tenía un mensaje de una tal Natasha.

Sí, puede que no fuera nadie... Puede que solamente se trate de una amiga, o de otra acosadora más. No lo sé. El problema es que confiar a ciegas, a veces, puede ser demasiado difícil.

Coger las vacaciones me ha sentado bien.

Además, en contra de lo que yo me creía, mi jefe no me ha puesto demasiadas pegas. Según la opinión de Sky, incluso él está al corriente de los rumores que corren por la empresa y tiene miedo de que decida cogerme la baja por depresión o algo similar. A fin de cuentas, pagarme las vacaciones antes o después tampoco le sale tan mal.

Es viernes. El resto de la semana ha transcurrido con notoria tranquilidad.

Yo me he dedicado a hacer una limpieza profunda a mi piso y a ordenar mi armario en condiciones. No he vuelto a ver a Bryan, aunque se ha molestado en escribirme o llamarme cada día —o, mejor dicho, varias veces al día—. Estos últimos tres días su entrenador les ha estado exigiendo el cien por cien de su concentración para que estuvieran preparados de cara al partido, y hoy por fin ha llegado el gran día. Si ganan, se jugarán la final.

Mi plan para hoy no está nada mal: tarde de chicas. Pizzas, cervezas y ver el partido con Sky desde mi casa. El miércoles se me antoja un día lejano y prácticamente he conseguido disipar las dudas sobre Bryan de mi cabeza. Sé que le escriben muchas chicas, y es normal. Es famoso, guapo, rico y uno de los jugadores más reconocidos de todos los tiempos. Si quiero que lo mío con él funcione, tendré que aprender a confiar. No hay otra forma. Suficiente factura nos pasa de por sí el asunto de la prensa y de la falta de intimidad.

Scarlett llega a casa sobre las siete, cargada con botellines de cerveza y con la camiseta de los Red Sox puesta. Al parecer, está muy emocionada con que el pitcher de su equipo de beisbol sea su nuevo cuñado. Preparamos la mesa y nos sentamos en el sofá. Yo aún no puedo creerme que haya quedado con mi hermana para ver un partido de beisbol ¡Yo, que siempre he odiado los deportes! Y aquí estoy, de la noche a la mañana, intentando entender cómo se desarrolla cada jugada.

Hoy veo mucho mejor a mi hermana. Creo que decir que ha superado el asunto de Gabe es demasiado, pero al final intuyo que está aprendiendo a sobrellevarlo. Es normal. Sé que tiene roto en mil pedazos su corazón.

—¿Sabes? Hoy hay una fiesta en el Irish Pipper's —me dice, abriendo una lata—. No es nada del otro mundo, pero creo que deberíamos salir para distraernos.

—No sé... —murmuro, mientras en mi cabeza se desarrolla un profundo debate sobre qué pizza a escoger.

¿Cuatro quesos o pepperoni?

—Nos los pasaríamos bien. Además, estás de vacaciones, ¿no?

Me encojo de hombros y, sin encontrar ninguna excusa para no ir, termino aceptando.

Llevo dos días sin ver a Bryan y una pequeña parte de mí albergaba la esperanza de que hoy por fin pudiéramos encontrarnos. Sé que estará agotado después del partido, pero esperaba poder acurrucarme a su lado y dormir hasta altas horas de la mañana.

—Oye... ¿Cómo no te ha dado entradas para ir a ver el partido al campo? —inquire, señalando la pantalla del televisor.

Los jugadores se están preparando para salir al césped.

—Me las ofreció, pero decidí que lo mejor era que nos quedásemos en casa —me explico, aunque sé que mi hermana me odiará por esto—. No me apetece que la prensa vuelva a cazarme infraganti. Quiero estar... tranquila.

La reprimenda que esperaba de Sky no termina de llegar. La miro sorprendida, preguntándome si algún alienígena ha abducido a mi hermana y le ha practicado un lavado de cerebro.

—Te entiendo. Sé que no debe de ser sencillo —añade, comprensiva, al ver mi reacción de sorpresa.

Al final nos decidimos por la pizza de cuatro quesos y la de pepperoni. “En caso de duda, mejor pedir las dos”. El partido comienza poco después y, con los nervios a flor de piel, veo cómo mi chico sale al campo. “Mi chico”, me repito, sorprendida por mi forma de pensar. Bryan y yo ya llevamos un tiempo saliendo y lo normal sería comenzar a verle de esa forma, pero en el fondo todavía tengo dudas. Me gustaría que lo nuestro hubiera sido un amor a primera vista; uno de esos flechazos tan intensos en los que, nada más ver a tu media naranja, sabes que compartirás tu vida entera a su lado. Pero no. No es así. Al principio me pareció un chulo prepotente, y ahora nuestras palpables diferencias están complicando las cosas más de lo que me gustaría admitir. Bryan tiene una vida y una carrera deportiva importante. Es uno de los jugadores de beisbol mejor pagados de la historia —sí, lo he buscado en internet— y juega en un equipo importante. Y yo... Yo no soy nadie. Nadie importante. Nadie que la gente vaya a recordar. Si pones mi nombre el “Google” no encuentras ni una mísera foto mía, porque supongo que hasta mi apellido es demasiado común. Los Red Sox completan una carrera y se ponen por delante en el marcador. Sky está nerviosísima —lo que no es para nada extraño teniendo en cuenta su afición por los deportes—, pero lo extraño es que yo, que nunca me he interesado por esto, estoy casi tan cardíaca como ella. Es la final más intensa que he vivido jamás.

Llevamos más de cinco latas de cerveza por cabeza y en las cajas de pizza solamente queda una pequeña porción de cuatro quesos que he tenido que dejar porque si no, literalmente, iba a explotar. Sky se ha comido todo lo que le correspondía. La repaso de arriba abajo y me digo a mí misma que la parte buena de la genética familiar se la quedó ella al completo. ¿Cómo diablos consigue mantener ese tipazo?

Otra cerveza... Otra, y una más. La tarde de chicas se está transformando en una “tarde de borrachera”, y por mucho que me cueste admitirlo, no quiero que Poyner me vea en este estado. Si quedaba alguna esperanza de terminar la tarde junto a él, ya se ha extinguido. Los Red Sox juegan en la pantalla de mi televisor y llevan la delantera. Queda muy poco para que termine y pasen a jugar el partido final, donde podrían ser los ganadores de la copa. Cruzo los dedos, subo las piernas al sofá y suelto un grito, nerviosa. Sky se echa a reír como si estuviera loca, me señala con el dedo y me dice “que estoy demasiado borracha”. Genial.

—Ni siquiera soy capaz de desayunarlo... Digo... Disimularlo —murmuro, consciente de que las palabras no solamente se traban en mi garganta, sino también en mi cabeza.

Sky se echa a reír con más ganas. Se tira al suelo de forma exagerada y se retuerce, sujetándose el abdomen con las manos. Aunque intento mantenerme seria, no soy capaz y termino de la misma forma; riéndome a pleno pulmón. Y entonces, mientras ambas estamos distraídas, ¡los Red Sox ganan el partido!

—¡Han ganado! —grito, abrazándome a Sky—. ¡Han ganado! ¡Han ganado!

Y ambas comenzamos a gritar como locas posesas.

Observamos la televisión y vemos cómo los jugadores de nuestro equipo se abrazan los unos a los otros para celebrarlo. Algunos lloran. La cámara tarda bastante en enfocar a Bryan, pero

cuando lo hace mi corazón da un vuelco. Tiene una sonrisa radiante y la mirada más sincera que le he visto jamás. “Mi chico”, vuelvo a pensar, sin ser consciente de que prácticamente estoy salivando al verle. Por alguna razón, mi mente perversa es incapaz de omitir ciertas cosas que me encantaría hacer ahora mismo con él si lo tuviera a mi lado.

—¿Vamos a celebrarlo? —grita Scarlett, demasiado alto.

La tengo a mi lado y está dirigiéndose a mí a pleno pulmón.

Sopeso la respuesta unos instantes. Una periodista se acerca a Bryan para entrevistarle y yo estoy a punto de derretirme.

—Por faaaaaaaavor —suplica mi hermana—, necesito una noche contigo, Ash —me dice, con carita de cordero degollado mientras tapa el televisor para que no vea a Poyner—. Él te tiene siempre, y yo, ahora mismo, estoy más sola que nunca.

Es cierto.

Sky no está pasando una buena racha y hace muchísimo que no salimos juntas por ahí.

—Está bien —admito al final.

Mi hermana empieza a dar saltos y yo vuelvo a clavar la mirada en el televisor, pero Bryan ya no está. La guapísima periodista ha pasado a entrevistar a otro jugador.

Nos arreglamos con rapidez porque mi hermana, de pronto, tiene mucha prisa por salir de casa e ir al local que antes me ha dicho. Mientras ella se pinta los ojos yo me escaqueo y aprovecho para enviarle un mensaje a Poyner: “No puedo sentirme más orgullosa. Felicidades”. Sigo un poco borracha, pero estoy lo suficientemente bien como para conseguir escribirlo sin ninguna falta de ortografía.

Me pongo unos vaqueros, una camiseta con escote que a mi hermana le chifla y unos botines con muy poquito de tacón. Me apetece ir cómoda y sencilla.

Estamos cogiendo los abrigos para salir de casa cuando mi teléfono empieza a sonar. Es Bryan. El corazón me da un vuelco en el pecho y la sonrisa, de forma inmediata, se hace paso en mi rostro.

—¿Vas bajando? No tardaré, te lo prometo.

Necesito un poco de intimidad si quiero tener una conversación con él. Hablar con tu novio cuando tu hermana está pegada a ti, escrutando absolutamente todo lo que dices, puede resultar de lo más incómodo.

—Dos minutos y si no bajas, subiré a buscarte —me amenaza, antes de salir de casa.

Yo respiro hondo antes de descolgar.

—Hola... —susurro en voz baja.

—¡Eh, hola! —grita Bryan por encima del barullo.

Se escucha muchísima gente y muchos gritos de alegría. ¿Aún está en el campo? ¿Dónde está?

—¿Dónde estás? Se escucha mucho ruido.

Bryan se ríe.

—En el vestuario... Mis compañeros ya han empezado a celebrarlo por todo lo alto —me explica entre risas—. Es increíble que vayamos a jugar la final.

De fondo, me parece escuchar cómo alguien descorcha una botella de champán. Sonrío. Tiene que ser increíble conseguir este tipo de recompensas después de tantísimo esfuerzo.

—Me alegro muchísimo —le digo con sinceridad—. De verdad... Estaba tan nerviosa mientras os veía en la televisión...

—¿No confiabas en mí?

—Siempre. Pero tenías demasiadas ganas de ganar. La final será una pasada.

Según Bryan me ha explicado, hace muchísimos años que los Red Sox no llegan a jugar una

final, así que el próximo partido será algo histórico.

Me llegan más gritos.

Escucho a sus compañeros cantando de fondo y una sonrisa de oreja a oreja aflora en mi rostro. Se lo están pasando genial, y algo me dice que Bryan no tardará mucho en unirse a esa fiesta. La verdad es que se lo merece y en el fondo me alegra que mi hermana me haya convencido para salir con ella. Él también necesita su espacio y, en un día como éste, hubiera sido demasiado egoísta por mi parte pedirle que viniera a verme.

—Te iba a preguntar si querías que me pasase por tu casa... Te llevo echando de menos toda la noche y me apetece mucho celebrarlo contigo.

Me quedo en silencio unos instantes.

—¿No deberías celebrarlo con ellos?

—Puede. Pero no puedo dejar de pensar en ti.

No puedo evitar sentirme importante al escuchar eso. Puede que sean los efectos del alcohol en mi organismo, pero, de forma involuntaria, los ojos se me empañan.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti —aseguro, porque es la verdad—. Pero le he dicho a Sky que pasaría la noche con ella... Sigue un poco deprimida y creo que me necesita.

Silencio. Bryan no dice nada. Lo único que percibo desde el otro lado de la línea son los gritos de felicidad de sus compañeros.

—Vaya... —murmura finalmente con voz entristecida—. Me moría de ganas por verte, Ash.

¿Por qué diablos me siento tan mal? No estoy haciendo nada malo. Es más, lo contrario: le estoy permitiendo que tenga un espacio para disfrutar con sus amigos.

—Lo siento, de verdad. Pero le he prometido a Sky que me quedaría con ella.

—Vale... Bueno, supongo que no pasa nada.

—Sí —replico con rapidez, dispuesta a animarle. ¿Por qué me siento tan mal conmigo misma?—. Sal con tus compañeros y disfruta. Sois un equipo y tenéis mucho que celebrar, Bryan...

—Sí, claro —me dice, y aunque suena un poco más animado, sé que sigue decepcionado—. ¿Te llamo luego?

—Claro.

Y cuelga la llamada.

Salgo de casa y bajo las escaleras hasta el portal con un sentimiento un poco extraño. Me gustaría recuperar mi ánimo inicial, pero la conversación con Bryan me ha hecho sentirme un poco culpable. “No tienes motivos para sentirte mal contigo misma”, me digo. Y es verdad. No estoy haciendo nada mal.

—¿Nos vamos? —me dice Sky con una sonrisa de oreja a oreja, señalando el taxi que nos está esperando.

—¿Te ha dado tiempo a llamar a un taxi?

Ella se echa a reír y tira de mí para que me dé prisa mientras grita que “la noche promete”.

Diez minutos después, estamos pidiendo un chupito de tequila en la barra.

El Irish Piper's está hasta arriba. Hay un concierto de rock y parece que toda la ciudad se ha reunido aquí. Es un local pequeño, no demasiado grande, que cuenta con dos salas. Sky está dispuesta a sacar a Gabe de su cabeza cueste lo que le cueste, así que apaga el móvil y se echa a bailar a la pista. Yo, mientras tanto, me pregunto qué diablos estoy haciendo aquí. En el fondo, sé muy bien que estaría mucho mejor en casa, con Bryan.

No me gusta salir de fiesta y, para ser sinceros, bailar tampoco es lo mío. Además, ya voy un poco feliciosa y no me apetece beber nada más. Me siento en un taburete vacío que encuentro libre junto

a la barra y un chico se acerca a mí para pagarme una copa. La rechazo educadamente mientras vuelvo a centrar mi atención en Scarlett. Está bailando de forma muy arrimada con un tío que tiene pinta de haberse escapado de una película del Oeste. Mi teléfono móvil empieza a sonar en mi bolsillo y, sobresaltada, salto del taburete. Son la una y media de la mañana y es Bryan.

—¡Hola! —grito al contestar, elevando el volumen de mi voz por encima de la música.

—¿Ashley?

No escucho nada.

Me acerco a la pista para llamar la atención de Scarlett y le indico con un gesto de la mano que voy a salir fuera un momento. Ella, como no, se lo está pasando de maravilla y no me hace ni caso.

—Hola... —repito cuando por fin me rodea el silencio de la noche.

—¿Dónde estás? ¿Estás de fiesta? —inquire, y en su tono de voz detecto cierto reproche implícito.

—He venido con Sky a un concierto de Rock —le explico, aunque no puedo sentirme más ridícula al hacerlo.

¿De verdad tengo que darle explicaciones? ¿Acaso me las da él a mí?

—¿No se supone que ibais a quedaros en casa?

Esta vez el tono de reproche está muy claro.

Suspiro hondo, controlando mi mal humor.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema con que salga con mi hermana?

Silencio.

—Pues la verdad es que sí —responde de sopetón y de malas maneras—. ¿No te parece que deberías haberlo consultado conmigo después de lo que ocurrió la última vez? —me grita, enfadadísimo.

Los recuerdos de esa noche acuden a mi mente de forma inmediata; Marcus, el calor, la gente, las luces, el mareo que sentía...

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —me defiendo.

—Pues la verdad es que sí, Ashley. Deberías haberlo consultado conmigo antes, ¿no crees? Al menos para que me quedase tranquilo.

“Bien, muy bien”, pienso, “por aquí sí que no estoy dispuesta a pasar”.

—Estás muy equivocado, Bryan. No tengo que pedirte permiso para poder salir con mi hermana —suelto de malas formas—, ¡por qué soy libre de hacer lo que me dé la real gana!

—Sí, claro... Siempre y cuando pueda ir luego a recatarte.

Su voz suena áspera, fría y herida.

Pero me da igual. Se está pasando de la raya.

—No sigas por ahí... —le corto.

—No te preocupes, Ashley. Puedes hacer lo que quieras, claro —me responde—. Es mucho más divertido estar por ahí, buscando a tíos con tu hermana, que pasar la noche conmigo y celebrar que hemos pasado a la final de copa —suelta de malhumor—. ¡Claro! A fin de cuentas, solamente hay que pensar en tus sentimientos.

—Yo no sabía que era tan importante para ti celebrarlo conmigo, creí que...

—¡No, claro que no! ¿Por qué ibas a saberlo? ¡Ah! ¿Puede que por qué yo te haya llamado diciéndotelo? —pregunta retóricamente—. ¡Claro! ¡Menos salir por ahí a buscar tíos que te metan droga en la bebida!

Y dicho esto, cuelga.

Yo me quedo mirando la pantalla del teléfono con cara de estúpida, sin saber muy bien qué

hacer. ¿Volver a llamarle? ¿Ignorarlo? Tiene razón; debería de haber pensado que quizás fuera importante para él celebrar un logro de tal calibre junto a mí. Aunque, por otro lado... sigo sin entender por qué diablos se cree con el derecho divino de decirme cuándo, cómo y con quién puedo salir.

Al final, aprieto los dientes y decido que no. No voy a llamarle. Si se ha enfadado conmigo es su problema, no el mío. Yo debería de estar tranquila, porque, a fin de cuentas, no he hecho nada malo.

Entro al abarrotado local y procuro buscar a Scarlett entre la muchedumbre. No la encuentro. De pronto, la música me resulta agobiante y el ambiente demasiado asfixiante. Discutir con Bryan ha servido para amargarme por completo la noche.

Saco el teléfono y llamo a mi hermana. No responde. Seguro que no escucha el móvil con el ruido que hay aquí. Vuelvo a intentarlo una vez más y nada, así que decido dar una vuelta por si la veo.

Diez minutos después, con el ánimo por los suelos y sin muchas ganas de nada, le envío un mensaje a Sky y le explico que me voy a casa: “No me encuentro bien y prefiero ir a descansar. Nos vemos mañana. Te quiero”.

Sé que, si me quedo, no conseguiré sacarme a Bryan de la cabeza.

A la mañana siguiente llamo a Bryan. Es lo primero que hago nada más despertarme, porque la verdad es que me siento fatal conmigo misma.

Me he pasado la noche dándole vueltas al asunto y no puedo evitar pensar que, en cierto modo, tenía algo de razón en todo lo que me dijo. Ayer fue su noche; consiguió algo importante y, si quería celebrar sus logros conmigo, yo tendría que haber estado allí. Además, me pidió que fuera al campo y rechacé su invitación.

Aferro con fuerza el teléfono móvil entre mis manos cuando, de pronto, me percaté de que tengo varios mensajes. Me he despertado tan distraída y concentrada que ni siquiera he sido consciente de ello.

Son de Bryan.

Con un nudo en el estómago, los abro. “Ya veo que no soy tan importante para ti como pensaba...”, comienza el primero. El segundo es del estilo, pero peor escrito. Y el tercero y el cuarto hay que tener verdadera imaginación para conseguir descifrarlos.

—Soy estúpida —me digo a mí misma.

No quiero auto castigarme, pero creo que Bryan tenía razón. No he sido justa. Su equipo —y él — acaban de ganar un título muy importante que marcará un antes y un después en su carrera deportiva y yo no he estado ahí para él. Es normal que se haya sentido herido y traicionado, ¿no? Aunque eso sigue sin justificar las absurdidades que me dijo cuando me llamó. Muevo mi móvil de una mano a otra, indecisa, mientras me debato entre llamarle o no. No quiero arrastrarme y, en el fondo, creo que debería de ser él quien diera el primer paso, pero...

Suspiro hondo y dejo el teléfono a un lado para levantarme a por un café y unas galletas. El estómago me ruge, reclamando algo de alimento. Supongo que ayer, finalmente, terminaría saliendo de fiesta con sus compañeros de los Red Sox, así que lo más probable es que Bryan todavía siga dormido y ni siquiera escuche el teléfono. Quizás debería esperar un par de horas más antes de llamarle, ¿no?

Me dejo caer en el sofá con el teléfono aún aferrado con fuerza en mi mano. Estoy nerviosa porque, si he de ser sincera, todo me parece muy difícil y complicado en nuestra relación como para sumarle preocupaciones extras. En realidad, salir con Scarlett no suele aportarme mucho. Sé que ella necesitaba desconectar, pero también sé que es muy capaz de hacerlo por sí misma. No me necesita para beber un par de chupitos y lanzarse a la pista de baile en busca de alguna conquista, porque así es mi hermana. Siempre ha sido independiente, divertida y desvergonzada. Todo lo contrario a mi persona.

Estoy terminando el café, que a estas alturas ya se ha quedado frío, cuando recibo un mensaje de texto. El corazón se me encoge y aguanto la respiración mientras desbloqueo la pantalla y compruebo si es él. Pero no. No es Bryan... ¡Es Marcus!

—¿Qué diablos quiere...? —murmuro, abriendo el mensaje.

Y entonces me quedo blanca. El texto reza lo siguiente: “Espero que estés disfrutando siendo la putilla de otro, Ashley”. Cuando lo leo, puedo sentir el desprecio con el que lo ha escrito. Después de lo que ocurrió aquella noche en la fiesta de cumpleaños, no sé ni cómo se atreve a

dirigirme la palabra. Mas aún para faltarme al respeto. Pincho en el enlace con un nudo en el estómago y un mal presentimiento. Sea lo que sea, no necesito ser una erudita para saber que no me gustará. Se abre el enlace y aparece la página web de una revista deportiva. “Los Red Sox celebran su victoria por todo lo alto”, dice el titular. Con un nudo en el estómago, empiezo a pasar imágenes; en algunas de ellas se les puede ver a los jugadores bebiendo champán en una limusina, pero según voy avanzando, las fotografías comienzan a adquirir un tinte un poco más erótico. Al parecer, se marcharon de fiesta al reservado de una de las discotecas más selectas de la ciudad y disfrutaron emborrachándose con unas chicas muy guapas. Respiro hondo, pasando de una en una todas las fotos, rezando porque Poyner no aparezca en ninguna de ellas. Pero sé que está. Salió con ellos porque yo le di plantón y, además, si Bryan no apareciera en ninguna Marcus jamás se habría molestado en enviarme ese mensaje. Y, entonces, aparece. No puedo evitar que los ojos se me empañen al verle ahí, sentado en el banco con esa chica medio desnuda sobre él. No se están besando, pero ella solamente va vestida con una minifalda y un top y él rodea su cintura desnuda con ambos brazos. Tengo ganas de vomitar.

Cierro el enlace con el corazón a mil por hora. No puedo creerlo. Soy incapaz de creer que Bryan me haya hecho esto. Me levanto del sofá, nerviosa, y comienzo a caminar de un lado a otro mientras me esfuerzo por controlar mi respiración para evitar sufrir un ataque de nervios.

—No es posible... No puede hacerme esto...

Puede que solamente se lo pasasen bien con las chicas y ya está, ¿no? Una borrachera, un poco de tonto y cada uno a su casa. Pero supongo que debería de ser demasiado inocente para creerme esa versión de los hechos. Poyner tiene dinero, poder y todo lo que quiere. Estaba enfadado conmigo y se marchó de fiesta con sus compañeros de trabajo, así que... ¿Qué esperaba que hicieran? A fin de cuentas, no son más que un grupo de chicos caprichosos con demasiado dinero a su disposición.

Los ojos se me empiezan a empañar. Respiro, aspiro, respiro... Pero nada, mi ansiedad es incontrolable. Cuando quiero darme cuenta, estoy hecha un ovillo en el sofá, llorando a pleno pulmón y con el corazón en un puño. En este preciso momento, soy consciente de lo mucho que me duele esta traición por parte de Bryan. Me había esforzado por no enamorarme de él, por ser fuerte y no permitir que mi corazón me jugase una mala pasada... Pero está claro que no lo he logrado, porque ahora mismo me siento totalmente hecha añicos. Como si fuera una muñeca de porcelana rota en mil pedazos que jamás se podrá recomponer. Cojo mi móvil, rabiosa, y sin pensármelo dos veces copio el enlace que Marcus me ha enviado para reenviárselo a Bryan. “No quiero volver a verle”, pienso en mi interior, “no quiero volver a saber nada de él nunca más”.

“Adiós. Adiós para siempre”, escribo, antes de darle a la tecla de enviar.

Espero que sea lo suficientemente listo como para comprender mis razones, pero esto ya me parece demasiado. Imperdonable. Podría intentar superar la prensa, nuestras diferencias de clase social, las críticas en el trabajo, los periodistas acosándonos... Podría haberme esforzado por cambiar toda mi vida por él, pero jamás podría convivir con una persona en la que no confío en absoluto. De pronto, recuerdo los mensajes de texto. “Natasha” y todas esas amiguitas tuyas que continúan escribiéndole... ¿Cuántos hombres me escriben a mí? ¿Acaso no me he volcado por completo en él? ¿Era tan difícil que hiciera lo mismo por mí?

Puede que ayer me portase mal y puede que él tuviera buena parte de razón en lo que me dijo, pero en absoluto se pueden justificar sus actos. No. Y no lo haré.

—Joder... —susurro, destrozada al ser consciente de que acabo de poner punto y final a mi relación con Bryan Poyner.

Mi mensaje con el “adiós” no era una simple rabieta. Era una despedida de verdad, una que no necesita de más palabras ni de más explicaciones. Supongo que, de alguna forma, ya intuía que nuestra relación estaba destinada al fracaso. Lo que no sabía es que ese maldito tardaría tan poco en llegar.

Me paso la próxima hora mirando la pantalla del teléfono como una idiota, sin siquiera saber para qué. Una parte de mí desea con todas sus fuerzas que Bryan me escriba con algún tipo de explicación, pero otra parte sabe perfectamente que me dará igual lo que pueda decirme y cómo se justifique. Los hechos son los que son y nada los cambiará.

Marco el teléfono de Scarlett con las manos temblorosas y espero mientras los tonos se reproducen uno detrás de otro. Hoy no quiero estar sola. La necesito. La necesito muchísimo. No contesta, así que no me lo pienso dos veces y vuelvo a pulsar la tecla de llamar, dispuesta a despertarla y sacarla de la cama arrastras si es necesario. Está vez contesta al segundo tono.

—Sky... —murmuro, llorosa.

No me gusta ser tan débil ni depender de ella, pero no quiero estar a solas.

—¿Ashley? ¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —pregunta a trompicones, sobresaltada al escuchar mi tono de voz.

—Necesito verte... Por favor, ¿puedes venir?

Sé que su presencia no solucionará las cosas ni hará que me recomponga, pero Scarlett siempre ha sido mi mitad. Cuando estoy a su lado, de algún modo, me siento completa. Y ahora mismo eso es todo lo que necesito; sentirme completa y no rota en mil pedazos.

Escucho una voz masculina de fondo, en la lejanía, y tardo unos instantes en reconocerla.

—Sí, claro. Voy ahora mismo, pero... ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—¿Es Gabe? ¿Estás con Gabe?

—Sí... —murmura en voz baja—. ¿Me vas a decir que ocurre?

Necesito respirar profundamente para poder decirlo en voz alta.

—Acabo de cortar con Poyner —tartamudeo con la voz temblorosa.

Escucho a Sky suspirar al otro lado de la línea.

—Tranquila —me responde con voz calmada—. Estoy segura de que tendrá solución.

—No, Sky. Esta vez no la tiene.

Si de algo estoy segura, es que el “adiós” no se convertirá en un “hasta luego”.

Me he pasado dos días enteros recluida en casa, bebiendo cervezas y vino rancio, comienzo pizza y congelados, llorando por las esquinas y compadeciéndome de mí misma. Mi móvil sigue echando chispas. Poyner no deja de llamarme y miles de mensajes de él. Si he de ser sincera, confieso que soy lo suficientemente masoquista como para leerlos una y otra vez, en bucle, aunque mi intención siga siendo no contestar a ninguno de ellos.

En la mayoría me pide perdón y me suplica que le responda las llamadas. En otros me asegura que no ocurrió nada, que solamente fue una fotografía desafortunada y que entre esa chica y él no hubo absolutamente nada. ¿Y la verdad? No le creo. Ni una sola palabra. Cada vez que leo sus mensajes me acuerdo de Marcus, lo que hace que la grieta que se ha formado en mi estómago se vaya haciendo más y más grande. “No pasó nada, Ashley, solamente fueron unas cuantas fotos sin importancia”, me aseguró Marcus en su momento. Pues esto es lo mismo, pero esta vez ya tengo la lección aprendida y no cometeré el error de dudar.

Me arrastro de la cama, no sin antes abrir la ventana de mi habitación. Estos últimos días he tenido la casa totalmente cerrada y debo admitir que mi dormitorio ha comenzado a adquirir un olor bastante rancio. Apago el teléfono, decidida a que mi día de hoy no lo estropee nada ni nadie, y me meto en la ducha. Me permito quedarme bajo el agua caliente un ratito más del habitual, pero al final tengo que salir para vestirme. Después de dos días llorando, tirada en la cama o en el sofá sin ser capaz de hacer nada con mi vida, he decidido que se acabó. Ha llegado el momento de coger al toro por los cuernos y recuperarlo todo desde el sitio en el que lo dejé. Sé que volver al trabajo no será sencillo y sé que mis compañeros tendrán muchas cosas que cotillear a mis espaldas, pero no me importa. Algún día se cansarán. Tarde o temprano, tendrán que dejar de hablar sobre mí y todo terminará regresando a la realidad y volverá a ser exactamente igual que antes de que Bryan Poyner apareciera en mi vida.

Cierro la ducha con los ojos llorosos. Sé que no estoy bien y que volver al mundo real será complicado. Pero, por otro lado, lo necesito. Mantenerme distraída y ejercer mi profesión ayudará a que las horas pasen mucho más rápido y a que el día no se me haga tan pesado.

Me visto de forma sencilla, sin molestarme en arreglarme el pelo o en maquillarme. Sky no deja de repetirme que pintarme un poco y vestirme guapa servirá para verme mejor y que todo fluya, pero la verdad es que mi estado anímico me lo impide.

Llego al trabajo de forma puntual. Como era de esperar, me encuentro una torre de papeleo encima de la mesa y un sinfín de correos electrónico en mi bandeja de entrada. Si mi plan era mantenerme ocupada para que las horas pasasen lo más rápido posible, entonces he acertado. Podría pasarme la semana al completo aquí encerrada y ni con esas terminaría todo lo que tengo pendiente por hacer.

Me sorprende al comprobar que, aquí, en mi despacho, me siento bien. A salvo. No dejo de pensar en Bryan y concentrarme se me hace muy difícil, pero es mucho mejor de lo que pensaba. Al menos, no estoy en casa arrastrándome por las esquinas y dando pena y debo esforzarme por mantener la compostura y no llorar. No llorar ya es un logro muy importante, porque en estos últimos días no he sido capaz de dejar de hacerlo.

Supongo que, mi “yo” interior, sigue replanteándose responderle al teléfono a Bryan y escuchar su versión de los hechos; esa que ya conozco. Me dirá que simplemente tontearon un poco y nada más, y no me quedará más remedio que creerle si quiero que lo nuestro se arregle. El problema es ese; que lo nuestro no tiene arreglo. Esto, en realidad, solamente sería un pequeño bache antes del fracaso final, porque sé muy bien que nos encontraríamos en mil situaciones similares. Él de fiesta en fiesta con los Red Sox mientras disfruta de botellas de champán de miles de dólares y se mueve en limusinas que solamente aspiró a ver en la televisión mientras yo cenó, a su vez, una hamburguesa en una cadena de comida rápida barata. Le vería viajando con el equipo todos los fines de semana, disfrutando de su ritmo de vida mientras yo procuro seguirle el ritmo y aguantar el tipo sin venirme abajo. Esa sería nuestra vida. No somos compatibles y nunca lo seremos, y tendría que ser muy estúpida y engañarme mucho a mí misma para no ser capaz de verlo.

La pantalla se ilumina y veo su nombre parpadeando en ella. Podría responderle. Podría decirle que yo también le echo de menos y confesarle que, no sé cómo ni porqué, también he terminado enamorándome de él. Pero no voy a hacerlo porque sé que tengo que ser fuerte y dejarle marchar. Terminar con esto lo antes posible es lo mejor.

Su nombre aún se ilumina en la pantalla mientras el dispositivo vibra sobre la mesa cuando Scarlett irrumpe en mi despacho. Ve mi cara de pocos amigos y comprende de inmediato que mi regreso no está siendo tan bueno como ella me había prometido.

—¿Qué tal lo llevas?

“Mal”, pienso.

—Mejor que en casa —respondo en su lugar, esforzándome por ser fuerte y no decaer.

Sky tiene razón en una cosa; tengo que cambiar de actitud si quiero que las cosas mejoren.

Ella suspira hondo y se coloca detrás de mí para masajearme los hombros. No puedo verle la cara, pero sé que está mirando la pantalla de mi teléfono sin comentar nada al respecto.

—¿No vas a hablar con él? —me pregunta.

Sé lo que piensa al respecto y cree que estoy cometiendo un error; pero no. Estoy haciendo lo mejor para mí y para mi futuro. Por alguna razón incomprensible, Sky no deja de comparar mi ruptura con la suya con Gabe. Ella estaba destrozada y lo único que quería era recibir una llamada de él para poder solucionar las cosas. Pero mi caso con Bryan es diferente. No hay nada que se pueda solucionar.

—No tiene sentido. Lo mejor es dejarlo... pasar.

Sky deja de masajearme los hombros y coge mi teléfono móvil. Corta la llamada —lo sé porque dejo de escuchar la vibración del aparato— y vuelve a dejarlo en la mesa. Apagado. Lo ha apagado.

—Si vas a ignorarle y quieres pasar página de forma definitiva, lo mejor será que le bloques o que cambies de número —me asegura con la voz firme y seria—, pero seguir torturándote de esa forma no te ayudará en nada, Ash.

Tiene razón. Lo sé.

Asiento con la cabeza mientras mi hermana me da un pequeño beso en la mejilla.

—Todo irá bien, ya verás —me dice con voz dulce y menos dura—. Ahora tengo que volver al trabajo, pero en un rato me vuelvo a pasar de visita, ¿vale?

Le dedico una pequeña sonrisa a modo de agradecimiento y me despido de ella.

Verla así... radiante y feliz hace que todo sea más complicado para mí. A fin de cuentas, su historia de amor con Gabe parece que llega a buen puerto —o, al menos, que mantiene su rumbo—, mientras que la mía con Bryan está sepultada bajo tierra. Pero me alegro por ella. Muchísimo.

Si algo se merece Sky en la vida, es ser feliz.

El resto de la jornada se me pasa volando, pero cuando llega la hora del descanso, decido que aún no estoy preparada para juntarme con el resto de mis compañeros y me quedo adelantando trabajo. Sky me sube un café y un bollo de mantequilla, de esos que me gustan tanto, y yo me lo como sin ganas esforzándome por recordarme a mí misma que nadie muere de amor. Aunque parezca mentira, saldré de esta. Tengo que recordármelo a mí misma repetidas veces para no echarme a llorar.

Al final, consigo superar y tachar un día más en el maldito calendario.

¿Qué diablos tiene Bryan Poyner para engancharme tanto? ¿Qué es lo que le hace tan diferente a los demás?

Intento comprender por qué me he enamorado de esta forma de él y por qué esta ruptura se me está haciendo tan difícil, pero no puedo. He convivido con mis ex y he superado la separación sin sentir que me estaba muriendo, pero con Bryan es diferente. Sigo partida en dos, con el corazón hecho añicos y el alma destrozada. Sigo sintiendo que lo nuestro era real y que se ha roto algo que podía haber sido maravilloso.

Bryan es... diferente al resto. Lo tiene todo, sí, pero en el fondo está vacío y necesita apoyo, cariño y seguridad. Es como un barco a la deriva en mitad de una noche de tormenta. Y me gustaba pensar que yo era ese puerto seguro en el que le quería atracar cuando ya no podía continuar luchando contra la corriente y el mareaje.

Hoy he mantenido mi teléfono móvil apagado todo el día, porque la verdad es que empiezo a flaquear y temo ser débil y responder alguna de sus llamadas si me pilla en un momento de bajón. Creo que Sky estaba en lo cierto cuando me dijo que lo más lógico si pretendía pasar página era cambiar de número de teléfono o bloquearle, pero por ahora no he sido capaz de hacer ni una cosa ni la otra.

Borro las llamadas perdidas, aunque no consigo hacer lo mismo con los mensajes. De vez en cuando, en los momentos más malos, los reviso y releo para terminar de hacerme daño a mí misma. “Te echo mucho de menos, Ashley. No imaginas cuánto”. Sus palabras me taladran la cabeza y me despedazan.

—Yo también te echo de menos, Bryan... —susurro en voz baja con los ojos repletos en lágrimas.

Puede que sea por aburrimiento o simplemente porque me gusta atormentarme a mí misma, pero tecleo el nombre de Poyner en internet y reviso los resultados que salen. Muchos artículos hablan sobre mí y sobre la chica con la que se sacó la fotografía el día de la semifinal. “¿Habrás roto con su misteriosa novia? ¿Tendrá otra relación?”.

A la prensa rosa le encanta hacer suposiciones. Y lo peor de todo es que los periodistas que están detrás de esos artículos ni siquiera son conscientes del daño que hacen con sus palabras.

—¿Por qué tengo la sensación de que recuperar mi vida será un infierno? —me pregunto en voz alta, observando la bufanda de los Red Sox que cuelga en el perchero.

Podría tirarla a la basura, pero también tendría que deshacerme del resto de mis fulares y bufandas, porque cada una de ellas me recordará siempre a Bryan y a sus juegucitos eróticos.

Abro las redes sociales, dispuesta a entretenerme —o, al menos, a consolarme con las desgracias de otros—, pero lo que encuentro en ellas me deja petrificada. ¡Marcus y Bea dándose un beso en los labios! Como título de la imagen, mi querida amiga Bea ha escrito “el amor puede con cualquier cosa”. ¡Puagh! ¡Repugnante!

¿Por qué diablos me sorprende que esos dos estúpidos hayan terminado juntos? En el fondo sospechaba que estaban destinados a tener un maldito final feliz, aunque no se lo merezcan. Son los dos igual de patéticos y repugnantes.

Sigo trasteando entre mis contactos hasta que, de pronto, encuentro a mi hermana. También hay novedades. Su estado, que hasta ahora jamás había sido modificado y siempre había permanecido con la etiqueta de “soltera”, ha cambiado. Me veo en la necesidad de releerlo varias porque no soy capaz de creer lo que están viendo mis ojos. “Scarlett tiene una relación con... Gabe” ¡Dios mío! ¡Ha cambiado el estado!

Al parecer, cuando uno sufre de desamor es cuando el mundo encuentra su Valentín.

Me apresuro a sacarle una fotografía mientras me echo a llorar de la emoción y se la envío a mi hermana y a Gabe de forma simultánea con un mensaje adjunto: “Enhorabuena, chicos. Os ha costado”. Pulso la tecla de enviar y sonrío. Por primera vez en toda la maldita semana, sonrío de felicidad. Sí, cuando uno está deprimido odia ver tanta felicidad a su alrededor... Pero en este caso, solamente puedo alegrarme. Se lo merecen. ¡Y tanto que se lo merecen!

Por fin han decidido ser sinceros con ellos mismo después de tantísimos años sumergidos en ese absurdo tira y afloja que no les llevaba a ninguna parte.

—Tienes que recuperarte, Ashley. Se acabó eso de pasarte el día compadeciéndote de ti misma —me digo en voz alta, justo antes de saltar de la cama.

Ya está. Se acabó el llorar.

Sé que, en realidad, esto solamente es un momento de subidón y que un par de horas después volveré a estar hecha polvo en la cama, lloriqueando y lamentándome de mí misma mientras veo moverse a cámara lenta la aguja segunda del reloj. Puede que este instante de decisión dure dos horas o un día completo, no lo sé. Pero lo que sí sé, es que debo aprovecharlo al máximo.

Me recojo el cabello en un moño alto, me pongo un chándal cómodo, me lavo la cara para despejarme y abro todas las ventanas de la casa. ¿Hace cuánto que no hago una limpieza en profundidad? En realidad, desde que vivo aquí no la he hecho jamás. Suficiente esfuerzo me ha supuesto mantener el apartamento ordenado y recogido como para limpiar más de la cuenta. Pero ahora Bryan no está y mi tiempo vuelve a ser ilimitado. Pongo la música de la radio a tope y me preparo para la acción. La lista de tareas que tengo por delante es interminable; cambiar las sábanas y las mantas de la cama, fregar platos, limpiar el polvo, pasar la mopa... Es mejor no enumerarla y simplemente ponerme manos a la obra con las tareas. Britney Spears canta de fondo mientras yo froto las baldosas salpicadas de tomate seco que tengo en la cocina.

Una hora y cuarto después, siento cómo mis fuerzas van decayendo y cómo poco a poco me voy viniendo abajo. Pero no me detengo. Estar ocupada ha resultado ser un analgésico bastante potente contra la depresión.

Cuando ya no puedo más, me dejo caer en el sofá. Mi agotamiento físico y mental es tan grande que no puedo mover ni el dedo meñique de mis pies, aunque sonrío al pensar que mi piso —¡por fin!— huele a limpio y está recogido. Me quito unas gotas frías de sudor de la frente y suspiro hondo antes de cerrar los ojos, en paz. La radio sigue sonando desde la cocina, a un volumen demasiado alto para las horas que ya son. Debería levantarme y apagarla, pero no puedo. Estoy demasiado cansada.

“Bryan”, pienso. “Bryan, Bryan, bryan...”.

Es increíble, pero en cuanto mi cabeza desconecta de sus quehaceres, vuelve a él. Una y otra vez, en bucle y sin descanso.

¿Cuánto tiempo tardaré en olvidarme de él?

El despertador suena a la misma hora de siempre, como es habitual. Hoy me despierto sobresaltada, y ni siquiera sé por qué. Desde que rompí con Poyner no termino de conciliar el sueño bien, aunque poco a poco voy recuperando mis hábitos nocturnos. Supongo que, en parte, se debe a esta cabecita mía, que no quiere dejar de dar vueltas a los “¿Y si...?” ni un solo segundo. ¿Y si le perdono? ¿Y si todo sale bien al final? ¿Y si merecemos una segunda oportunidad?

Demasiadas cosas en las que pensar. Demasiadas preguntas que es mejor no responderse, porque, a fin de cuentas, la decisión ya está tomada.

Reviso mi móvil. No tengo llamadas ni mensajes de nadie. Después lo apago, saco la tarjeta SIM y meto la nueva. Vida nueva, nuevo número de teléfono. Ya está. Por ahora he decidido que las únicas personas que tendrán este número serán mi hermana, mi jefe y mis padres. Sé que poco a poco se lo iré dando a todo el mundo, pero ahora mismo necesito paz y tranquilidad.

Me quedo mirando la antigua tarjeta SIM mientras decido qué hacer con ella. Una pequeña parte de mí desea guardarla por si, en algún momento, cambio de opinión. Si la tiro a la basura perderé todos los datos que tenía en ella y, por consiguiente, no podré recuperar el teléfono de Poyner por mucho que lo desee. Pero, por otro lado, tenerla en casa será una tentación demasiado grande. Me conozco, y sé que con un par de chupitos de tequila saldría disparada para recuperarla y meterla en mi móvil.

—Se acabó. Vida nueva... —murmuro, acercándome descalza hasta la basura de la cocina—, número nuevo.

La lanzo al contenedor y me quedo observándola unos minutos más, dubitativa. En el fondo, por mucho que me duela, sé que esta es la mejor decisión que podría haber tomado si pretendo seguir conservando mi salud mental.

Estoy regresando a mi habitación cuando el timbre de la puerta suena en todo el apartamento. Doy un saltito, sobresaltada, preguntándome quién diablos puede estar llamando a estas horas. El cartero y el repartidor de propaganda están descartados, y Sky es tan dormilona que demasiado le supone llegar puntual al trabajo. Miro el reloj. Es pronto, muy pronto. ¿Quién diablos puede ser? En mi mente solamente se ilumina un nombre. Un maldito nombre que hace que mi corazón se acelere a mil por hora. Dejo el teléfono sobre la encimera de la cocina y camino con paso lento hasta la puerta. Antes de abrir, observo a través de la mirilla y..., le veo. Bryan. Bryan Poyner. Está tan guapo como siempre, aunque parece cansado y preocupado. Supongo que, de alguna forma, nuestra ruptura también debe de haberle afectado.

Mi respiración se vuelve torpe y entrecortada y mi ritmo cardíaco se dispara. Intento despejar la mente y decidir qué hacer, si abrirle la puerta o no. Hasta ahora, he sido lo suficientemente fuerte como para mantener las distancias entre nosotros. Y hacía dos segundos me había deshecho de su número de teléfono y de todos esos mensajes con los que me torturaba leyendo día y noche. Abrirle la puerta y dejarle pasar sería cometer el mismo error que ya cometí en un pasado no muy lejano con Marcus.

—Sé que estás al otro lado. Veo tu sombra por la ranura de la puerta —me dice.

El tono de su voz suena mordaz, cansado y hastiado.

—Vete... por favor. No me apetece hablar contigo.

Intento responder con seriedad, pero soy incapaz de ocultar el dolor que siento en mi interior. Verle ahí no es fácil de digerir.

—Necesito explicártelo en persona, Ash... —me dice con voz temblorosa—. No puedo perderte de esta forma...

Observo a través de la mirilla y le veo frotándose las manos con nerviosismo. Supongo que, lo que no entiende, es que ya me ha perdido.

—No voy a abrir la puerta y no tengo nada que hablar contigo, Bryan. No necesito explicaciones.

Y dicho esto, me alejo de la puerta.

Le escucho decir algo, pero estoy lo suficientemente lejos como para no entender qué es. Los ojos se me empañan y me apresuro a encerrarme en el cuarto de baño y a abrir el grifo de la ducha antes de echarme a llorar. Tengo el corazón hecho añicos y estoy destrozada. Ni siquiera sé a quién intento engañar haciéndome la fuerte. Quince minutos después, decido salir de debajo del agua. Lo más probable es que llegue tarde al trabajo, aunque supongo que en estos instantes es lo que menos me importa. Además, me estoy planteando muy seriamente cambiar de empresa. Echaré de menos trabajar cerca de Scarlett y compartir los almuerzos con ella, pero creo que necesito cambiar de aires y tener a nuevas personas a mi alrededor. Personas que no me miren por el rabillo del ojo ni me juzguen constantemente cuando me doy la vuelta y no las veo.

Me seco el pelo y me lo dejo suelto. Para ir a trabajar, suelo decantarme por un recogido o una coleta alta. Pero creo que hoy me conformaré con arreglar este desastre que tengo por rostro. Mis ojos están tan hinchados y llorosos que parezco un pequeño topo cegado. Me maquillo, me visto, me tomo un café y, cuando siento deseos de volverme a echar a llorar, me obligo a ser fuerte. A aguantar. A resistir.

Pasará. Sé que no es mucho consuelo, pero tarde o temprano este maldito dolor que me come por dentro tendrá que ir cediendo. Cuando ya no le vea, cuando no reciba mensajes de él, cuando no vea su nombre iluminado en la pantalla de mi teléfono... Cuando por fin Poyner desaparezca por completo de mi vida, pasará. Todo se quedará atrás y simplemente será un mal recuerdo.

Aún con la última imagen que tengo de él en mi mente, me pongo el abrigo y recojo mi bolso. Voy con diez minutos de retraso y empiezo a rezar desde antes de salir de casa porque el tráfico de la ciudad sea fluido.

Estoy calmada. O, al menos, eso es lo que creo hasta que abro la puerta de casa y me encuentro a Bryan ahí sentado, en las escaleras, esperándome. Así, cara a cara, parece todavía más cansado de lo que había intuido en un principio. La última imagen que tenía de él era después de ganar el partido, en la televisión, iluminando la pantalla con una sonrisa radiante de plena felicidad. Y hoy, al contrario, parece cualquier cosa menos feliz.

—Necesito hablar contigo. Por favor.

Sé que no seré capaz de hablar sin echarme a llorar, así que guardo silencio y le miro fijamente, a la espera de que comience a decir aquello que se está guardando. Bryan se levanta de la escalera, haciendo así que el espacio que hay entre los dos se acorte. Percibo el olor de su perfume y un millar de recuerdos acuden a mi mente de forma brusca.

—Solamente quería decírtelo en persona —comienza, aunque sospecho que, en realidad, tiene poco que decir—. No pasó nada. Entre esa chica y yo, no hubo nada.

Me penetra con la mirada mientras yo continúo muda, sin saber qué responder.

—El problema no es ese.

—Lo sé —susurra en voz baja—. Lo sé, y no sé qué hacer para demostrarte que puedes confiar en mí...

El nudo del estómago aprieta. Aprieta mucho.

Sé que ha llegado la hora de decidir y de mantenerme firme.

—No sé cómo recuperarte, Ashley.

—No puedes —escupo casi sin pensar, decidida—. No puedes porque, digas lo que digas... Jamás volvería a confiar en ti.

Aprieto los puños, conteniendo el llanto de la mejor forma que soy capaz, y comienzo a bajar las escaleras de forma acelerada. Si me quedo un segundo más aquí, me derrumbaré.

—Si decides no volverme a verme lo respetaré... —me advierte Poyner—, pero entonces no habrá marcha atrás, Ashley. Yo no voy a perseguir a alguien que no quiere estar a mi lado...

Ni siquiera me detengo.

Cuando salgo a la calle y el frío me sacude, echo a correr. No paro ni un solo segundo porque sé que si lo hago él podría alcanzarme, y entonces vería con sus propios ojos lo dolida y derrumbada que estoy. Lo difícil que es todo esto.

Me subo a Cooper, respiro profundamente y... me echo a llorar. Lloro con tanta fuerza que la respiración se me traba y tengo la sensación de que me estoy ahogando. Sé que estoy sufriendo un ataque de ansiedad. Y si no es eso, es algo muy parecido.

Estoy a dos manzanas de mi calle y, para incorporarme a la circulación, tendría que pasar por delante de mi portal; así que decido no mover el coche. Primero, porque, en mi estado taquicárdico, podría provocar un accidente. Segundo, porque, pasar por allí supondría correr el riesgo de cruzarme en mi camino nuevamente a Poyner. Y no sería capaz de soportarlo. Lo sé muy bien. Si tuviera que volver a encontrarme con él, me rompería en mil pedazos y entonces el “ya pasará” no tendría ningún sentido. Porque estaría rota de verdad. Rota del todo.

Tardo más de cuarenta minutos en dejar de llorar y, mientras tanto, continúo aparcada en el mismo lugar en el que estaba. Supongo que, si tuviera el mismo número de siempre, mi móvil se encontraría echando chispas con mil llamadas de mi jefe. Seguro. Pero como no tiene mi nuevo número de teléfono, estoy en paz. Nadie me busca y nadie me llama.

Al final, decido ponerme en marcha. Las manos me tiemblan, tengo los ojos muy hinchados y enrojecidos y sigo sin poder respirar con normalidad. Pero tengo que hacerlo. Tengo que continuar con mi vida porque, si una cosa tengo clara ahora mismo, es que Poyner jamás regresará a buscarme.

El adiós es... definitivo.

Observo desde la barra de la cocina a Scarlett y a Gabe, que están haciéndose arrumacos en mi sofá. Podría negar que siento cierta envidia, pero no lo haré, porque mi sentimiento principal sigue siendo felicidad. Sí, me gustaría recuperar eso que ellos tienen, aunque no puedo alegrarme más porque su historia de amor por fin haya alcanzado un buen puerto. Se lo merecen tanto...

—¿Cómo van esas palomitas, Ash? —me pregunta mi hermana.

Ahora que vuelven a estar juntos y se encuentran más unidos que nunca, no se separan. Se han convertido en siameses, así que, si quieres contar con uno de ellos, debes esperar que acudan a la cita los dos. Y aquí estamos los tres, en mi pequeño apartamento. Es sábado y ya han pasado varios días desde mi último encuentro con Bryan. Podría mentirme a mí misma y decirme que ya está todo olvidado; pero no. No lo hago. Hay días que todavía tengo esa sensación de asfixia. Esa maldita sensación de que, en unos instantes, lo he perdido todo. Como si no estuviera completa. Supongo que es lo que tiene el amor. O, mejor dicho, el desamor. Me he enamorado por primera vez en la vida y me han roto el corazón del mismo modo. Sin esperarlo y sin poder remediarlo.

—¿Las palomitas, Ash? —insiste Gabe.

El microondas pita y yo me apresuro a coger la bolsa caliente de su interior.

—Ya va, ya va... —respondo.

Hoy es el gran partido.

Podría haberme encerrado en mi habitación para no verlo, pero he pensado que sería absurdo. Muy absurdo. Supongo que volveré a ver a Bryan en la pantalla, pero creo que tengo que acostumbrarme a ello. A fin de cuentas, es un deportista famoso con una vida pública que sale constantemente en la televisión, en las revistas deportivas y, claro, también en las de corazón. Voy a volver a verle en millones de ocasiones más, así que lo normal será ir acostumbrándome a ello. Inmunizándome.

Gabe y Sky han insistido en venir. Supongo que no confían en que pueda superar este trance yo sola. Y, la verdad, ni siquiera yo sé si seré capaz.

Me siento en el sofá, dejando el bol de palomitas al alcance de la glotona de mi hermana. Estoy abriendo una lata de cerveza fría cuando veo a los jugadores saliendo al campo. No enfocan a ninguno en primer plano, cosa que yo agradezco a pesar de saber que Bryan será el objetivo de la cámara durante gran parte del partido. A fin de cuentas, es el pitcher; uno de los jugadores claves. Subo las piernas al sofá y le doy un largo trago a la cerveza, procurando despejar la mente de cualquier imagen o recuerdo doloroso. El cámara graba las gradas del estadio y el corazón me da un vuelco al ver el ambiente que hay allí. Aunque jamás lo hubiera creído, debo confesar que vivir los partidos en persona resulta emocionante. Hace que la expectación se intensifique todavía más. Escucho los gritos de los aficionados, las bufandas ondeándose al viento y puedo percibir el olor a perritos calientes, aunque no esté allí. Echaré de menos Fenway Park.

El partido comienza y los tres guardamos silencio. La única que se atreve a hablar de vez en cuando es Sky; como siempre para gritar y protestar las decisiones que toma el árbitro. Los Red Sox continúan con su buena racha y van completando carreras, aunque Bryan falla bastantes bolas. El comentarista del partido dice que Poyner no parece estar en el mejor de sus días y, de algún

modo, no puedo evitar sentirme culpable. ¿Seguirá dolido? ¿Le habrá desconcentrado del beisbol nuestra ruptura? ¿Habrá faltado a algún entrenamiento? La verdad es que plantearme esas interrogativas no sirve de mucho, porque jamás sabré la respuesta a las mismas.

Tengo que admitir que, por primera vez en mi vida, he aprendido a disfrutar de los deportes. Aunque, por otro lado, dudo mucho que vaya a volver a ver un partido después de este. Será el último. Una forma de decir adiós, de despedir una etapa y de olvidar. Puede que parezca absurdo, pero necesitaba un momento simbólico del que partir para comenzar a sanar heridas.

Me incorporo en el sofá para coger una palomita y tropiezo con la mirada de Sky. Me está observando fijamente, escrutándome con detenimiento para intentar averiguar cómo estoy.

—Estoy bien —murmuro en voz muy bajita para no llamar la atención de Gabe.

Scarlett asiente con la cabeza, sonrío y dibuja un corazón en el aire con su dedo índice. Es su forma de decirme que “me quiere mucho”. Y la verdad es que lo sé. Sé que jamás encontraré un amor tan sincero como el de mi hermana. Puede que nos peleemos en ocasiones y puede que, a veces, nos llevemos a matar. En algunas cosas no estamos de acuerdo y, aunque hayamos nacido el mismo día, tenemos personalidades tan diferentes que somos capaces de desmontar cualquier mito del horóscopo. Sky es Sky. Y yo soy yo. Pero nos necesitamos la una a la otra para seguir existiendo. Para poder caminar en el mundo.

El partido está a punto de terminar y el marcador está muy reñido. Sky se tensa y Gabe se incorpora hacia delante con una palomita olvidada en su mano derecha. Yo solamente puedo mirar la pantalla y ver a Bryan. Nada más. En realidad, ganen o no, me sentiré orgullosa de él. Me gustaría poder odiarle —creo que haría todo este trance mucho más sencillo—, pero no puedo. No lo consigo. Faltan poco segundos... ¡Y los Red Sox ganan la copa!

—¡Sí, joder, sí! —grita Sky, emocionada, aunque un instante después guarda silencio y me mira de reojo.

—Puedes celebrarlo —me río yo, tirándole una palomita a la cabeza.

La recoge de su cabello, se la lleva a la boca y vuelve a gritar de la emoción. Gabe se ríe de ella, como siempre. Suspiro hondo y le doy un último trago a mi cerveza mientras observo las imágenes del campo. Las gradas se ponen de pie para celebrar la victoria y el público se vuelve loco de la emoción. Los jugadores de los Red Sox se tiran al suelo, se abrazan, gritan y se arrancan la camiseta. La euforia del lugar es capaz de traspasar el televisor. Estrujo la lata en mis manos hasta doblar el aluminio de la misma, antes de dejarla sobre la mesa. Tengo ganas de llorar. La verdad es que ni siquiera sé muy bien la razón.

Me levanto del sofá y camino lentamente hacia la nevera.

—¿Estás bien, Ash? —me pregunta Sky.

—Sí... ¿cerveza? —respondo, sin mirar.

Si me girase y me viera la cara, se daría cuenta de que no. No estoy bien.

—Claro —responde Gabe de forma inmediata.

Abro la nevera y saco unas cuantas. Me tomo mi tiempo, procurando relajarme mientras tanto. Ya está.

Se acabó.

Borrón y cuenta nueva.

Me había marcado este partido como un antes y un después, y sé que cumpliré mi objetivo. Podré hacerlo.

Regreso al sofá y dejo las cervezas sobre la mesa. Abro una y le doy otro trago largo, uno de esos que tienen como objetivo borrar penas y refrescar. Ambas cosas a la vez. Algunos jugadores

continúan celebrando la victoria en el campo, pero otros ya se han marchado a los vestuarios. Intento encontrar a Bryan, pero no lo consigo. La cámara cambia de escenario y se enfoca en una periodista que, feliz, explica a los espectadores el ambiente que hay en el Fenway Park. “Una victoria histórica”, dice, justo antes de comenzar a entrevistar a algunos jugadores de los Red Sox y del equipo contrario. Permanezco en tensión, esperando verle. Pero no, Bryan no aparece en pantalla.

—Sabía que ganarían —murmura Sky—. Esta temporada ha sido alucinante. De las mejores del equipo.

Gabe está de acuerdo.

Le da un beso fugaz en los labios y asiente.

Creo que se están esforzando por no ser excesivamente cariñosos en mi presencia, aunque no lo consiguen. Es como si, de nuevo, acabaran de conocerse y todo fuera felizmente perfecto. Y creo que, de alguna forma, para ellos así lo es. Después de tantos años negándose lo que sentían, son felices. Han sido valientes. Por fin.

—¿Os apetece que meta una pizza en el horno?

Ambos asienten y yo me levanto para ir a la cocina.

De fondo, escucho las entrevistas de los jugadores. El equipo contrario comenta que el arbitraje ha sido duro e injusto y los Red Sox están pletóricos y no tienen palabras para describir lo que significa ganar esa copa para ellos. Meto la pizza en el horno y me entretengo fregando algunos vasos para dejarles un poco de espacio a los dos tortolitos. Y entonces... Entonces escucho su voz. No suena tan feliz como de costumbre, ni tan pletórica como la de sus compañeros. Pero es él. Y eso ya la hace perfecta.

Sky y Gabe se giran para mirarme.

—¿Quitamos?

—No... No. Dejadlo —murmuro, acercándome un poco al salón para escucharlo mejor.

Scarlett sube un par de tonos el volumen del televisor.

—¿Estás feliz por la victoria?

—No puedo sentirme más emocionado —responde—. Hemos peleado duro y hemos entrenado muchísimo para conseguirlo. No ha sido fácil, pero aquí estamos...

Bryan lleva la mochila colgada del hombro y el pelo mojado. Acaba de salir del vestuario y va vestido con el chándal oficial del equipo. Está muy guapo.

—La prensa comenta que la reciente ruptura con la misteriosa chica con la que se te ha visto acompañado esta última temporada ha podido afectar a tu forma de juego. ¿Estás de acuerdo? —inquire la periodista, pellizcando en la llaga.

Poyner tuerce el gesto en una mueca de disgusto.

—No, no estoy de acuerdo —responde con convicción—. Soy humano y tengo sentimientos, pero procuro evitar que mi vida personal interfiera con mi trabajo en el campo. Me lo tomo muy en serio.

Ella asiente.

Al parecer, está dirigiendo la conversación hacia el punto que le interesa. Es increíble, ¿por qué diablos hacen eso todos los periodistas? ¿Por qué no pueden meterse en sus propios asuntos? Antes de salir con Poyner no era consciente de ello, pero ahora me doy cuenta. No importa si son deportistas o si son actores, siempre tienen que meterse en los asuntos personales de la gente aunque no vivan de los cotilleos y de la prensa rosa. ¿El simple hecho de estar expuesto al público les da derecho a destriparte?

—Eso quiere decir que confirmas la ruptura, ¿no?

Bryan dibuja una sonrisa retórica en sus labios. Conozco esa cara y sé muy bien que tiene una respuesta preparada.

—En realidad, no. No la confirmo —dice, dejándome boquiabierto frente al televisor—. Estamos pasando unos momentos complicados, pero sigo conservando la esperanza de que pueda solucionarse.

—Sube el volumen —le pido a Sky.

Ella obedece.

—Así que la foto con esa chica...

—Solamente fue una foto y, la verdad, me ha pasado factura. Me gustaría no ahondar en ese tema porque suficiente daño me ha hecho a estas alturas —responde, mirando fijamente a la cámara—. Esa desafortunada fotografía puede costarme el amor de mi vida.

—¿QUÉ? —grita mi hermana, histérica, subiendo todavía más el volumen.

—Vaya, Bryan... Eso son palabras muy grandes —dice la periodista—. Así que, ¿estás enamorado de ella? ¿Quién es?

—Sí... Por primera vez en mi vida, sí. Me he enamorado —explica, sin dejar de mirar a la maldita cámara.

¿Por qué me está penetrando su mirada? ¿Por qué tengo la sensación de que únicamente se dirige a mí? ¿Cómo diablos sabe que estaría viendo este partido?

—Y por esa razón quería aprovechar este instante... Si me permites —continúa, agachándose para sacar algo del bolsillo delantero de su mochila.

La periodista le observa estupefacta. En el fondo, se está frotando las manos por la audiencia que esa conversación le está generando a la cadena. De fondo, otro jugador del equipo contrario que ha salido de los vestuarios espera su turno para ser entrevistado, pero la chica parece que no tiene ninguna prisa en deshacerse de Poyner.

—Ashley... Sé que te parecerá una locura, pero... —comienza Bryan, mirando a la cámara—. Bueno... Quiero casarme contigo. Quiero hacerlo. Lo tengo claro. Jamás había sentido nada parecido a lo que siento por ti y sé que eres el amor de mi vida, así que si estás viendo esto, espero que me perdones y que... me respondas que sí.

—¡Madre mía, Bryan! ¡Menuda declaración en directo! —grita la periodista, sin molestarse en moderar su tono de sorpresa—. ¿Eso que tienes ahí es un anillo?

—Sí... es un anillo —dice, enseñandoselo a la cámara—. Es para ella. Para Ashley.

—¡JODER! —grita Sky, histérica.

Yo estoy de piedra y no consigo reaccionar. Mi teléfono empieza a sonar y corro a por él, pero es mi madre. Supongo que estará viendo la televisión y que estará tan alucinada como nosotros.

—¿Qué hago? —inquiero, mirando a mi hermana.

Poyner continúa hablando con la periodista, pero yo ni siquiera le escucho. No puedo. Estoy demasiado nerviosa.

—¡Llámale! —grita Gabe, que también parece de los nervios.

El teléfono de Sky también empieza a sonar. Es mamá, probado suerte por otro medio.

—No tengo su número —admito, casi llorando.

¡Dios! ¡Esto es demasiado!

—¿Qué hago? —repito.

Vuelvo la mirada al televisor. Poyner ha sacado su teléfono móvil para llamarme, en altavoz. La periodista sonrío de oreja a oreja, emocionada.

—“El teléfono móvil al que está llamando está apagado o fuera de cobertura en estos momentos...” —murmura la voz de mi teleoperadora.

—¡Qué pena! —exclama la guapa periodista.

—¿Ashley? —pregunta mi hermana.

Poyner dice algo más, pero ahora sí que no le escucho.

Corro a la cocina y sin pensar dos veces en lo que estoy haciendo, vuelco el cubo de la basura en el suelo. Un olor nauseabundo inunda la estancia, obligándome a contener la respiración. Escucho a Gabe protestar de fondo y a Scarlett contener las arcadas, mientras que yo me abalanzo sobre los restos de comida podrida en busca de la maldita tarjetita. Aún no he cambiado de bolsa, así que tiene que estar. El problema es que el maldito chisme es demasiado pequeño y la bolsa ya estaba de porquería hasta arriba. Después de mucho rebuscar, la encuentro.

Le quito los salpicones de tomate rancio con la manga del jersey y me apresuro a meter la tarjeta en el móvil. El teléfono tarda en encenderse lo que a mí se me antoja una eternidad. Mientras, en la pantalla, Poyner se despidió de la periodista.

—Esperamos que pronto puedas darnos buenas noticias, Bryan —le dice.

Él asiente y se aleja.

El teléfono se enciende.

—¡Llámale! —grita Sky, histérica y nerviosa.

Y yo lo intento, pero la avalancha de mensajes que entran sin parar me impide buscar su número en la agenda. Al final, lo consigo. Un tono, dos tonos...

—¿Ashley?

La voz de Poyner se me antoja extraña en este momento. Y, a decir verdad, continúo tan impactada que ni siquiera he pensado qué es lo que le voy a decir.

Miro el televisor. La periodista se da cuenta de que Bryan ha recibido una llamada y se acerca corriendo hasta él. El cámara le sigue de cerca y enfoca un primer plano del pitcher de los Red Sox.

—¿Es ella? —inquire la periodista.

Yo aún continúo muda, sin saber qué decir y consciente de que él está al otro lado de la línea y... ¡Le están grabando! ¡Todo el mundo va a escuchar nuestra conversación!

—¡Por Dios, di algo! —exclama Sky, levantándose del sofá y estrujando un cojín para desahogarse.

Los nervios la consumen tanto como a mí.

Poyner asiente y pone la llamada en altavoz. ¡Genial! ¡Ahora me podrá escuchar el mundo entero!

—¿Ashley? ¿Estás ahí?

El teléfono móvil de Sky suena. Es mi madre. Todo va demasiado rápido y todo me parece irreal y absurdo. Esto no puede ser verdad...

—¿Ash? —repite Bryan.

—Sí, estoy aquí —susurro en voz baja.

Escuchar mi voz a través del televisor me resulta extraño.

—¿Has escuchado lo que he dicho hace dos minutos? —me pregunta con la voz temblorosa.

Él también está nervioso.

—Sí... Lo he escuchado.

—¿Y bien, Ashley? ¿Quieres casarte con Bryan? —intercede la periodista, que comienza a impacientarse.

Yo continúo blanca, sin saber qué decir. Los ojos de Sky y de Gabe están clavados fijamente en mí.

—No lo sé —admito, confusa.

—¿No lo sabes? —repite ella.

—No... No lo sé.

La decepción se ve en el rostro de Poyner y a mí se me encoge el alma.

—¿No sabes si estás enamorada de Poyner?

—Sí... Sí, eso sí lo sé. Claro que estoy enamorada de él —confieso, y al decirlo en voz alta me doy cuenta de lo bien que me siento. Liberada.

—¿Y por qué no quieres casarte conmigo?

—Es una... una locura.

Bryan suelta una risita ante mi comentario.

—¿Y no te apetece que el resto de nuestras vidas sea una locura?

Guardo silencio, confusa.

“Esto no me puede estar pasando a mí”, pienso, mientras me echo a llorar silenciosamente. Y de pronto, el mundo entero me da igual. Sé que nos escuchan, pero me dan igual. Gabe y Sky también desaparecen y... Solamente existimos Bryan y yo. ¿Quiero esa locura? ¿Quiero seguir siendo ese puerto en el que pueda refugiarse? ¿Quiero casarme con él a pesar del poco tiempo que llevamos juntos?

—Sí —respondo, segura de mí misma.

—¿Sí? —repite él.

Pero entonces la periodista comienza a aplaudir y Sky se lanza sobre mí. Mi teléfono sale volando y la llamada se corta. En la pantalla, Bryan sonrío.

Ella, la periodista, continúa hablando. Felicitándole. Pero él solamente mira a la cámara y sonrío. Me mira a mí.

Y sí...

Esta vez sí sonrío de plena felicidad.

EPÍLOGO

Hace tiempo comprendí que convivir con un jugador de los Red Sox no es sencillo. Bryan tiene un estilo de vida complicado al que me ha tocado adaptarme. La prensa nunca ha sido sencilla, pero poco a poco hemos encontrado ese punto medio que nos hace felices a ambos.

Decidimos, por nuestro bien, mantenernos alejados lo máximo posible de los focos de televisión. Es difícil, porque después de nuestra declaración de amor en directo, nos transformamos automáticamente en la pareja de moda. Todas las revistas querían publicar fotografías nuestras y se inventaban artículos absurdos con los que ganar lectores. Dejar mi trabajo tampoco fue una decisión fácil, pero al final no me quedó más remedio que hacerlo. Mi empresa se transformó, de la noche a la mañana, en un plató de televisión. Las cámaras hacían cola en la puerta para grabar los dos segundos que tardaba en salir corriendo de la puerta principal hasta mi coche.

Aún no sé si conseguiré volver a trabajar sin ser acosada, pero ahora mismo, no me preocupa lo más mínimo.

Desde donde estoy, observo a Bryan en la hamaca, vestido de blanco con un cóctel en la mano. Me coloco el sombrero de paja y salgo descalza al porche de la cabaña para sentarme junto a él y ver caer el sol. Creo que este se ha vuelto uno de los momentos favoritos de mis vacaciones.

—Señora Poyner... Empezaba a echarla de menos —murmura, antes de besarme en los labios.

Yo sonrío tontamente, feliz. Muy feliz.

Jamás en mi vida habría imaginado que una sola persona sería capaz de hacerme sentir así de bien.

¡Ah, sí! Casi se me olvida... Bryan y yo nos hemos casado. Fue aquí, en mitad de una isla desierta tailandesa. No hubo invitados y los únicos testigos que tuvimos fueron una iguana y una manada de mosquitos carnívoros. Pero, si he de ser sincera, tampoco necesitábamos más. Sé que a Scarlett le costará perdonárnoslo, pero supongo que el abono de temporada al palco de Fenway Park ayudará un poco a mitigar su enfado.

Me acurruco a su lado, respiro su aroma varonil y cierro los ojos. Aquí, lejos de los focos, se respira paz. Sé que esto es irreal que algún día tendremos que regresar a Boston, pero ahora mismo lo único que me preocupa es disfrutar de Bryan.

—¿Qué piensas? —me pregunta, acariciándome la pierna con la yema de su dedo índice.

—En que soy feliz —murmuro, abriendo los párpados para mirarle—. ¿Y tú?

La luz anaranjada del atardecer resulta hipnotizante.

—En tantas cosas... —me dice con una sonrisa pícara—. Como, por ejemplo, en que ahora que te tengo jamás volveré a sentir que estoy lejos de mi hogar —susurra en mi oído—. En que casarme contigo aquí, a solas, ha sido maravilloso... En las ganas que tengo de completar esta pequeña familia de dos y ser uno más.

Suelto una risotada y le tapo los labios con mi dedo pulgar.

—No nos adelantemos —me río.

—Está bien... —responde con otra risita nerviosa—. Pero... ¿podemos empezar a practicar?

Y antes de que pueda responder, sus manos traviesas ya sujetan mis muñecas. Sus labios

humedecen los míos, su lengua se introduce en mi boca y el sonido de los pájaros de fondo nos indica que estamos solos. Solamente el olaje de la playa se atreve a manifestar su presencia. No necesitamos escondernos, ni taparnos, ni entrar en el interior de la cabaña. Sonrío internamente al pensar que, aquí, en mitad de la naturaleza, Bryan encontrará muchos árboles en los que poder atarme perversamente. Cierro los ojos y le devuelvo el beso con intensidad, y en ese instante me doy cuenta de que, como siempre, Bryan sabe a paz.

Mi paz.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

Tú mi deseo, yo tu capricho

Un pitcher en mi corazón

Un pitcher solo en mi corazón